

# Ateneea

## Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA  
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

008(83)(05)

### SUMARIO

Enrique Molina.	<i>La personalidad de Goethe.</i>
Fernando Binvignat.	<i>Poemas.</i>
Ernesto Montenegro.	<i>Las misteriosas fechorías de «el Gapa».</i>
Carlos Orrego Barros.	<i>La cuestión de Irlanda.</i>
Manuel Rojas.	<i>Lanchas en la bahía (III).</i>

### HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Luis Orrego Luco.	<i>La sombra de Simón Bolívar en Santa Marta.</i>
Eugenio Labarca.	<i>«A rey muerto, rey puesto».</i>
Alberto Cabero.	<i>Rebeca Matte y Nicanor Plaza.</i>
Juan Marín.	<i>Armando Ulloa.</i>
Ramiro Pérez Reinoso.	<i>El problema de la autonomía espi- ritual de la América Latina.</i>

NOTAS Y DOCUMENTOS.—LOS LIBROS.—  
GLOSARIO.—ENCUESTA

# ATENEAE

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEAE inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEAE no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

## PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 28.00

Un semestre..... 14.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista, ATENEAE dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, segundo piso, número 8, o a la Secretaría de la Revista Atenea Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del  
S. Rafael Merino H.

# HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED  
TO THE INTERESTS  
OF TEACHERS OF SPA-  
NISH, AND PUBLI-  
SHED BY THE AMERI-  
CAN ASSOCIATION  
OF TEACHERS OF  
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,  
CALIFORNIA

# CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana  
de Cultura

★ ★

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,  
Jaime Torres Bodet,  
B. Ortiz de Montellano,  
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811  
MEXICO, D. F.

008(23)105

# MERCURIO PERUANO

Revista mensual  
de Ciencias Sociales y  
Letras,  
fundada en 1918.

Director Fundador:  
Victor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176  
Lima - Perú

# LEONARDO

Rassegna Bibliografica  
diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (III)



# NOSOTROS

Revista mensual  
de letras, artes, historia,  
filosofía y ciencias sociales

## DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

## SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

# REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

# LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

# REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.  
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos chileno, 32.

# Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

---

---

Año IX

Julio de 1932

Núm. 89

---

---

Enrique Molina,

## LA PERSONALIDAD DE GOEHTE Y SU IDEAL DE PERFECCIONAMIENTO (1)

**H**ACE cien años dejó de existir en Alemania un grande hombre, un hombre de grandeza casi única. Fué uno de los más altos poetas que ha tenido el mundo occidental. Si Dante, Shakespeare y Cervantes pueden igualarlo en algunos rasgos de su personalidad artística, por lo demás no lo superan. Fué un profundo y sutil pensador, investigador de la naturaleza de genial originalidad, estadista e infatigable hombre de acción.

De este hombre se ha conservado con escrupulosa y amante devoción todo lo que se ha podido arrancar a la acción destructora de la muerte.

Podéis visitar en Francfort la casa donde él naciera al terminar la primera mitad del siglo XVIII, casa ordenada y comfortable de burgueses acomodados. Ahí podéis ver los retratos de la familia: del padre, señor Consejero Imperial, grave y reposado; de la madre, de fisonomía inteligente y jovial; de la hermana y compañera Cornelia; y del propio Goethe en todas

---

(1) Conferencia leída en el Teatro de la Universidad de Concepción, el 19 de Mayo de 1932.

las edades y siempre con sus rasgos de belleza varonil.

Podéis visitar las casas donde viviera en Weimar, su lugar de residencia de casi toda la vida, la pequeña casa del jardín en pleno campo, y la amplia mansión del centro de la ciudad, que son verdaderos museos goethianos.

Y se han conservado sobre todo sus obras, ricas de inspiración y sabiduría, de serenidad y fluidez, su correspondencia y sus conversaciones con Juan Eckermann. Pocas veces como en este caso es dado decir que los libros son preciosos estuches del espíritu, que guardan un tesoro con que puede alimentarse para siempre el alma de los hombres sin que sufra agotamiento ni disminución.

En *Poesía y Verdad*, en los *Viajes Italianos* y en los *Anales* nos refiere el poeta su propia vida. Sus grandes novelas *Los Años de Aprendizaje* y *Los Años de Viaje de Wilhelm Meister*, *Werther* y *Las Afinidades Electivas* están tejidas en gran parte sobre episodios de su existencia.

Con qué viveza nos refiere el poeta mismo su nacimiento.

El 28 de Agosto de 1749, dice, al dar las campanas el mediodía, vine al mundo en Francfort sobre el Mein. La constelación era feliz; y el sol se hallaba en el signo de la Virgen y ese día en su punto culminante; Júpiter y Venus los miraban amigablemente y Mercurio sin hostilidad; Saturno y Marte permanecían indiferentes. Sólo la Luna que acababa de entrar en su plenitud, desplegaba tanto más el poder de su reflejo cuanto que su hora planetaria había comenzado el mismo tiempo. Ella se oponía, pues, a mi nacimiento, que no pudo verificarse sino después de pasada esa hora. Estas circunstancias favorables, que los astrólogos estimaron en mucho después, deben haber sido la causa de mi conservación, ya que por la torpeza de la matrona vine al mundo como muerto y fueron menester múltiples esfuerzos para hacerme ver la luz. Este accidente, que había sumido a mis padres en una gran angustia se convirtió en origen de una ventaja para mis conciudadanos porque mi abuelo Juan Wolfgang Textor, alcalde de la ciudad, aprovechó la oca-

sión para establecer un partero oficial y fundar o reformar una escuela de maternidad, lo que debe haber sido muy ventajoso para los que nacieron después de mí.

Tenía razón Goethe al decir que había nacido bajo buena estrella. Su hogar fué un excelente centro para su primera educación. Su propio padre le enseñó el griego, el latín y el francés. Más tarde los dos estudiaron juntos el inglés.

El padre era severo, seco y formulista. La madre, en cambio, jovial, alegre, inclinada a hacer grata la vida. Todas las tardes le contaba al niño Wolfgang, historietas y cuentos que eran uno de los mayores deleites de la vida de los dos.

De esos años de adolescencia hay que apuntar dos impresiones en el espíritu de Goethe; los rasgos pintorescos de su ciudad que dejaron en él el fermento del alma medioeval y su estima de las costumbres populares que tenía oportunidad de observar en sus vagancias por las estrechas callejuelas y los extramuros de la ciudad.

Como se sabe, Goethe fué un gran amador. Más tarde expresó que en su concepto la idea y el amor eran los mejores caminos para llegar al fondo de las cosas. En Francfort se empieza a trenzar la cadena de amores por que pasa nuestro poeta casi hasta el día de su muerte. Se enamoró perdidamente de una modesta obrera. El amor no fué más allá de un beso en la frente que ella le diera una noche que él fué a acompañarla hasta su casa. Lo cual no impidió que el joven Goethe cayera enfermo cuando el idilio terminó porque la prenda tuvo que irse de Francfort. Merece también recordarse este episodio, porque la muchacha se llamaba Margarita y su nombre ha quedado inmortalizado en el Fausto.

A los diez y seis años se matriculó Wolfgang como estudiante de la Universidad de Leipzig. Su padre que-

ría hacer de él un buen jurisconsulto y allá fué a estudiar derecho y letras. Pero el estudio de las leyes y la forma de la enseñanza universitaria pronto lo decepcionaron. Sin embargo, la crítica literaria de que aquí se impuso y que le aplicaron a sus propios ensayos poéticos le fué en definitiva favorable. Gran parte de su tiempo lo pasó en el taller del pintor Oeser, quien le enseñó que el ideal de la belleza es la sencillez y la calma. A la hija del pintor le escribía más tarde Goethe y le decía:

A su padre le debo el sentimiento del ideal.

Después de algunos tanteos encontró que no debía atenerse a otra fuente de inspiración que a la que brotara de sí mismo, que a expresar en obras de arte sus sentimientos inmediatos y a sus propias impresiones. Es la advertencia que Fausto hará al ingenuo Wagner:

¿Esperas encontrar la fuente pura que sacie toda sed en pergaminos? Si de tu propio pecho no es que surja jamás esperes el consuelo.

En Leipzig se enamoró nuestro poeta de Anita Schonkopf, hija del maître del hotel en que comían él y otros estudiantes. Goethe fué bien correspondido en un principio, pero al poco tiempo, a causa de celos infundados y de procedimientos injustos, propios de un estudiante presuntuoso, con que la hostigaba, Anita no encontró otra cosa mejor que hacer que romper con su galán y éste tuvo que conformarse con verter sus penas y dolores en *El Capricho del Amante*, que fué su primera tentativa dramática.

Así empezó para mí, dice Goethe en *Poesía y Verdad*, refiriéndose a este momento o a otro anterior, esa necesidad, de que no he podido apartarme en toda mi vida, de que todo aquello que me ha causado placer o dolor o que me ha ocupado de alguna ma-



nera deba transformarlo en alguna imagen, en una poesía, o en un poema, para rectificar de este modo mis conceptos respecto del mundo exterior y quedar más conforme conmigo mismo y tranquilizarme. Todas las obras que he entregado en adelante al público no son más que fragmentos de una gran confesión.

A este respecto dice H. Stewart Chamberlain:

Posee Goethe el don de referir sus propias experiencias amorosas (ya sea en primera o tercera persona) con tanto relieve, íntimamente, tan sencillamente fiel a los hechos y a la vez elevando la prosa de la vida a la más alta poesía en forma que la literatura universal no ofrece ni a la distancia un ejemplo semejante.

No todas las aventuras de Goethe en Leipzig fueron tan platónicas como la referente a Anita. Nuestro poeta no aspiraba ni con mucho a la santidad. «sé como eres» era su divisa y a quien le pidiera mayores explicaciones le agregó que él era «bueno y malo como la naturaleza». Llevó Goethe en Leipzig la existencia de un estudiante alegre y vividor, y al cabo de tres años regresó a la casa paterna con la salud bastante quebrantada.

Durante los meses que tuvo que pasar en relativa reclusión en Francfort, conoció a la señorita de Klettemberg, persona de espíritu muy sincero y profundamente místico. Para Goethe el misticismo no era más que una de las honduras a que podía llegar con su genio; pero a él mismo no se le podía llamar místico. Le gustaba, ante todo, no perder contacto con la realidad sensible. Tampoco fué observante de ninguna religión. Mas no podían dejar de impresionarle las nobles cualidades de la señorita de Klettemberg y ha hecho de ella un admirable retrato en el capítulo de los Años de Aprendizaje de Wilhelm Meister intitulado «Confesión de un alma hermosa», capítulo que bien vale la pena de ser leído por sí sólo como un buen tónico espiritual. Con la señorita de Klettemberg se dedicaba también—

cosa curiosa,—a estudios de magia y ciencias ocultas y pasaba horas con ella en un laboratorio que tenía en su casa en medio de alambiques y retortas haciendo experimentos alquimistas, prácticas en que podemos ver tal vez uno de los sillares del futuro Fausto.

Goethe fué a terminar sus estudios de derecho a Estrasburgo, donde obtuvo el grado que tanto deseaba su padre al cabo de un año. También se aficionó ahí a los estudios de Anatomía y asistía con frecuencia a la sala de disecciones de la Universidad. En Estrasburgo inició Goethe su amistad con Herder, escritor que ya gozaba de gran renombre en Alemania, de vasta ilustración y agudo espíritu crítico. Herder ejerció considerable influencia sobre Goethe por la severidad de su crítica y su entusiasmo por la poesía primitiva y popular. Goethe buscaba el trato de Herder por el provecho que sacaba de él, aunque le mortificaba su tono irónico y sarcástico. De este tiempo data el ardiente entusiasmo que despertó Shakespeare en el alma de Goethe. La tragedia clásica francesa no era del gusto de nuestro poeta. La hallaba fría, retórica, amanerada. En cambio en Shakespeare ¡cuánta vida, cómo bullen en sus dramas las pasiones y los más encontrados caracteres humanos!

Cerca de Estrasburgo se encuentra el pequeño pueblo de Sesenheim. El pastor del lugar de apellido Brion, y su familia,—su mujer, dos hijas y un hijo—vivían felices, gozando de tranquilidad espiritual y de paz semi-campesina. Goethe fué presentado a ellos y acogido con la más franca y sencilla cordialidad. Nuestro poeta era aficionado a las bromas y solía llegar disfrazado, una vez de pobre estudiante de teología, otra de modesto aldeano. Siempre se le recibía con cariño. Una de las niñas, Federica, era encantadora: bella, alegre, de buen juicio, de espíritu reposado y carácter sereno. Goethe se enamoró de ella apasionadamente y fué correspondido. Pero el idilio duró menos

de un año. Cuando llegó la hora de la vuelta a la casa paterna, Goethe partió inexorablemente sin hacer ninguna promesa. De los labios de la niña no salió ni una queja ni un reproche. Debemos suponer muchas lágrimas derramadas en el silencio de la alcoba. La familia permaneció tranquila. Federica recibió después varias proposiciones de matrimonio y las rechazó siempre, diciendo que quien había tenido por amante a Goethe no podía pertenecer a otro hombre.

Este es uno de los casos en que se podría hablar con cierta razón del egoísmo y de la inconstancia de Goethe. No es fácil defender a nuestro poeta del cargo de inconstante cuando él mismo ha celebrado la inconstancia con las siguientes palabras:

Es una impresión muy agradable sentir que una nueva pasión comienza a brotar en nosotros antes que la anterior se haya extinguido por completo. Así uno contempla gustoso por un lado el sol que va declinando y por el otro la naciente luna y se deleita en el doble brillo de ambas luces celestiales.

Otros se han encargado de decir que la pasión extinguida no dejaba en él ni dolor ni remordimiento. Sea como quiera, la separación de Federica no fué debida a una nueva pasión ni se realizó sin pesar. En verdad nada más, distante de Goethe que el prurito donjuanesco. A la mujer la admiraba y la idealizaba y jamás sin duda lo movió en el amor un propósito de engaño o de burla. Era pasionado, pero no permitía que lo dominara la pasión. Su separación era la obra de su voluntad de no dejarse entorpecer por nada que pudiera limitar su evolución ulterior. Significaba una dolorosa manifestación de carácter en servicio del desarrollo de su personalidad.

Al poco tiempo de su regreso a Francfort, dió a luz Goethe el drama histórico *Goetz de Berlichingen*, la primera de sus obras que ha alcanzado la celebridad. Inspirado en viejas crónicas medioevales y en el espí-

ritu caballeresco heroico y rebelde, encontró ese drama viva resonancia en el alma germánica y trajo a su autor general y merecida fama.

La aparición del *Werther*, su obra más popular, no hizo más que confirmar y aumentar esa fama. Werther, como es sabido, nació del episodio amoroso de Wetzlar. Esta pequeña ciudad de la región del Rin era la sede de la Corte de Justicia del Imperio y allá fué Goethe a perfeccionar su práctica jurídica. Pronto conoció a Carlota Buff, niña huérfana de madre, que vivía consagrada a su hogar y al cuidado de sus muchos hermanos menores. Goethe ha dejado descripciones bellísimas de escenas domésticas cuyo centro lo formaba Carlota. Carlota era hermosa, de clara y serena inteligencia y dulce carácter. Estaba de novia con Kestner, secretario de la Legación de Hanover, joven discreto y de sentimientos nobles. Goethe pasó a ser un íntimo de la familia, y, no obstante, la situación de Carlota, un apasionado amor prendió en su pecho por ella,

El estado sentimental de Goethe no causó mayor alarma ni a Kestner ni a Carlota. Ambos se sentían perfectamente resguardados en su rectitud y sólido buen juicio. Pero para Goethe la situación se hizo insostenible y una mañana se fué de Wetzlar sin haberse despedido personalmente ni de Carlota ni de Kestner y dejándoles sólo cartas llenas del más hondo sentimiento. Nuestro poeta huía de nuevo del amor. En Seseheim huyó de los lazos de un amor feliz. En Wetzlar de las torturas de un amor imposible. La pasión se había encendido en él; pero él iba a sofocar la pasión. Una vez recuperado el dominio de sí mismo empezó la elaboración artística de ese drama de su corazón y dos años después de la partida de Wetzlar salió a luz *Werther*. El alma alemana estaba preparada para dejarse conquistar por este hermoso libro. Era la segunda mitad del siglo XVIII, siglo sentimental, frívolo y revolucionario. La Nueva Eloísa y otras obras

de Rousseau eran conocidas en Alemania. Los espíritus estaban abiertos a los afectos románticos y al amor a la naturaleza. La historia de Werther es muy conocida, es la idealización de la aventura de Wetzlar con la diferencia de que el poeta fué a buscar el olvido de su pasión en la vida y al pobre Werther la suya la condujo al suicidio. Para que Goethe diera este fatal desenlace en su obra influyó la trágica muerte del joven Jerusalem, joven romántico y soñador, hoy diríamos además un poco neurasténico e hipocondríaco, que en el mismo Wetzlar, después de la partida de Goethe, puso fin a sus días amargado por un amor sin esperanza y por fracasos en su carrera diplomática. El éxito de Werther en Alemania y luego fuera de Alemania fué enorme. El héroe es profundamente simpático desde el principio hasta el fin. Su amor a la naturaleza es tan puro y sincero, que se queda embobado ante briznas de yerbas y pequeños gusanillos; ama a los niños con ternura y lo engloba todo en su adoración al universo, a Dios dentro de un panteísmo elevado y sentimental. La prosa del libro es cálida y sencilla, flúida e inspirada. Hubo que lamentar una plaga de suicidios en Alemania después de la publicación del Werther. A varias de las víctimas se les encontró el pequeño libro en el bolsillo. Mientras Goethe, siguiendo la ascensión de la pirámide de su personalidad sacudía de sí el *wertherismo*, Alemania caía en él. Ya hoy no se quita la vida la gente por el solo hecho de leer el Werther, aunque los suicidios por amor continúen y han de continuar tal vez sin término. Pero no se puede leer este librito sin la más honda emoción y sin que cada alma joven o cada alma enamorada encuentre en sus páginas la mejor expresión de sus penas e inquietudes. Un amigo mío, hace años, amando sin esperanzas, no halló otra cosa mejor que hacer que obsequiarle a la dama de sus pensamientos un bello ejemplar del Werther en cuya dedicatoria

expresaba lo que él debía hacer y decía «derramar una lágrima sobre la tumba de Werther y seguir su ejemplo». Pero él optó en definitiva por no seguir el ejemplo del héroe romántico sino el más sabio de Goethe y se alejó del peligro.

De vuelta a Francfort un nuevo amor ocupa el corazón del poeta. Ama a la señorita Schoeneman, de la alta sociedad, hija de un banquero. Es la Lili de sus poesías. Goethe encuentra correspondencia, pero ese amor no puede conducir más que al matrimonio y nuestro poeta le teme a las complicaciones que sabe resultan para su vida de atarse con lazos irrevocables. Un viaje a Suiza preparó la ruptura y luego aceptó la invitación del gran duque Carlos Augusto de ir a establecerse en Weimar. En un drama que compuso en ese tiempo *Stella*, hace que las propias heroínas engañadas justifiquen la inconstancia de los hombres, diciendo que para el hombre no hay mejor bien que su libertad y que si engañan a una mujer no lo hacen movidos por un mal propósito sino por un impulso irresistible de su naturaleza.

Weimar ha quedado consagrado como una especie de Olimpo espiritual de la Alemania de fines del siglo XVIII y principios del XIX. Entonces tenía solo siete mil habitantes. Hoy día, siempre pequeña ciudad, pero de cuarenta y cinco mil almas, vive en cuanto a gloria literaria, de sus recuerdos. Es un panteón ilustre. Ya hemos mencionado antes las casas de Goethe la casa llamada del jardín, donde viviera los primeros años, y la amplia mansión del centro del pueblo que fuera su residencia definitiva. Se pueden ver aquí salones sencillos y elegantes adornados con reproducciones de estatuas griegas, la biblioteca y los espaciosos gabinetes de ciencias en que trabajaba el poeta-investigador. En una calle central se conserva también la modestísima casa en que vivió Schiller. A estos lugares de devoción artística se han agregado después la casa

ocupada por el gran músico Liszt y una fundación en homenaje a la memoria de Nietzsche, debida a la iniciativa y cuidado de su hermana Isabel, donde se encuentran las mejores ediciones de las obras del filósofo y documentos que digan relación con él.

Weimar fué en realidad un pequeño Olimpo intelectual. Tal vez no se encuentra en la historia otro caso de una tan pequeña ciudad que haya congregado durante un largo número de años una constelación de hombres superiores como Goethe, Schiller, Wieland, Herder y a la zaga de éstos, Juan Enrique Meyer, Riemer, Eckermann y otros. Taine ha dicho que en Alemania desde 1780 a 1830 se había pensado, se habían producido todas las ideas que el intelecto europeo no hizo otra cosa que elaborar y repetir en el resto del siglo XIX. Este juicio tan despectivo para la intelectualidad de la revolución francesa y tan honroso para Alemania, es el reconocimiento por un juez intachable del valor de Weimar. Porque fuera de la obra de este centro no habría que considerar en el tiempo indicado nada más que la de Kant y Hegel, y la de los dos Humboldt.

Pero aquel Olimpo no carecía de sombras, tal vez porque el destino de los hombres es vivir siempre insatisfechos. Goethe decía de Weimar que era un agujero. Herder se quejaba amargamente de ese «desolado Weimar, desgraciado término medio entre corte y aldea». Wieland hablaba del pobre Weimar, en que todo falta. Merck, refiriéndose sin duda a falta de atenciones municipales, decía en una ocasión que aquello era una cosa inmunda (Dreckwesen). Schiller escribía después de haber vivido cuatro años en Weimar: «En cualquier parte se está mejor que aquí», «No me gustaría morir en Weimar». Otra vez dijo que en Weimar, fuera de Goethe, no había sino dos personas con quienes tratar, la señora de Stein y Herder.

No faltaban, además, las habladurías y chismes con

que los hombres se amenizan y amargan la vida en todos los pueblos. Cuando Goethe llegó a Weimar, Carlos Augusto tenía diez y ocho años y era de carácter impetuoso y violento. Imaginaos con este carácter un soberano absoluto en todo el fuego de la juventud. El y Goethe se entregaron durante el primer tiempo a una vida algo disoluta; correrías por los campos, largas comidas bien rociadas con vino del Rhin, y muchas otras calaveradas. Las lenguas se desataron contra el recién llegado. Se propasaban hasta ridiculizar su modo de andar muy tieso (Perpendikulargang) que parecía desentonar en las mal pavimentadas calles de Weimar, a lo cual le agregaba singular comicidad el hecho de que su fámulo siguiera a pocos metros de él tratando de imitar su manera estirada.

Pero los excesos duraron sólo algunas semanas. Goethe no perdió jamás el control de sí mismo y en lo sucesivo se esforzó en morijerar atinadamente y encaminar bien el carácter del príncipe, tarea que se vió coronada por admirables resultados. La gran duquesa Luisa, esposa de Carlos Augusto, a quien le iba su felicidad, en estas partidas, le quedó muy reconocida por esa provechosa influencia.

Tuvo asimismo que soportar Goethe en un principio las murmuraciones y resistencias de la corte que no se conformaba con la fortuna de quien era mirado por algunos cortesanos sólo como un burgués advenedizo.

El descontento subió de punto cuando Goethe fué nombrado consejero íntimo de legación con el agregado de que se le dejara libre su tiempo para dedicarlo a sus ocupaciones predilectas. Entonces Carlos Augusto dejó estampada en las actas del Consejo la siguiente noble declaración:

Los espíritus esclarecidos nos felicitan por que tengamos entre nosotros un hombre semejante. Su inteligencia y su genio son



conocidos. Emplear un hombre de genio en otro lugar que en aquel en que pueda aprovechar sus facultades extraordinarias es abusar de él. Si se objeta que a causa de su nombramiento personas de mérito pudieran creerse postergadas, responderé en primer lugar que no conozco a nadie dentro de mi servicio que pueda aspirar a una ventaja parecida. En segundo lugar no daría jamás a la simple antigüedad un empleo que implica relaciones tan estrechas conmigo y con los intereses de mis súbditos. No lo daré más que a un hombre que goce de mi confianza. No me hará cambiar de opinión el juicio del mundo que tal vez desapruera la entrada del doctor Goethe en la administración más importante sin que antes haya sido funcionario, profesor, consejero de finanzas o de gobierno. El mundo juzga por prejuicios, más yo procedo como quien quiere cumplir con su deber, no en vista de la gloria y del aplauso de los demás, sino para estar de acuerdo con Dios y con su conciencia.

Goethe supo corresponder a la amistad y protección del gran duque con la más entera y leal consagración a su servicio. Fué siempre deferente y sincero con él sin halagarlo jamás como un palaciego. Podríamos decir que desempeñó los cargos de ministro del interior, de ministro de finanzas, de ministro de obras públicas y de ministro de guerra. Acudía personalmente a socorrer las aldeas que eran víctimas de alguna calamidad. Wieland, lo llamaba «pontífice máximo», porque tenía que ocuparse de la construcción y reparación de puentes. Intervenía en el reclutamiento de tropas para el ejército del gran ducado. Es verdad que éste se componía por todo de seiscientos hombres.

Estas actividades ejercieron la más saludable acción en el propio carácter de Goethe, desarrollando sus sentimientos de abnegación en favor de sus semejantes. Socorría con su dinero y sus consejos a mucha gente. Hacía viajes especiales al campo para ayudar a personas necesitadas. A un pobre hombre a quien había auxiliado por correspondencia fué a visitarlo una vez llevándole nuevos socorros; pero fué disfrazado,—broma que como sabemos era muy de su agrado,—y

estuvo conversando con él toda una tarde de los asuntos de Weimar y de Goethe sin darse a conocer.

Simultáneamente continuaba nuestro héroe sus labores intelectuales, artísticas y científicas, Goethe estaba muy lejos de ser un literato profesional ni un virtuoso del estilo.

La inmediata observación de las cosas es para mí todo; las palabras sin esto valen muy poco. La palabra no debe ser más que un espejo del pensamiento.

Tal vez por lo mismo y por la riqueza de su genio fué un maestro del lenguaje. No era un poeta que se sentara a hacer poesías ni un escritor que se propusiera desarrollar un tema. Sus obras brotaban como frutos de la transformación que se operaba en su alma activa de la realidad circundante en otra realidad de orden superior. Y así debemos entenderlo aunque la elaboración de las obras se prolongara durante años, tal cual ocurrió con el Fausto y el Wilhelm Meister.

Goethe supo dirigir y aprovechar muy inteligentemente la cooperación de profesores, amigos y servidores. Para sus estudios de geología y botánica se hizo preparar colecciones completas de cuanto podía necesitar. Para sus estudios de anatomía tuvo a sus disposición los gabinetes y los profesores de la cercana universidad de Jena. Para sus múltiples tareas administrativas, organización de teatros, fundación de periódicos, contó con cooperadores eficaces. Para la corrección de sus propios escritos tuvo a su lado auxiliares hábiles y preparados en gramática y filología como Juan Enrique Meyer, a quien lo unió una larga amistad, y como Reimer y Eckermann.

Se me ha presentado siempre dice Goethe en *Poesía y Verdad*, lo que se refiere al corazón como lo más importante de la vida y sólo creamos cuando éste se halla bien para animarnos.

Su corazón se consagró durante los diez primeros años de residencia en Weimar a la señora de Stein. Ella fué

como la Ninfa Egeria del sabio y del poeta. Goethe conoció a Carlota de Stein a los pocos días de haber llegado a Weimar y se prendó de ella con la pasión y vehemencia que acostumbraba. Carlota era hermosa, inteligente e ilustrada y correspondió al afecto de Goethe. Pero a la vez era de buen juicio, casada con un alto dignatario de la Corte, seis o siete años mayor que Goethe y con algunos hijos. En estas condiciones no podía gastar la misma vehemencia de su amador.

Sin ti no puedo estar, le escribía nuestro héroe en un viaje de diplomático que hizo por encargo del gran duque; solo no puedo tenerme; no soy un ser independiente. Todas mis debilidades las he apoyado en ti; tú las proteges y llenas mis vacíos.

Ella fué para él, en efecto, un lugar de reposo espiritual y de ternura y aconsejándolo y refrenándolo, ejerció la más favorable influencia sobre el desarrollo de sus trabajos. No poco han discutido los biógrafos sobre si este amor fué siempre platónico. No estamos en situación de dirimir tan ardua cuestión. Lo que no deja lugar a dudas es que lo fué por largos años y que por el lado de la señora Stein, tiene más bien los caracteres de lo que llamaríamos una amistad amorosa.

Esta amistad empezó a enfriarse con motivo del viaje de Goethe a Italia; y por supuesto que hubo razón para ello, ya que el poeta ni anunció su partida ni se despidió personalmente de su amiga. Quería otra vez independizarse.

A la vuelta no hubo reconciliación y la ruptura llegó a ser completa a causa de que Goethe llevara muy frescamente a vivir a su casa a su amante Cristiana Vulpius, una obrera en flores artificiales. La posteridad reconoce con amplitud los privilegios del genio y perdona con generosidad sus deslices. Pero la señora de Stein no era todavía la posteridad y una situación semejante le causó profunda irritación. Menos aun lo eran los provincianos habitantes de Weimar, y el

escándalo fué grande. Pero Goethe prosiguió tranquilamente sus trabajos y sólo se casó con Cristiana diez y ocho años más tarde.

Antes de partir a Italia casi había concluído Goethe una de sus obras más apreciadas *Ifigenia en Táurida* y llevó bastante adelantado su célebre drama *Torcuato Tasso* que terminó en la península. Ya estaba trabajando también en el *Wilhelm Meister* y en el *Fausto*.

El viaje a Italia era para Goethe la realización del ensueño de su vida. Lo preparó en secreto, temiendo que alguien pudiera perturbarlo en la consumación de su acariciado proyecto. Sólo Carlos Augusto sabía de él. Partió sigilosamente, casi a media noche, de los baños de Carlsbad y a toda la rapidez que podía dar entonces una silla de posta no paró hasta encontrarse en tierra italiana. Visitó casi toda la península y la Sicilia; pero la mayor parte de los años que permaneció en Italia los pasó en Roma. Poner los pies en Roma fué para él como llegar a la ciudad santa del arte y del espíritu. A sus inquietudes anteriores sucedió una dulce tranquilidad. Fueron admirables la sencillez y la laboriosidad de su vida. Ocupó dos modestas piezas, se sustrajo a toda vida social, a toda diversión que no significaran un enriquecimiento de su inteligencia o un desarrollo de su cultura. No dejó museo ni monumento que no estudió. A menudo dibujaba lo que más le interesaba. Quería renovarse, sacudir el peso de toda preocupación pequeña, despojarse de todo lo que encontraba de estrecho en su educación germánica, sumir su alma, como en las aguas de un Jordán purificador, en el arte de la antigüedad y del Renacimiento. Se hizo el propósito de proscribir cualquiera aventura amorosa y casi lo consiguió por completo. Sólo la pasión por una joven a quien se ha llamado «la bella milanese» perturbó su corazón por corto tiempo.

Goethe vió con pesar acercarse la hora en que tenía que volver a Alemania. Podría haber continuado en Roma porque Carlos Augusto no se habría opuesto a ello; pero creyó que su deber era regresar y se sometió a su deber.

De vuelta en Alemania escribió:

Soy realmente otro hombre, convertido, completado, siento agruparse la suma de mis fuerzas y espero hacer algo. . . . . Me siento siempre bien de espíritu y de cuerpo y creo poder halagarme con la idea de una curación radical. Todo me es fácil y me siento a veces animado de un soplo de juventud.

Sus impresiones, observaciones y juicios sobre estos dos años, en la península apenina los ha consignado en el libro que ya hemos mencionado «Viajes Italianos». En Roma terminó su célebre drama «Egont» que había empezado años antes en sus últimos tiempos de vida en Francfort.

A poco de regresar a Weimar publicó Goethe sus *Elegías Romanas*, bellas poesías libremente amorosas, inspiradas sobre todo, a pesar de su título, en su pasión por Cristiana y en los goces que ella le procuraba.

Poco después salieron a luz los *Epigramas Venecianos*, derivados de un segundo viaje a Italia en que el poeta llegó hasta la reina del Adriático.

El viaje a Italia es un acontecimiento decisivo en la vida de Goethe. Vuelve el poeta y el pensador en la plena madurez de su genio, enriquecido extraordinariamente su espíritu, lleno de admiración por la euritmia y la belleza griegas. En estas condiciones va a continuar su vasta labor creadora.

En este momento la fortuna le depara uno de los mejores dones que puede otorgar la vida a un hombre: un amigo, un amigo de verdad. Famosa es la amistad de Goethe y Schiller. Como un lazo íntimo empezó sólo después que ambos habían vivido más de cinco años

en Weimar, tratándose únicamente en cuanto hombres de letras y artistas. Pero después ¡qué vinculación más noble, hermosa y fecunda! No podían dejarse de ver día a día y sometían a recíproco examen sus producciones. Memorable amistad que perduró hasta la muerte prematura de Schiller en 1805, dejando ésta en el corazón de Goethe un pesar de que dió muestras aun hacia el fin de sus días.

Acompañando al duque de Weimar asistió a la batalla de Valmy. Las balas de cañón llovían cerca de él y su vida estuvo en peligro; pero su sereno valor no lo abandonó ni un instante. Tomaba la prueba como un ejercicio de la voluntad. En la noche de la derrota, en medio de los oficiales del Estado Mayor Prusiano, tuvo palabras proféticas para apreciar el significado de esta primera victoria de la revolución francesa.

En este día, les dijo, ha empezado una nueva era de la historia y podréis, señores, afirmar que habéis tenido el honor de asistir a su nacimiento.

También como acompañante del gran duque, presencié el sitio y toma de Maguncia por las tropas alemanas. De manera que pudo ver de cerca los horrores de la guerra y las consecuencias de la onda revolucionaria que de Francia se iba extendiendo por la Europa Occidental. Goethe no simpatizaba con la revolución. Era muy contraria a su espíritu de orden y tranquilidad. Al respecto decía a Eckermann treinta años más tarde:

Yo no podía ser amigo de la revolución, cuyos sangrientos excesos me tenían profundamente impresionado y que al repetirse cada día, cada hora, me producían una sensación de indignación y repugnancia, sin que fuera dado prever qué resultados benéficos saldrían de esos horrores. Yo no podía ver con indiferencia de que se tratase de reproducir artificialmente en Alemania las escenas que en Francia habían sido el resultado de una necesidad poderosa. Pero yo era igualmente muy poco amigo de una

soberanía arbitraria. Estaba plenamente convencido de que toda revolución es la culpa, no del pueblo, sino del gobierno. Las revoluciones serán imposibles desde que los gobiernos sean constantemente equitativos y que estén alertas a prevenir las revoluciones por medio de reformas oportunas.

Digamos aquí que por lo mismo Goethe fué admirador de Napoleón, lo fué siempre, aun antes de la célebre entrevista de Ehrfurt. Napoleón representaba para él, además del genio, el orden.

Pero los juicios que pronuncia Goethe sobre los hechos que presenció en la guerra y sobre la revolución son, en todo caso, serenos e imparciales y, en medio de las mayores dificultades y penurias de las campañas, jamás se desmintieron la entereza y la jovialidad de su carácter.

De esta época data su gran obra *Los Años de Aprendizaje de Wilhelm Meister* en que había venido trabajando durante varios años y cuya lectura provocó el más puro entusiasmo en Schiller. Asimismo el bello poema *Hermann y Dorotea*, que es como la epopeya de la pequeña burguesía alemana.

Aun se enamoró Goethe a los sesenta y tantos años de Minna Herzlieb. Reflejos de este amor se encuentran en su novela *Las Afinidades Electivas*. Goethe decía de ella que no había una línea que no contuviera reminiscencias de su vida.

Pero este no fué su último amor. En los baños de Marienbad conoció a la señorita Ulrica de Lewezow y se prendó apasionadamente de ella. La niña tenía diez y nueve años y el ilustre poeta setenta y cuatro; pero su corazón estaba aún joven, conservaba el don propio de la juventud de gozar y sufrir por el amor. Eco de esta pasión fué su *Elegía de Marienbad* en que aun brillan la grande inspiración y el sentimiento de sus mejores poesías.

En estos últimos tiempos dió a luz *Los Años de Viaje de Wilhelm Meister*, obra que escribió durante un largo

período de su vida y con frecuentes interrupciones. Ha resultado así formada por un conjunto de episodios un tanto desconectados y que, aunque encierran muy sabias enseñanzas sobre educación, religión, cultivo de los campos, colonización y otros tópicos de las actividades humanas, no tienen la unidad ni despiertan el interés de *Los Años de Aprendizaje*.

En 1831 terminó Goethe el *Fausto*, la magna obra en que había trabajado durante sesenta años. Como en el *Wilhelm Meister*, se observan notables diferencias entre la primera y la segunda parte del poema, debidas a las distintas maneras como fueron elaboradas. La primera parte del *Fausto*, como la de *Wilhelm Meister*, es la obra de una inspiración sostenida y continuada. Las segundas partes de ambos libros son el producto de una labor perseguida con interrupciones al través de largo tiempo en los últimos años del poeta.

La primera parte del *Fausto* es un poema intensamente dramático; las situaciones en él van de lo cómico a lo patético; todos los personajes,—Dios, el demonio, los hombres, la heroína angelical, las brujas,—hablan el lenguaje que les corresponde. La segunda parte en cambio, es un conjunto de fragmentos o episodios, compuestos en distintas épocas en que el interés dramático desaparece y cuyo único lazo de unión lo forman los personajes principales, Fausto y Mefistófeles.

Fausto es un tipo profundamente humano. Venerable es el hombre que inspira todos sus actos en el imperativo del deber. Es recio, firme y ejemplar, pero suele serlo como un tubo de hierro lleno de aire frío. A la generalidad de los hombres, hombres buenos y débiles, sólo el amor y la esperanza de amor los sostienen verdaderamente en la vida. Todo lo demás es distracción, resignación y renuncia. Es el caso de Fausto. La desilusión del inútil saber que ha acumulado y de cuanto le rodea ha llegado a la médula de su alma. En la primera parte del poema no se ha elevado



todavía a la altura del deber y del bien y entrega su alma al diablo para llenarla con una pasión. Que antítesis más completa con don Quijote. El Caballero de la Mancha es el perfecto, el incurable iluso; Fausto el hondamente desencantado, el juguete de una insatisfacción sin remedio. Por esto el héroe de Goethe constituye una expresión acabada de lo humano, sobre todo en un sentido masculino y occidental de la humanidad. En cambio, cabe decir de don Quijote que por las nobles quimeras que persigue es más humanitario.

En la segunda parte del poema, Fausto orienta su vida hacia lo bello, el bien y las actividades benéficas. Los ángeles le disputan su alma a Mefistófeles y a los demonios que acuden en su ayuda. Las potencias celestiales, al lado de las cuales se halla la dulce Margarita, intervienen en favor del héroe y, confirmando el concepto humano entendido en la forma que acabamos de indicar, lo salvan, gracias a que ha anhelado mucho y amado mucho.

\* \* \*

En este ensayo para delinear una silueta de Goethe sólo hemos podido hacer poco más que anunciar sus principales obras. Hacer otra cosa requeriría un curso.

Cuando se leen las obras de nuestro poeta se siente una impresión de serenidad, de seguridad y hasta de majestad. Nada de apresuramiento nervioso en el desarrollo de la materia.

«¿No fué el mundo hecho de una sola vez?» pregunta el pequeño Félix a Jarno, en los *Años de Viaje de Wilhelm Meister*; y Jarno contesta: «Las cosas buenas necesitan tiempo».

Nada de contorsiones efectistas en el estilo. Los personajes de Goethe no dejan de ser víctimas de la tragedia. Pero cuánta diferencia con las figuras atormentadas y contrahechas de Dostoyeswky. En las páginas

de Goethe el dolor y las angustias *sobrevienen*; pero no forman el ambiente mismo en que se mueven sus personajes. Son como una tempestad, un huracán, una inundación que azotan un lugar de la tierra; pero pasa y el sol torna a brillar, el aire se siente más puro y la naturaleza se vuelve a presentar en todo el esplendor de una belleza tranquila. En los libros de Dostoyewsky, el dolor y la angustia son como la carne misma de la vida y todo lo demás es sombras e ilusiones.

Pero se equivocaría quien creyera en vista de lo dicho que Goethe era de por sí de naturaleza serena. La armonía, la serenidad que se admiran en Goethe son el resultado del triunfo que obtiene, día a día, en la lucha de las tendencias contradictorias de su espíritu.

Contemplar y estudiar lo contrario y contradictorio para reducirlo a la armonía, dice Wilhelm Meister—El hombre razonable no ha tenido otra preocupación en toda su vida,

contesta un discreto viejo que conversa con él.

Las antinomias del alma de Goethe se manifiestan en la lucha de su razón con sus pasiones, en su ansia de libertad y en su inclinación al amor. Cae en el amor y huye de él. En el orden intelectual necesita siempre Goethe pensar sobre datos concretos y no dejar de reducirlos a ideas abstractas, antinomia o polaridad que no pasa de ser un rico proceso evolutivo del pensamiento. Primero observar, luego sobre lo observado pensar, y lo pensado transformarlo en nuevas imágenes, ideas y conceptos.

La oposición entre la pasión y el buen juicio la ha expresado Goethe en varias de sus obras en dos personajes contrapuestos. En el apasionado Werther y el mesurado Alberto, en el sentimental Torcuato Tasso y el razonable Antonio, en el vehemente Eduardo y el discreto capitán de Las Afinidades Electivas. Esas parejas de figuras opuestas representan dos fases del

carácter del autor; pero en Goethe concluye siempre por pesar más el platillo de la razón.

Es un afán de la vida de Goethe ser un hombre de voluntad firme y lo consigue. Se ejercita en el dominio de sus nervios. No huye de las balas francesas en Valmy. En la cúspide de la catedral de Estrasburgo hace acrobacias inverosímiles para dominar el vértigo que experimentaba a tan grande altura. Se acerca a los regimientos en marcha para sobreponerse a la molestia que le producían los tambores, y, si mal no recuerdo, termina un acto de *Ifigenia* mientras desfilaba por delante de él un batallón. Un día iba a tener lugar en la corte un acto, al cual debía asistir en su calidad de ministro. Pero se hallaba enfermo en cama de reumatismo. Ya había pasado largamente de los sesenta. Mas se acordó de que Napoleón decía que en sus servidores no aceptaba más enfermedad que la muerte. No quiso ser menos que un servidor de Napoleón. Se levantó como pudo y asistió al acto. Una vez terminado éste tuvo que volver a acostarse inmediatamente.

Estimaba Goethe el arte como una alta escuela para la pura creación humana. Entre estos actos creadores no hay ninguno tan importante como aquellos por medio de los cuales el hombre pasa a ser creador de sí mismo y da independientemente significado y contenido a su vida. Filósofos y moralistas de todos los colores han sostenido, desde Calvino hasta Schopenhauer, que la personalidad es invariable. Goethe no cree en esta inmutabilidad.

Cada cual es capaz, dice, en cuanto pueda modificar las relaciones que existen entre él y las fuerzas que lo rodean, de hacer de su yo en teoría permanente un nuevo yo. Por naturaleza no poseemos ninguna falta que no pueda convertirse en virtud, ni ninguna virtud que no pueda convertirse en falta.

De aquí su hermosa concepción de su personalidad como

una pirámide cuya altura debía esforzarse por elevar continuamente.

Goethe trabaja en el proceso de su perfeccionamiento, basándose sólo en sí mismo y sacando sus principales fuerzas del fondo de su propio ser. Desde su juventud cobró mucha afición al filósofo Spinoza, cuyas doctrinas correspondían perfectamente a su viril manera de encarar la vida.

Es una manera personal de él, pero que considera la única propia del hombre. Para el efecto de su enriquecimiento, de su afianzamiento interior, el hombre no debe esperar nada de los demás ni ningún socorro de la providencia divina.

Una vez leído Spinoza, decía, hay que resignarse de una vez por todas a cuanto sobrevenga; así se libra uno después de estar resignándose en detalle.

Y en otra ocasión agregaba:

Si se me preguntara cuál es de los libros que conozco el que está más de acuerdo con mis ideas, indicaría la *Ética* de Spinoza.

Lo dicho no significa que Goethe fuera un discípulo del sistema de Spinoza. Nuestro poeta no se plegó jamás por completo a ningún sistema filosófico. No simpatiza con la metafísica ni con la mística. Prefiere apartar el pensamiento de todo lo que se le presenta inasible. Se llama con gusto a sí mismo «entendedor de hombres». Tampoco se debe deducir de las líneas anteriores que negara a Dios. El suyo lo podríamos llamar un panteísmo poético concretado en cada detalle del mundo y de la vida.

El gran ser que llamamos la Divinidad, decía, no se manifiesta sólo en el hombre sino también es una rica y poderosa naturaleza y en los mismos acontecimientos del cosmos.

A su amigo Jacobi que con mucho fervor le escribía:

Hay que creer en Dios, le contestaba tranquilamente: Yo lo contemplo, es decir, lo estudio en sus obras—¿Crees en Dios? preguntaba Margarita a Fausto—Amor mío, ¿quién osaría decir: Creo en Dios? contesta éste. Puedes preguntar a sacerdotes y sabios y su respuesta no parecerá sino una burla dirigida al preguntador. Luego, ¿no crees? agrega Margarita. Y Fausto responde: No interpretes mal mis palabras, hermosa mía. ¿Quién puede nombrarlo? ¿Y quién puede confesar: Creo en El? ¿Quién siendo capaz de sentir, puede atreverse a exclamar: No creo en El? Aquel que todo lo abarca, Aquel que todo lo sostiene, ¿no abarca, no sostiene a ti, a mí, a él mismo? ¿No se extiende el cielo formando bóveda allá en lo alto? ¿No está la tierra firme bajo nuestros pies? ¿No se elevan las eternas estrellas mirando con amor? ¿No te contemplo yo clavando mis ojos en los tuyos? Y todo cuánto existe ¿no impresiona tu cabeza y tu corazón y se agita visible e invisible cerca de ti en un eterno misterio? Por grande que sea, llena de esto tu corazón, y cuando, penetrada de tal sentimiento, seas feliz, nómbralo entonces como quieras, llámale Felicidad, Corazón, Amor, Dios. Para ello no tengo nombre; el sentimiento es todo. El nombre no es más que ruido y humo que ofusca la lumbre del cielo.

La actividad y su estimación como algo fundamental en la vida constituye uno de los ejes de la personalidad de Goethe. «En un principio fué el acto» dice Fausto señalando el comienzo activo de todas las cosas. Más tarde Mefistófeles: «la acción lo es todo; la gloria nada». Son innumerables los pasajes de los escritos de nuestro poeta en que se enaltece la acción.

Uno puede considerar que vive trescientos años y más haciendo todos los días honradamente lo que debe. Sólo son dignos de la libertad y de la vida los que se la conquistan día a día. Conquista tu herencia día a día para que la goces.

En sus últimos tiempos expresaba con estoicismo:

Sólo puede sostenernos el cumplimiento del deber.

La labor intelectual en Goethe significa siempre un proceso activo. El no reproduce nada simplemente.

Todo lo somete a una nueva elaboración propia. En su busca de la verdad su gran maestro era la naturaleza y la observación de ella con amor. Desconfiaba de todo saber verbal y su punto de partida tenía que estar formado por percepciones sensuales. Estas entraban a elaborarse en su poderoso cerebro y cual debería ser el fin del proceso lo expresaba el gran pensador con estas profundas palabras:

Por medio de la reflexión prestar a lo invisible y a lo inefable una especie de cuerpo.

En razón de su profundo activismo venera Goethe la personalidad humana como un haz de facultades que se deben desarrollar desde adentro. Tratar de educar a los hombres desde afuera, por medio de enseñanzas y prescripciones, sería una ilusión. Únicamente sus propios hechos pueden cultivar el alma humana. El hombre no es un ser destinado a aprender de una manera pasiva; es un ser vivo; activo y llamado a obrar. Sólo en la acción y en la reacción nos regocijamos.

Ya sabemos que Goethe no se afilió jamás por completo a un sistema. Los sistemas encierran y limitan el espíritu. El mismo no formó ninguno. Nunca quiso decir una última palabra, formular una conclusión definitiva, salvo en la obra de arte, donde no se trata de comunicar doctrinas sino de crear formas que sean en su propio ser acabadas. Quería que sus convicciones no fueran tomadas como una doctrina sino como una confesión. Imponerse a los demás puede, según nuestro poeta, el que tiene poder. Que trate de convencer quien posea condiciones de sofista y se complazca en el aplauso de los necios. El saber (en el sentido de conocimientos acumulados) puede ser aprendido. A la verdadera sabiduría sólo es dado inducir; tiene que ser el fruto de una siembra cuidadosamente preparada y de un germinar de adentro. Lo que uno remueve en el alma de otro vale más que lo que uno da.

Goethe, con estas palabras, se señala como un gran precursor, cual lo es en tantos otros campos del saber humano, de las doctrinas de la educación contemporánea y de los métodos activos.

Gran asunto es este de la acción que preconiza Goethe. Pero ¿deberemos entender que habla así de la acción sin más ni más? ¡Ah no! La acción desordenada conduce a la bancarrota. Hay que concebirla dentro de un todo armónico, hay que darle un sentido espiritual. Goethe rodeaba a su acción de una constelación de cualidades y condiciones que revelan la grandeza de su alma y su hondo buen sentido.

Era veraz y serio, jovialmente serio.

Puedo haber tenido muchos defectos declaraba, pero jamás he engañado a nadie.

No se pagaba de apariencias e iba al fondo de las cosas.

Lo que brilla es para el momento, expresa el poeta en el Prólogo del Fausto, lo serio, lo de valor, queda como un tesoro perdurable para la posteridad.

Su amor a la libertad no le impedía ver que no es dado concebirla sin limitaciones. Toda actuación immoderada, toda ilimitada ambición de poder, de fortuna y de influjo coloca al individuo fuera de la sociedad humana y trae en definitiva su propio aniquilamiento. Sabido es que decía:

En la limitación se da a conocer el maestro.

Para Goethe el héroe es el que sabe dominarse a sí mismo. Aquel que reflexivamente reconozca en lo que debe sentirse limitado se halla muy cerca de la perfección. En las *Afinidades Electivas* la pareja de enamorados, que saben dominar su pasión, Carlota y el Capitán, llegan por lo menos a un puerto de calma; los

que se dejan arrastrar por ella, Otilia y Eduardo, van a la ruina.

La limitación tiene que tomar muy a menudo la forma de renunciamiento:

Toda realización de algo importante, decía, va estrechamente unida a la renuncia de ventajas que se refieren a uno mismo.

Sabemos como era un anhelo de la voluntad de Goethe mantener siempre la serenidad de su espíritu.

Tranquilidad y tolerante tenacidad deben conducirnos a través de la vida.

¡Qué admirable consorcio de cualidades significa esa tolerante tenacidad! En la noble serenidad, en el resuelto dominio de la impaciencia se encuentra uno de los más bellos rasgos del carácter de Goethe y una de las más valiosas enseñanzas que su vida contiene para nosotros. Puede unir una infatigable actividad con un sentido de la serenidad significa alcanzar un ideal de la cultura espiritual humana.

Particular énfasis ponía Goethe en el sentimiento del respeto que se debe manifestar no sólo a los superiores sino también a los humildes. El respeto es el ambiente esencial de la convivencia humana. El respeto y la obediencia voluntaria han sido tenidos en alta estima por los verdaderos talentos. De aquí la comparación del respeto con un sentido superior.

Los más grandes hombres que he conocido, dice Goethe, eran humildes y sabían gradualmente, jerárquicamente, lo que debían apreciar.

En un proverbio al parecer obscuro expresa nuestro poeta que «para hacer algo uno debe haber hecho ya». ¿Cuál es el sentido de esta frase? Es que antes de obrar uno debe tener ya cierto sedimento en su propia alma:



respeto, obediencia, abnegación, saber limitarse, plenitud de amor, cuidado de la sencillez, libre percepción de la serie jerárquica de lo digno. Por esto dice que la inclinación al respeto es la cualidad básica, la fuente espiritual que debe ser ante todo cultivada en el hombre. Si ha logrado hacer brotar esta flor en su alma lo demás vendrá por añadidura.

Después de lo dicho no encontramos exageradas las palabras de Stewart Chamberlain al afirmar que Goethe es el más sabio de los hombres de que tengamos noticia. No ha sido fundador de una religión ni de una doctrina filosófica; tampoco ha sido un gran erudito ni un reformador político social. Al contrario. Se reía de los grandes ideales humanitarios de su amigo Herder. Si se realizaran, decía, en el mundo no habrían más que enfermos y enfermeros. A los planes de mejoramiento social de Saint-Simon y otros reformadores los llamaba valientemente desvergüenzas generales. No se dejaba engañar por los adelantos del presente. Creía que las facilidades de las comunicaciones, la divulgación de la enseñanza (sin educación) y el desarrollo de la prensa como poder iban a precipitar a la sociedad en la mediocridad. En la vida moderna, que ya atisbaba Goethe, observa un gran torbellino, un afán de ganar y devorar en medio del cual la existencia interior (*Stimmung*) queda ahogada. Las distracciones, aun el teatro, ejercen una influencia disolvente. La afición del público a los diarios, y a las novelas, aumentan la disolución espiritual. El desarrollo del maquinismo lo compara con una tempestad que se acerca.

Goethe no aceptaba ninguna dirección espiritual exclusiva. Su imposibilidad de pertenecer a cualquiera capilla le ha permitido alcanzar la completa sabiduría. Cualquiera marcada especialidad conduce a lo unilateral y limita el juicio que es el instrumento de la sabiduría.

Una de las muestras más acabadas de la sabiduría goethiana se encuentra en la «carta de aprendizaje» que el abate entrega a Wilhelm Meister. Dice así:

El arte es largo, la vida es corta, el juicio difícil, la ocasión fugaz. Actuar es fácil, pensar difícil; obrar según los pensamientos es desagradable. Todo comienzo es ameno, en el umbral está la esperanza. . . . El niño se asombra, la impresión lo define, aprende jugando, la seriedad lo sorprende. La imitación es innata en nosotros, pero no es fácil reconocer al que se debe imitar. Es raro encontrar lo excelente, más raro aún apreciarlo. Es la altura la que nos seduce, no las gradas que llevan a ella; nos gusta caminar en el llano con los ojos en la cima. Sólo una parte del arte se puede enseñar, el artista lo necesita íntegro. El que lo conoce a medias está siempre confuso y habla demasiado; el que lo posee íntegramente, sólo quiere obrar y habla rara vez o tarde. Aquellos no tienen secretos ni fuerza; su doctrina es, como el pan amasado, sabroso y que satisface sólo por un día; pero la harina no se puede sembrar ni la semilla moler. Las palabras son buenas, pero no son lo mejor. Lo mejor no se aclara con palabras. El espíritu según el cual obramos es lo más alto; sólo él comprende y refleja la acción. El obrar bien pasa desapercibido para uno mismo; pero no así nuestros errores. El que no sabe proceder sino con artificios, es un pedante, un hipócrita, un chapucero. Los hay muchos y se sienten bien entre ellos. Su charlatanería detiene el progreso del alumno y su obstinada mediocridad desconcierta a los mejores. La doctrina del verdadero artista es comprendida íntegramente, porque donde faltan las palabras, hablan los hechos. El verdadero alumno aprende a deducir lo desconocido de lo ya conocido y se acerca al maestro.

Cinco días antes de morir expresaba el eminente anciano:

La felicidad depende del adecuado perfeccionamiento de nuestras dotes naturales. No he tenido nada más importante que hacer que elevar el nivel de lo que hay en mí, que ver modo en lo posible de hacer de mi vida una superación continua.

Podría corresponder al espíritu anhelante de Goethe que hubiera dicho en sus últimos momentos—como se

refiere ordinariamente— «luz, más luz»; pero no fué así; se sabe que no pronunció estas palabras. Apoyado en algunos servidores se paseó por su pieza, y, como le dijeran, a una pregunta suya, que era el 22 de Marzo, mirando hacia afuera exclamó: «Ha empezado la primavera». Lo sentaron en un sillón y se quedó dormido. Aun tuvo tiempo de que cruzaran por su fantasía privilegiada figuras gratas. «Qué hermosa cabeza de mujer con cabellos negros», dijo en sueños. Después a la viuda de su hijo que lo acompañaba. «Ven, hijita, le dijo, acércate, dame tu mano, hazme un cariño». Y sin muecas ni contorsiones su cuerpo entró a dormir para siempre.

La conmemoración de esta fecha no significa la de una muerte sino la del principio de una inmortalidad o, si preferís, la de la supervivencia entre los hombres de este gran espíritu, porque Goethe, gloria alemana, es un valor universal.

Yo diría que es como una poderosa fuente. Ha brotado del rico suelo alemán, saturada de los más hondos zumos de su tierra; pero ha echado a correr pronto más allá de las fronteras de su país, ha fecundado los valles de casi todo el planeta y ha ido a calmar y aclarar el acerbo y agitado océano en que se debate la humanidad.

Ahí está a nuestra disposición la fuente perdurable. Supervive a nuestro alrededor el fuerte y luminoso espíritu del excelso poeta. Guiados por él podemos admirar las bellezas del cosmos y sus secretos, maravillarnos ante una yerbecita y descifrar sus misterios, ver un pequeño mundo en cada ser vivo, subir al cielo a escuchar al Ser Supremo, oír las sutilezas del Demonio, descender a los antros de brujas y hechiceras; gozar de la alegría de vivir en medio de creaturas sencillas y encantadoras; llorar con los tormentos de amantes desgraciados, sentir la angustia de dolores irreparables, penetrar en todos los rincones del corazón de la

mujer y del hombre, sentir el valor del respeto, de la dignidad y autonomía humanas y recibir la más alta lección de virilidad. ¡Oh el guía y conductor incomparable! De nosotros depende hacer nuestra vida en su sabia e inspirada compañía.

Fernando Binvignat.

## POEMAS

### CAMINO

(Para Antonio Tagle).

*Aquí estás otra vez junto a mi puerta, esperándome,  
y la capacidad de tu destino se me entrega radiante  
y tu alegría atávica me toma de la mano hacia el mundo.*

*Ah camino! palabra de tierra entre los pueblos,  
canción de la amistad de las razas y el tiempo.*

*Mi casa está junto al valle resguardando tesoros,  
como está junto al mar el puerto tributario,  
ordeñador de expediciones, vendimiador de emigrantes.*

*Y hasta mi casa te allegas en carrera precisa  
después de ajustar el tórax de los Andes.  
Y estás todos los días con tus ojos sin sueño  
esperando que se abra mi puerta a tu constancia.*

*Ah camino! palabra de tierra entre los pueblos,  
canción de la amistad de las razas y el tiempo.*

*Ya te has llevado toda mi cosecha de amores  
que no es menos, en trojes, que la del valle entero.  
Ah feliz cargamento de adioses y de lágrimas!*

*Con un zurrón de bellos recuerdos me has llevado mil veces, un millón de veces por el mundo.*

*Y yo podría ahora devolverte esa dicha en qué gran cordillera de sentimientos nobles, en qué gran océano de palabras fervientes!*

*Clara filosofía de sol, de agua, de cielo, de palomas abriendo la mañana en el huerto, de jazmines nevando la mañana en sus manos.*

*Clara filosofía, numen de filosofías, cábala de las ingénitas sabidurías del hombre, talismán de evangelio, todo lo que es principio, ha residido por tu fiesta de dulces días en el país abandonado de mi alma.*

*Yo no podré decir, ni traducir en lágrimas esta gloria ancestral que has vaciado en mi sangre. Yo no podré decir, ni gritar en poemas, el dolor de tus alas amarradas y ciegas, No podría decir si descifrar quisiera tu gravidez enorme, consumida, impotente.*

*Aro cosmopolita, anillo de esperanza, erguido como una llama del vientre de la tierra. Tu brazo se establece geográfico, obediente, puente por donde empujan sus anhelos mecánicos las civilizaciones.*

*Una vez ella vino floreciendo su cuerpo en la rama ardida de tu pecho. Desde entonces yo sé por qué el atardecer te viste de colores como los gitanos en los cuentos, y porqué hay en las noches multitudes de estrellas clavándote azulejos.*

*No entres en mi casa.  
Mi vida era un gran guiñol de máscaras.  
Es ahora un monólogo lento.  
No entres en mi casa: qué amarga inutilidad  
la soledad de tu heroísmo, la magnitud de mis sueños.*

*Y el tiempo no fustiga más su cuádriga ebria.  
Y la noche repule mis figuras de cera.*

*Ah camino! palabra de tierra entre los pueblos,  
canción de la amistad de las razas y el tiempo.*

*Una vez mi ataúd te va a cerrar el paso  
y tu vigor se enfriará en mis huesos.*

## LA MONTAÑA

*Tan alta es la montaña que en la noche  
sobre su pecho las estrellas  
parecen flores.*

*Yo recuerdo que así eran  
las margaritas del jardín de mi prima  
y sus grandes ojos  
siempre llenos de lágrimas.*

*Tan alta es la montaña  
que nunca hemos visto el alba.*

*Y la casa en que vivo  
apenas si parece un nido.*

*Cuando vuelvo del valle  
es como si la soledad me llevara en sus brazos.*

*Y además me han crecido dos alas  
y el viento canta en ellas  
como el mar en la proa de las barcas.*



Ernesto Montenegro.

## LAS MISTERIOSAS FECHORIAS DE "EL GAPA"

**E**L patriotismo tiene sus picantes anomalías, y siempre han derivado los pueblos una satisfacción de orgullo nacional de la relación de las proezas de sus bandoleros. Yo mismo he visto el gesto emocionado de la gente al oír a un asesino en el banquillo compararse con Manuel Rodríguez, los Carreras «y otros patriotas que murieron en el cadalso». No he podido dejar de notar, tampoco, que ciertos compatriotas míos me miraron con resentimiento porque me ví en el caso de advertirles que Joaquín Murieta fué en realidad un bandido mejicano de California, y no chileno, como asegura el relato novelesco de sus hazañas, reeditado en Chile por un extranjero que entendía su negocio. No hay pueblo de nuestra América que no tenga un héroe de esa laya, y si no lo tiene lo inventa, por amor propio o rivalidad local. Unas veces son los poetas populares, cuando aprieta el hambre, otras algún comandante de policía que busca su mejora en el presupuesto, o, como ocurrió en el caso del *Huaso Raimundo*, es pura y simplemente la prensa patriota y sensacionalista la que hace un Wallenstein o un Robinhood de cualquier infeliz de poncho y ojota.

El pueblecito en que vivo, muestra harto comprimida de humanidad como es, tuvo también su héroe nefando en *el Gapa*. Recuerdo haber visto de muy niño llegar corriendo la gente de todos lados y agolparse a las puertas del retén, nada más que porque iban a sacar a el Gapa con los brazos amarrados por detrás, camino de la cárcel. Que yo recuerde, no había nunca lástima en la actitud de esos curiosos; acaso, más bien esa admiración avivada por el miedo que uno ve en las muchedumbres domingueras que se paran ante una jaula del zoológico a contemplar al tigre que se pasea inquieto, clavándoles sus ojos de loco por entre los barrotes.

En mis andanzas a lo largo de Chile he oído mentar ejemplares de esos ambiguos personajes que el vecindario trata con particular deferencia y a los que aluden en su ausencia con pullas envenenadas: son antiguos merodeadores o cuatrerros, sin olvidar a ese tipo ya casi del todo desaparecido de nuestros campos, del salteador de buena familia, con casa puesta y negocio establecido, que desaparecía la víspera de algún salteo en la vecindad, para reaparecer días más tarde a reanudar sosegadamente sus negocios habituales. El tal se hallaba entre los enmascarados que dirigieron el asalto, y hasta hubo quien jurara que le reconoció la voz; pero nadie se atrevía a delatarlo. Algunos pasan con la edad a simples aposentadores o informantes de los salteadores en servicio activo; son, a su manera, funcionarios jubilados. Pérez Rosales nos dejó algunos tipos inmejorables de esa índole, y escritores de hoy, como Maluenda, Santiván, Edwards Bello y Manuel Rojas han agregado retratos de bastante colorido a la galería de nuestra gente maleante.

De *el Gapa* no podría yo en conciencia decir nada parecido. Que su reputación era pésima, nadie podría negarlo. Pero su astucia debió siempre ir delante de las sospechas, porque nunca, que yo sepa, se logró pillarle

con las manos en la masa, como se dice. Después de todo, quién sabe si lo vago de la culpabilidad de este hombre no sea más que un efecto de perspectiva. Borrrosa como está en la lejanía de los años, su figura se identifica con las primeras sensaciones fuertes de mi niñez, y ya sea que piense en mis primeras aventuras o en mis primeros botines, el nombre de el Gapa o la cara de el Gapa se me vienen claramente a la memoria. Porque el Gapa era de oficio zapatero, en su esfera mínima, la de remendón. Aunque parezca inoficioso advertirlo, esta es habilidad que se aprende por lo común en la cárcel, y así era en el caso que nos ocupa. Al Gapa le llevé yo mis primeros zapatos, tras mucha porfía y hasta amenazas de parte de mi hermana mayor. Yo no sabía entonces lo que era un Ogro, pero lo que he leído más tarde sobre este personaje, me confirma, punto por punto, en la idea que yo tenía de el Gapa y de sus perversos instintos.

### El Gapa entra en escena.

Figúrense ustedes, si pueden, al Gapa, tal como lo veíamos pasar entre el cabo y el guardián del retén, el aire macilento y la cabeza gacha, cada vez que iban a sacarle del cubil donde tenía su banco de zapatero: una cara cetrina, que el pelo negro revuelto sobre la frente hacía aún más descolorida; unos ojos relumbrantes y fijos, como los de un calenturiento, que se pegaban a uno desde el fondo de las cuencas, y unos dientes largos y blanquecinos, igual que los del lobo hambriento de nuestro libro de lectura. La sonrisa abyecta de aquella cara iba siempre disimulando sus malignas intenciones. Hubiese pasado por un hermano mellizo de *Coilipo*, el inolvidable personaje de la niñez de Augusto Thomson (D'Halmar). No hay duda, pienso ahora, hay fisonomías que acusan irremediabilmente el mal, y todos los actos futuros de la persona que haya

nacido con ella, no parecen sino un esfuerzo sostenido para mantener cierta armonía entre su conducta y su apariencia.

Ya he dicho que el Gapa era uno de esos predestinados y que su reputación, por lo menos, era digna de su facha. A atenerse a lo que los chiquillos pescábamos de las conversaciones de los mayores, cuando el mate de leche pasaba de mano en mano en la tertulia de la tarde, vivía en la vecindad uno de los más temibles bandidos de que hubiera memoria. «Una verdadera fiera, mi pobre comadrита». Uno podía llegar a suponer que las tales se sentían agradecidas por ello, visto que la mención del Gapa bastaba para hacer callar a los niños pedigüeños o soñolientos. Es más, recuerdo perfectamente un caso en que el despachero de la vecindad recurrió al nombre de nuestro criminal para hacer entrar en razón a la vieja más regodeona y cicatera del pueblecito. Esta doña Micaela había venido a devolverle una lata de sardinas porque un bromista le dijera que el despachero había tenido la desvergüenza de venderle «unos pescaditos sin cabeza». Los dedos flacos y engarabados de Misiá Mica apuntaban acusadoramente a la lata abierta, donde unas sardinas reseca se estrujaban, acéfalas, como electores en una asamblea política. «Cuando yo compro algo, me gusta que no me le recorten nada a la mercadería», porfiaba la vieja con un guiño rencoroso. El despachero se reía, conciliador. Pero, visto que la tacaña mujer terminó por pedir que le devolviera dos centavos por lo menos por las cabezas que faltaban, el hombre se encendió en furia, y les gritó tartamudeando a los demás: «¡A ver, llámenme al Gapa para que se entienda con esta señorita, que viene a sacarme dos cobres a mí, cuando todos saben que tiene el colchón relleno con billetes!» (La vieja se lleva las manos a la cabeza y sale a tastabilones, chorreándose con aceite el delantal).

Bien se me alcanza, problemático lector, que me es-

toy deteniendo en menudencias, en vez de ir derecho a la relación de las fechorías de el Gapa. Pero, en primer lugar, no se puede pedir a un memorialista de provincia que penetre, de buenas a primeras, en la vida secreta de su protagonista, o que con mano experta en la disciplina del estilo, deje a la acción mostrar los contornos netos del drama. Y, en segundo lugar, no sería fácil, ni aun para nuestros más audaces escritores metropolitanos, describir con precisión las hazañas de el Gapa, pues aparte lo que dejaban adivinar su cara y sus maneras hoscas y retraídas, ya he dicho que ese desalmado tuvo siempre la suerte de no dejarse sorprender en la comisión de sus innumerables delitos.

Ahora se explicarán ustedes con qué recelo entraría yo aquella vez al cuarto redondo en que trabajaba el Gapa. Como la ventana suplía los vidrios con trapos y cartones que tapaban escrupulosamente toda rendija, la puerta entornada separaba netamente la zona deslumbradora del día de verano de la penumbra del interior. Desde el umbral hurgué con la vista en dirección al rincón de donde venían unos golpes sordos y acompasados. Poquito a poco, tal los contornos de un pez que sube del fondo del estanque, fué recortándose contra la pared la silueta agazapada de aquel hombre que, insensible al dolor, se estaba machacando una rodilla con el martillo. Al fin pude distinguir que lo que batía con tan estoica firmeza era la media suela de un zapato que tenía sujeto con el tirador. Al reconocerme el muy bribón quiso sonreírme a su manera, y descubrió la boca llena de estaquillas negras. ¡Aquel bárbaro estaba comiendo fierro!

El haber escapado sin un solo rasguño aquella vez, lo atribuyo al hecho de que el apetito del Ogro estaba entretenido con algo más succulento que yo. Los demás vecinos parecían igualmente afortunados en escapar a las asechanzas de el Gapa; pero ello se debía, a no dudarlo, a que todos parecían competir en favorecerlo

con sus encargos y composturas, pagándole sin demasiados regateos los pocos cobres que costaba cada remiendo. Y así resultaba provechosa su mala reputación para el Gapa, y cualquiera hubiese podido suponer cierta maligna satisfacción en la abyecta sonrisa con que acompañaba a la patrulla cada vez que venían a tomarlo para un careo en el juzgado.

### El ojo escrutador de la justicia.

A la primera noticia de un salteo, así viniese de algún lugar apartado como Tabolango o Casuto, los vecinos comenzábamos a poner el oído, a quién sentía primero el galope de los pingos en que los guardianes se dejaban caer en busca de el Gapa. ¿Que le habían sacado una yunta de bueyes a la Hacienda, o habían abierto un forado en la bodega del Mirador? Pues a traer a el Gapa, para someterlo a un interrogatorio en forma! Con esto el parte de policía podía citar por lo menos el hecho de que uno de los sospechosos había caído ya en poder de la justicia.

Hay que admitir que no le faltaban sus razones a la policía para tomar medidas precautorias contra el Gapa. Aparte de lo repelente de su fisonomía, sus mismos hábitos de vida eran, para el observador que no se deja engañar por las apariencias, un detalle revelador, hasta acusador. En efecto, el Gapa no era uno de los muchos remendones que se emborrachan a diario, faltan invariablemente al trabajo el lunes, y lo mantienen a uno esperanzado con un «vuelva mañana por la obrita», conforme al precepto popular:

*Zapatero,  
tira-cuero,  
toma-chicha  
y embustero!*

Estaba visto que un zapatero sin los vicios del gremio no podía ser sino un criminal empedernido. Por consiguiente, la lógica policial aconsejaba ponerlo en lugar seguro a la primera nueva de un golpe de mano. Al fin ambos actos iban resultando correlativos o concomitantes, como diría un leguleyo. Al oír hablar de un salteo reciente, los vecinos se preguntaban unos a otros: «¿A qué horas vendrán a buscar a el Gapa?» Y en las raras ocasiones en que los pacos aparecían inesperadamente, sacaban a su hombre con un cordel flojo en las muñecas y se lo echaban en ancas sin mucha ceremonia, la pregunta obligada era entonces: «¿Dónde habrán dado el golpe los niños de el Gapa?»

A los dos o tres días teníamos de vuelta a nuestro bandido, con el pelo más enmarañado y la color más cetrina, pero siempre con esa arriscada sonrisa de perro que ve suspendido un garrote sobre su cabeza. Como no había ninguno bastante audaz para sonsacarle lo que había pasado, él tampoco se confiaba con nadie. Todo quedaba en conjeturas acerca de dónde estaría el entierro de lo robado.

Era inútil que algún vecino llevado del espíritu de contradicción, quisiera sobreponerse al sentir general, alegando que el Gapa, salteador, era una pura suspertición. Lo mejor que puede decirse de tales gentes, es que nunca habrán encarado una investigación judicial, histórica o de cualquiera otra naturaleza. Entonces verían cómo eso que llaman la verdad es el pez más resbaladizo que puede imaginarse. El lector que haya tenido que ver alguna vez con el juzgado sabe cómo se estilan las cosas por esos sitios. Entra uno a una antesala donde hay tipos equívocos de chaqué, caras trasnochadas de borrachos, rameras, y demás; y de repente se siente uno llamado por un portero que pronuncia nuestro nombre como si en él hubiese algo de sospechoso o comprometente. Nos hallamos luego sin saberlo a la entrada de una sala espaciosa, de pa-

redes desoladas, con el piso cubierto por una alfombra raída. Sobre los estrados hay una mesa pequeña y detrás de ella un hombrecito de expresión artificialmente severa, como si se sintiese eternamente enfocado por el ojo de Dios, fotógrafo de conciencias. El juez nos da una mirada rápida por encima de sus lentes, y esta mirada basta para que comencemos a sentirnos culpables, o por lo menos para empezar a dudar de todo, hasta de nuestra propia identidad. Somos tal vez meros testigos de una querrela por injurias, o de una demanda por abijeato. Vamos a decir cómo vimos a Fulano cuando se abalanzaba a pegarle a Zutano, pero una simple pregunta del buen señor que está detrás del escritorio nos deja en suspenso, en tanto que toda la escena que íbamos a describir se desvanece como si nos despertaran bruscamente en medio de una pesadilla. El secretario se acerca en esos precisos momentos al juez y le murmura al oído una advertencia que no sabemos por qué nos parece directamente dirigida contra nosotros. Ya no estamos seguros de nada, dudamos hasta de haber presenciado la pelea, o lo que fuese, y la única realidad que nos queda saltando a los ojos es la de la puerta enrejada del fondo de la sala, que da al pasadizo que conduce a la cárcel.

Lo que no admite dudas es que el fin de el Gapa vino a confirmar providencialmente lo tenebroso de su vida. ¡El salteador murió salteado! Según unos, la pandilla que merodeaba por el lado de Chacabuco dió en la sospecha de que el Gapa le vendía sus planes a la pesquisa. Lo cierto es que un día, después de cincuenta años de vivir al margen de la ley, lo encontraron con su propia cuchilla clavada en el corazón, muerto sobre su banco de zapatero.

Así vivió y murió uno de los más célebres criminales que hayan existido en la localidad. Le faltaron aún los consuelos de la religión, por más que él llevara al



cuello un sucio escapulario de la Virgen del Carmen. «¡Bastante se había confesado ya con el juez!», dijo un policial ocurrente. Según es fama, el propio magistrado había llegado a contagiarse de escepticismo acerca de la culpabilidad de el Gapa, y aun se asegura que se permitía sus bromas con él cuando se lo traían de nuevo. Por último, se afirma que habría llegado a tratarlo como a un consejero o confidente en los casos difíciles. Posiblemente de esto provino la convicción que fué ganándose a otros maleantes, y ya el Gapa no fué para ellos un cómplice sino un delator.

Esto apresuró su fin, a no dudarlo. Y desgraciado en su muerte como había sido en vida, las sospechas de sus cofrades, junto con la abominación de las gentes de bien, contribuyeron por igual a hacer de su entierro una ceremonia bien poco impresionante. Cuando vino a buscarle el carretón del hospital para llevarlo a la fosa común, un suspiro de alivio salió de todos los pechos, tanto de parte de las personas honradas, como de aquellas que no se atreven ni a pretenderlo.

Carlos Orrego Barros.

## LA CUESTION DE IRLANDA

**E**N estos momentos de conmoción universal, en que cada pueblo se agita en busca de cambios y mejoras que anhela con toda el alma, que vislumbra apenas y que no alcanza a precisar; en que en todas partes se remueve todo y se pretende destruirlo todo, con la vanidosa seguridad de poder organizar una sociedad que supone mejor por el sólo hecho de ser nueva y diversa de la actual, y más justa porque en ella imagina que imperará un bienestar material, reducido en verdad, pero uniforme para todos; en estos perturbados y duros tiempos, la romántica Irlanda se agita también, aun más intensamente que las otras naciones, pero no por intereses materiales sino por los más desinteresados y puros ideales. Mientras todos los pueblos del mundo se despedazan entre sí, reniegan de su pasado, de su Patria y hasta de sus Dioses—en el afán insensato de alcanzar una era de intensas satisfacciones materiales,—los irlandeses, vibrantes de su antigua fe, dan el curioso espectáculo — bien extraño en estos días—de no pensar en cuestiones económicas, de desdeñarlas más bien, de no pensar sino en ideales de política pura, aunque su realización saben ha de causarles quebrantos económicos, pero que ha de enaltecer a su querida y pobre Patria, a la que anhelan ver libre hasta de la sombra de un tutelaje.

Que no otra cosa es el movimiento que ahora dirige el Presidente del Estado Libre de Irlanda: Eamond de Valera, en contra del juramento de fidelidad al Rey de Inglaterra y en contra del pago de las anualidades convenidas en 1925.

El Juramento de Fidelidad es un mero formalismo, resultado del compromiso de los días difíciles del arreglo de 1921, que a nada obliga. Los Miembros del Parlamento de Dublín, dice

ese acuerdo, deberán jurar «fidelidad y pleito homenaje a la Constitución del Estado Libre de Irlanda, tal como está establecido en la ley, jurar que serán fieles a S. M. Jorge V., a sus herederos y sucesores, en virtud de la conciudadanía de la Irlanda con la Gran Bretaña y de su adherencia y participación en el grupo de naciones que forman la Comunidad de Naciones Británicas».

Como se ve, es un juramento sin nada de desdorado, ni siquiera de molesto, salvo para el Rey de Inglaterra a quien le juran una fidelidad un tanto precaria, y sólo después de haber jurado fidelidad y rendido pleito homenaje a la Constitución de la Irlanda. Pero este juramento tan sencillo en el que se pone en el mismo rango a la Irlanda y a la Gran Bretaña, en donde se ha omitido la expresión «Imperio Británico»—molesta a los irlandeses republicanos—para reemplazarla por la de «Comunidad de Naciones británicas», el irlandés lo encuentra abominable, pues merced a él, alguien podría suponer que el Estado Libre de Irlanda no es en realidad libre, sino que es un estado vasallo, en el que aun impera la voluntad del odiado anglosajón que durante tantos siglos tantas lágrimas le arrancara, y por eso quiere cambiarlo por el proyecto de juramento que ahora—a iniciativa del Gobierno irlandés—se discute en el Parlamento de Dublín. La nueva fórmula dice así: «Los parlamentarios deben fidelidad y pleito homenaje al Estado Libre y durante la continuación del Estado Libre en la Comunidad británica, solemnemente prometen ser leales a las obligaciones sociales que de ella provengan, y a la Corona, como símbolo de esta Comunidad».

A nadie se escapa que esta variante en el juramento no tiene importancia alguna real y efectiva, pues el irlandés no ha sido, no es y probablemente no será nunca fiel a sus compromisos con el inglés, al menos en lo que respecta a la libertad de la Irlanda; pero tampoco a nadie se le oculta que no es permitido a una sola de las partes contratantes, cambiar a su arbitrio el pacto social, sin comunicarlo siquiera a la otra parte, como ahora lo está haciendo el gobierno irlandés.

De Valera ha reconocido esto con todo descaro. En uno de sus últimos discursos en el Parlamento de Dublín dijo sencillamente: «Cuando hayamos pasado esta ley, dejemos a los ingleses hablar lo que quieran; estaremos muy bien preparados para oírlos, entonces seremos *iguales*, ahora somos *inferiores*, porque nos niegan el estatuto de igualdad».

No es éste un procedimiento muy leal, no es sino el abuso de una situación política favorable en que la Inglaterra poco, o

nada de muy eficaz puede hacer para impedirlo. La Irlanda conoce el estado de ánimo de los demás Dominios, sabe que todos ellos sostienen la teoría de la igualdad de cada uno de ellos ante la Gran Bretaña, sabe también que Sud-Africa ha sostenido y sostiene el derecho de cada Dominio para salir y entrar y volver a salir libremente, a su arbitrio, de la Comunidad británica. Sabe, por último, que ningún político inglés aceptaría el uso de la fuerza para sojuzgar a la Irlanda; que escasamente aceptaría un rompimiento de las relaciones comerciales.

El pago de las anualidades convenidas en 1925 es cosa de menor importancia. Fué acordado sin gran dificultad, libremente, cuatro años después de producido el arreglo que dió la libertad a la Irlanda, y responde a causas justas; pero el inquieto irlandés lo mira como un signo de sumisión, ve en él la supervivencia del odiado tributo de antaño; y el juramento de fidelidad al rey inglés y este tributo le recuerdan los sufrimientos, las miserias sin fin soportados con un valor y una resignación únicos en la historia, durante su vasallaje de siglos; pero sobre todo porque despiertan la suspicacia, la horrible desconfianza que, las promesas tantas veces violadas de los gobernantes ingleses, han hecho nacer en el corazón de todo patriota irlandés en contra de la que siguen llamando «la pérfida Albión», y que el incidente más trivial torna en odio intenso.

¿A qué se debe este estado de ánimo tan peligroso?

—El irlandés, no hay que olvidarlo, pertenece a esa noble raza celta, caracterizada por la infinita delicadeza de sus sentimientos que, a falta de otros testimonios, su poesía se encarga de comprobar ampliamente. En ella la figura central es siempre la mujer. Esa galantería que hace que el único anhelo del caballero sea el servir a su dama, el merecer su estimación, el alcanzar su amor ideal, ese sentimiento generoso que hace de la defensa de los débiles, el mejor empleo de la fuerza, han sido tratados en todos los principales poemas primitivos de la mayoría de las razas de Occidente,—en España forman el fondo mismo del carácter nacional—pero en ninguna parte se les ha tratado con tanta delicadeza como en las canciones de los bardos irlandeses, como en las baladas populares. Es que así como hay razas con genio guerrero, con genio político, especulativo o práctico, la noble raza celta está dotada de un intenso genio poético, es esencialmente sentimental, muy poco apta para los problemas materiales.

El poema nacional irlandés: el Poema de San Brandán es una de las creaciones más extraordinarias del espíritu humano

y es, sin duda, la expresión más feliz del ideal caballeresco, el cuadro más completo de la soñadora alma celta.

«Todo en él, dice Renán, es bello, puro, inocente; jamás una mirada más bondadosa y dulce se ha deleitado sobre el mundo; ninguna idea cruel, ninguna debilidad, nada de que arrepentirse. Es el mundo visto a través del cristal de una conciencia sin mancha, de una naturaleza humana que no hubiese pecado. Los animales mismos participan en el poema de la dulzura general.»

¿A qué se debe entonces esta suspicacia nunca dormida, este odio siempre despierto del irlandés contra el sajón? ¿Por qué el irlandés que siente compasión hasta por el delator de Cristo, por ese gran infamado de las Edades Media y Moderna: por Judas Iscariote a quien San Patricio vió—y por los ojos del Santo lo siguen viendo todos los irlandeses—en una isla desierta junto al Polo Norte, refrescándose una vez por semana de los resquemores del Infierno y deleitándose con la vista de un manto, que en una ocasión, en la tierra tendiera generoso a un desgraciado; por qué este ser bondadoso y soñador odia con tanta tenacidad al inglés?

Quizás la explicación esté en su gran virtud, en lo que más le apasiona, en ese sentimiento noble que acompaña a todo irlandés desde la cuna al sepulcro, cualquiera que sea su situación, doquiera se halle: el intenso amor a su Patria, a la Verde Erín. Y su Patria pobre y querida ha sido durante siglos esclavizada por el inglés; por eso odia al inglés con todas las potencias de su alma; y desde su punto de vista quizás tenga razón.

Porque la Inglaterra, que con justicia, pasa por ser el más gran pueblo colonizador del mundo moderno, el más sabio y más liberal, no podrá sacudirse jamás de la vergüenza que su proceder en Irlanda la ha traído ante la conciencia universal, porque no tiene excusa alguna, salvo la de que la conquista y colonización de Irlanda fué la primera colonización que el anglo hizo fuera de la Gran Bretaña, y que como toda obra de principiante—aunque después llegue a ser Maestro consumado—fué imperfecta, llena de vacíos, cargada de temeridades; y que las cosas que tienen un mal comienzo rara vez se mejoran con los años. Que los errores iniciales son como las taras fisiológicas con que nacen algunas infortunadas creaturas, que las acompañan y las hacen sufrir la vida entera y sólo las abandonan con el último suspiro. En realidad desde que por primera vez pisó el suelo de Irlanda un soldado británico, en son de conquista, hasta ahora en que le hemos visto retirarse pacíficamente, ha

sido sólo una serie de dolores y de crímenes los que el mundo ha podido contemplar.

La conducta del inglés en los pasados siglos no tiene siquiera la excusa que ideara Quintana respecto de sus crueles compatriotas en la Conquista de América, pues si él pudo decir:

«su atroz codicia, sin inclemente saña  
crimen fueron del tiempo y no de España»

y encontrar gente europea que le creyera, nunca se hallará un blanco que pueda creer que la conducta pérfida y despiadada del anglo-sajón, no en tierras lejanas e ignotas a donde no podía alcanzar la acción del Gobierno, de donde no podían llegar los lamentos de las víctimas, sino en la Europa misma, a pocas horas del Palacio de Westminster—cuna de las libertades humanas—era el resultado de las ideas dominantes en aquellos tiempos, que reflejaba el modo de pensar y de sentir de todos los contemporáneos, que no era sino el modo de obrar de los pacíficos burgueses de la Europa. Además, nunca Pizarro, simple cuidador de puercos, o el viejo Almagro que nunca supo leer ni escribir, invitaron a su casa a un Príncipe americano con los suyos, para festejar una paz recién alcanzada, y los mataron a sangre fría y a traición, como lo hiciera el Duque de Essex con el infeliz Príncipe O’Nial; y Essex era un Duque, un hombre galante y feliz, el más envidiado Señor del Palacio de White Hall, que muchos decían que había sabido cautivar, con sus modales delicados y finos, nada menos que el corazón de la Reina Isabel. Es que así como la rudeza y la barbarie se encuentran fácilmente entre los bajos fondos sociales, la traición refinada parece ser el arma favorita de los cortesanos felices.

Sir Walter Raleigh, este explorador brillante a quien tanto debe la Europa—y especialmente la Irlanda—por haber aclimatado en ellas nuestra papa, que hoy constituye el principal alimento de las clases desvalidas, también infamó su claro nombre en las guerras de Irlanda. En una ocasión un castillo se le rindió incondicionalmente; pues bien toda clemencia fué escrupulosamente denegada, los soldados y oficiales fueron desarmados y en seguida toda la guarnición pasada a cuchillo, por el solo delito de haber defendido el suelo natal.

Lord Cornwallis, vencedor en una de las revueltas armadas de la Irlanda, perdió su prestigio en Inglaterra y entre sus propios soldados porque, como gran señor, se opuso y combatió eficazmente las venganzas que los suyos proyectaban contra el ya indefenso irlandés; venganzas tales que, al decir del noble

Lord, eran «aun peores que las de Robespierre». Y hay que fijarse en que esto lo decía un contemporáneo del «Incorruptible» en los propios momentos en que la guillotina segaba las cabezas de Danton y de los demás amigos de la víspera.

Pero si inexcusable es la bochornosa conducta del inglés en la Irlanda de esos siglos ya distantes, es mucho más inexcusable su conducta durante todo el siglo XIX, en el famoso siglo de las luces, y en la parte del siglo en que vivimos.

En realidad la historia de la Irlanda ha sido, en esta última centuria, una serie no interrumpida de crímenes espantables; parece como que las leyes morales hubiesen estado suspendidas y que, opresores y oprimidos, hubiesen perdido hasta ese resto de bondad que implica el respeto al infortunio, que tan rara vez abandona al hombre.

El famoso Lloyd George, en un discurso memorable que pronunciara al estallar la Gran Guerra, reconoció esta situación bochornosa, en cuanto podía reconocerla un Ministro de la Corona. «Hemos cometido, dijo, una serie de estupideces, que se acercan mucho a la *maldad* y que son apenas *creíbles*».

En realidad es difícil de creer que en plena época victoriana, en que el mundo entero y muy especialmente el Imperio británico, gozaba del máximo de bienestar que pueden producir una paz inalterable y un extraordinario florecimiento en los negocios, es difícil concebir que la Irlanda se consumía en la miseria más horrible, en la anarquía más espantosa que es dable imaginar, en que el odio de razas, engendrado por siglos de bárbaras injusticias, de injurias y ofensas espantables, se dejaba arrastrar a los crímenes más horribles.

En un tiempo el grande O'Connell pudo decir con orgullo y con verdad: «nunca en las enormes asambleas que han acudido a oírme, se ha cometido un solo acto de violencia, a pesar de las justas causas de enojo que parecían destinadas a suscitar justas cóleras, porque, a pesar de lo que dicen, nuestro único objetivo es la liberación pacífica del país, la abolición legal de la esclavitud de nuestros conciudadanos, y marcharemos hacia ese fin sin detenernos, sin temblar, sin que nada pueda quebrantar nuestra fe inalterable en el éxito de nuestra obra». Pero esa firme resolución que no debía arredrarse ante nada, esa lucha tenaz por la libertad juntas a las humillaciones de la opresión, crearon en el irlandés la conciencia de su dignidad personal y una exaltación de su sensibilidad moral, casi diríamos una susceptibilidad mórbida que luego produjo una especie de histeria colectiva.

La creencia de que contra el enemigo, que por la fuerza ocupa el país y le tiene bajo el yugo, todo es permitido, se infiltró en-

tonces, hasta la médula de los huesos de cada irlandés, y si alguno a veces vacilaba ante la oportunidad de la venganza más atroz, nunca discutía su legitimidad.

El instinto de conservación y la necesidad de defenderse infundiendo el terror, fueron en cambio las únicas normas de los ingleses. Y opresores y oprimidos olvidaron la vieja máxima moral de que jamás es permitido devolver la injusticia con la injusticia, ni el mal con el mal; la olvidaron en tal forma que puede decirse que toda la vida de la Irlanda en aquella época se redujo a la matanza del irlandés por el sajón, durante el día; al asalto y asesinato del sajón, por el irlandés durante la noche.

Es una época en que toda esperanza de redención parece perdida; en que los nobles esfuerzos de las Universidades inglesas y de la de Dublín por acercar a las clases cultivadas de ambos países, son arrollados por el odio de las masas inconscientes de estas dos razas enemigas; en que los generosos sentimientos de los grandes terratenientes ingleses para con sus colonos irlandeses, se ven recompensados con el incendio de sus granjas y castillos, y con el asesinato de los desventurados colonos que aceptaron el amparo y protección otorgados; época, en fin, en que muchos irlandeses, en la mayor miseria, desesperados, pasan por el mayor de los sacrificios para toda alma patriota; el de abandonar a su querida y pobre Patria en busca de la ansiada libertad. Vienen después tiempos de paz; pero de ¡qué paz!: la paz del desierto, la paz del cementerio, con una vida más dolorosa aun que la de los tiempos de revuelta; pero el pueblo irlandés espera aún, siglos de opresión le han enseñado a esperar, y espera pacientemente.

Por fin alumbró un rayo de esperanza. Los grandes políticos ingleses comprendieron que había que hacer algo por la Irlanda, darla siquiera parte de la libertad que con tanta insistencia pedía; pero la gran masa del pueblo inglés resistió indignada, y su ídolo: «the great old man», el gran Gladstone fué derrotado en su noble propósito, no sin haber visto antes—asesinado en un Parque de Dublín por un exaltado—al Virrey de Irlanda que llevaba la rama de oliva. En esos mismos días las lenguas del mundo se enriquecieron con una nueva palabra, con la que se designa a esa arma terrible de los oprimidos contra los opresores desalmados: el *boycott*, que fué inventado entonces en la Irlanda contra un Capitán de la Marina inglesa de apellido Boycott, quien casi perdió la vida de hambre y sueño, pues nadie en Irlanda quizo ampararlo con alimentos, albergue o con el servicio más inocente; sólo se salvó por su regreso rápido a Inglaterra.



Y el rayo de sol de esperanza volvió a ocultarse entre espesas nubes cargadas más que nunca del odio de estas dos razas vigorosas.

¿Hasta cuándo durará este odio? Es difícil saberlo; ambas razas son muy fuertes y extremadamente tenaces. Es conocido el dicho del Ministro Palmerstone: «Nosotros los ingleses, en nuestras guerras, perdemos siempre todas las batallas hasta que ganamos la última». La resistencia del irlandés, por todo lo extranjero, es también prodijiosa. La civilización romana le alcanzó apenas y no ha dejado huellas; las invasiones de los pueblos del norte casi no pasaron de los estrechos límites de unas cuantas caletas, y después ha resistido victorioso la invasión más difícil de vencer: la de la civilización moderna, que con tanta facilidad arrasa las características regionales y nacionales para fundirlo todo en un tipo único, vulgar.

La persistencia en las ideas es aún más curiosa. El catolicismo se adueñó muy luego del alma irlandesa, porque la dulzura de sus costumbres y la exquisita sensibilidad de la raza, y también la falta de una religión fuertemente organizada, la predestinaban a recibirlo; la doctrina de la sumisión, de la caridad tenía que cautivarla y la cautivó, y desde entonces el irlandés no ha sido sino católico. Pero aun persisten en su alma ideas más antiguas, venidas de más lejos. Las leyendas más remotas que cantaban los bardos que alcanzaron a oír los primeros monjes que predicaron el Evangelio, dicen que cuando el país estaba anarquizado y no era posible que una autoridad pudiese hacer justicia, no había otra acción para el ofendido que la represalia, y si no podía tomarla contra un poderoso, no le quedaba más recurso que ponerse a la puerta de la casa de su ofensor y dejarse allí morir de hambre, pues la divinidad habría, bien pronto, de confundir al fuerte que consentía que su enemigo, a su vista, muriese de hambre. No otra cosa ayer no más pensó y ejecutó el famoso Alcalde de Cork, negándose a tomar alimentos y muriendo de hambre a la vista de sus carceleros ingleses. Y, justo es reconocerlo, la divinidad no se mostró indiferente al sacrificio heroico del Alcalde, pues le vengó muy luego.

Los días aquellos eran sombríos. La Irlanda decepcionada una vez más de la duplicidad de los políticos ingleses que no le cumplieron lo prometido al estallar la guerra europea—a la que Irlanda prestó un valioso contingente de esfuerzo y de sangre—se entregó a la desesperación y recordó estas duras palabras con que Daniel O'Connell reprochaba a Albión su proceder desleal: «En los días de prosperidad, Inglaterra rechaza con des-

dén nuestras súplicas más justas y humildes, solamente en sus horas de adversidad se digna escuchar nuestra voz», y en vez de esperar esas horas de adversidad, como lo predicara aquel venerable Padre de la Patria, se dedicó a provocarlas. Los jefes que la aconsejaban calma, paciencia, moderación, tuvieron que retirarse y dejar sus sitios a los extremistas que desataron todas las pasiones y cometieron todos los crímenes.

En un instante, y como jugando, los irlandeses quemaron ciento cincuenta cuarteles ingleses, las aduanas del país—incluso la de Dublín—los tribunales, cortan los telégrafos y teléfonos, destruyen los correos, detienen en los caminos a los viajeros, arrancan a los patriotas de las cárceles. Aprisionan, a su vez, a generales, oficiales, magistrados, terratenientes ingleses; registran todos los domicilios e incendian las casas de los enemigos. Atacan sin piedad a todos los que prestan auxilio al inglés y descuartizan al irlandés tibio que suponen espía. Esta justicia expeditiva, el «terror verde», como lo llaman los ingleses, no se mira en medios para imponer su ley. Se mata, no importa en donde, ni cuando: en el domicilio, en el hotel, en el restaurant, en el biógrafo, en el tranvía, en plena calle. Se oye un disparo... se ve caer a un hombre... y eclipsarse al asesino. Nadie se atreve a protestar porque sabe que diez tiros, salidos de todas partes, le darían fin; y nadie se atreve a llegar a los tribunales porque sabe que le va la vida. Por otra parte los agentes del Gobierno inglés rivalizan en violencia y ferocidad, en su afán de restablecer el orden y mantener su supremacía por medio de la fuerza.

Había antes una policía irlandesa; pero después de perdida la ilusión del «home rule», del gobierno nacional ofrecido por Inglaterra al estallar la Gran Guerra y olvidado apenas pasada ésta, ningún irlandés quiso cooperar al gobierno inglés en la Irlanda; hubo, pues, que proporcionarse una nueva. Fué ésta la terrible y odiada «constabulary», compuesta de los desocupados de la Gran Bretaña entre los que abundaban las gentes maleantes, y de soldados recién licenciados, acostumbrados, como era de suponerlo, a toda clases de atrocidades y para quienes los derechos de los civiles no existían. Estos nuevos policías trataban a los infortunados campesinos como habían tratado a los alemanes: como enemigos encarnizados; entraban en las aldeas con la misma insolencia con que han entrado siempre los soldados vencedores en las tierras conquistadas. Por su ferocidad y por su uniforme color de kaki y negro, luego el burlón irlandés los llamó «Black and Tan», el nombre de unos famosos perros de presa del Sur de Irlanda.

Y estos «black and tan» merecían bien su nombre de perros de presa: por instinto de conservación, por espíritu de venganza, por licencia fácilmente adquirida en medio de una población enemiga, tratan de infundir el terror. En un régimen de terror, la desmoralización acude rápidamente, la embriaguez hace su obra; no es de extrañarse, pues, que en pocos meses los «black and tan» se convirtieran en los amos absolutos de la Irlanda. Los robos y saqueos son corrientes; entran, revólver en mano, a los almacenes y arrasan con todo; registran a las gentes, en las calles y las despojan; so pretexto de buscar armas o personas sospechosas, entran a las casas a cualquiera hora del día o de la noche y salen con el dinero, las alhajas y muy especialmente con los licores; otras veces lo destruyen todo y aún lo queman; hacen saltar los edificios municipales, los comerciales, las fábricas, las granjas.

Las personas corren la misma triste suerte que las cosas. Por venganza, prevención o castigo, los «black and tan»—representantes del orden—matan indistintamente a los culpables, a los sospechosos, a los simples republicanos, a las gentes que aparecen en las listas negras que siempre forja la infamia... De noche, enmascarados o simplemente con la cara tiznada, entran a una casa y matan a quien quieren, en su propio lecho o lo sacan a la fuerza para matarlo en el camino. Muchas veces por error, por el acaso, por la premura o la excitación, caen así muchos inocentes. Por eso a nadie extrañaron en Irlanda los horrores del famoso «domingo rojo» del 21 de Noviembre de 1920, en que en Dublín, una docena de oficiales ingleses fueron asesinados muy de mañana, todos a la misma hora, algunos en su propio lecho, a la vista de su mujer y de sus hijos; ni que en aquella tarde la policía disparara, en Croke Park, contra un match de football y asesinara, a su vez, a setenta y tres desgraciados.

¿No es verdad que estas atrocidades, estos asesinatos a mansalva parecen cosas de otras épocas, de edades bárbaras, de países a los cuales no ha llegado aún la luz de la civilización? Y, sin embargo, han pasado en plena Europa y aun no hacen doce años! Pero lo que más me ha llamado la atención al estudiar este período es no haber sabido todas estas atrocidades desde entonces, y quizás a muchos de los que esto lean, les sucederá lo mismo. Una escritora inglesa ha dicho que «la Inglaterra es un muro demasiado alto, que oculta a Irlanda su sol», este mismo muro, demasiado alto, ha ocultado a la Irlanda de la vista del mundo.

Pero no la ocultó a las miradas de los ingleses honorables

que no vacilaron en levantarse airados contra semejante régimen. En esos días desde *The Times* hasta el último de los diarios ingleses se indigna de semejante barbarie; diez y siete Obispos anglicanos publican una resolución en que piden cese el terrorismo militar y en que dicen esta verdad tantas veces olvidada: «creemos que la fuerza engendra la fuerza, que las represalias hacen nacer las represalias». El Arzobispo de Canterbury—Primado de Inglaterra—los apoya con un vigoroso discurso en la Cámara de los Lores; después viene el manifiesto de los intelectuales en que se declaran «profundamente humillados con el estado de cosas de Irlanda»; los grandes políticos siguen el ejemplo: Asquith dice que el gobierno practica en Irlanda «una política de violencias sin discernimiento ni responsabilidad, una política cruel e inhumana», y el Arzobispo de Canterbury vuelve a insistir, en otro discurso, en que las represalias tienen que cesar. «No es ésta, dijo, una cuestión de política, sino una cuestión de moral, de lo justo y de lo injusto. Si no se obtiene la paz sino por medio de injusticias, no vale la pena de obtenerla. No se arrojan y castigan a los demonios, buscando la ayuda del propio diablo».

Uno de los Jefes laboristas de entonces: Mr. Henderson de vuelta de un viaje de estudio a Irlanda dijo a su vez: «Se cometen allí, en nombre de Gran Bretaña, cosas que horrorizan al mundo; el honor de nuestra patria ha sido comprometido gravemente; no sólo existe en Irlanda un terrorismo que debiera enrojecer de vergüenza a todo inglés, sino que hay más: una nación pequeña esclavizada por un Imperio que acaba de vanagloriarse de ser el más fuerte amparo de las naciones débiles».

Siempre será un motivo de orgullo para el pueblo inglés que sus hombres dirigentes, en medio de la justa indignación que producían los crímenes de los extremistas irlandeses, hayan tenido la serenidad de juicio para pensar bien, y el valor suficiente para usar ese lenguaje; que su gobierno haya cedido a las fuerzas morales, haya abandonado la mala senda y dirigido su política por el camino de la libertad y de la justicia.

Más violenta, más atroz que nunca estaba la lucha en la Irlanda cuando el 6 de Julio de 1921, el Primer Ministro inglés: Lloyd George, por medio de una carta, invitó a Eamond de Valera—en calidad de *leader* de la Irlanda—y a un representante de los Condados del Ulster, para conferenciar y poner término al conflicto sangriento y secular.

No fué tarea fácil la de llegar a un arreglo, los campos estaban demasiados distanciados, existían muchos odios, acababa

de correr mucha sangre inocente; pero al fin se llegó y el Tratado —un verdadero tratado como entre Potencias independientes y soberanas—fué firmado en Downing Street—la casa del Primer Ministro Inglés—en la noche del 5 al 6 de Diciembre de 1921, en ausencia de los representantes del Ulster.

En este tratado la Irlanda recibe el nombre de Estado Libre, adquiere en el Imperio—llamado, para no herir las susceptibilidades irlandesas: Comunidad de Naciones Británicas—el rango de Dominio, con un estatuto igual al del Canadá (que es considerado el más liberal). Los Miembros del Parlamento tendrán que prestar el juramento, ahora en cuestión, y el Estado Libre cargar con parte de la deuda pública común. La Irlanda reserva al Almirantazgo inglés muchas facilidades en sus costas, para el caso de guerra exterior; recibirá a los buques mercantes ingleses en las mismas condiciones que a los nacionales; se compromete a no mantener un mayor porcentaje de tropas que el de Gran Bretaña. En cuanto al Ulster se estableció que era soberano para resolver si se incorporaba o no al Estado Libre o permanecía unido a la Inglaterra. Como era de esperarlo, los habitantes del Ulster—en su mayoría de origen inglés—resolvieron continuar unidos a la Inglaterra.

Así nació el «Estado Libre» por tantos siglos esperado; el irlandés hasta entonces perseguido, despojado, proscrito, pasó a ser ciudadano independiente, dueño absoluto de su suerte y de los destinos de su tierra natal; se alzó la República, ese anhelado ensueño de tantos irlandeses, maltrecha y arruinada en verdad, semejante a esas ermitas solitarias de en medio del desierto que pobres y desamparadas fascinan, sin embargo, al angustiado peregrino, porque tienen el mágico poder de reconfortar su espíritu y de exaltar su fe.

Los Condados del Ulster no se resignaron buenamente a los términos de este tratado, se sometieron a él únicamente después de haber visto fracasar la bárbara campaña que emprendieron para romperlo antes de su ratificación.

En estos Condados los nacionalistas irlandeses—a causa de sus ideas religiosas — son llamados comúnmente «papistas». En aquellos días se desató y organizó, por el gobierno de los Condados, una furia antipapista. Se les desaloja de sus habitaciones, se les asesina, se les masacra, se les incendian sus casas, se arrojan bombas en los centros católicos, barrios enteros son incendiados. Nunca los rusos contra los pobres judíos, jamás los turcos en Armenia, en contra de los infelices cristianos procedieron con tanta saña como los «orangistas» del Ulster en contra de los infortunados papistas del mismo

Ulster, ante los ojos de las autoridades, de la policía y del Ejército inglés!

Desde Julio de 1920 hasta el mismo mes del 22—es decir, en dos años—hubo 10,000 papistas arrojados de sus empleos, 24,000 de sus casas, 500 muertos, 1,800 heridos. En una sola semana, en el año 22, mil quinientos vieron sus casas destruidas por manos criminales. Todo esto acompañado de actos verdaderamente inconcebibles: constantemente se dispara desde los techos de las casas, desde el tranvía, se arrojan bombas en las reuniones papistas; bandas armadas detienen a las gentes en la calle y si dicen ser papistas o dan una respuesta evasiva, se les asesina en el acto. Las iglesias y las escuelas son objeto de atentados, así como los fieles a la entrada o salida de ellas; el Hospital católico: «Mater Infirmorum» es en una noche *ametrallado* durante tres cuartos de hora; el Cardenal de Armagh es arrestado, amenazado y registrado impunemente, a cada rato, a pesar de su rango y de su edad!

En el resto de la Irlanda el tratado es recibido en un principio con alegría; pero los atentados del Ulster cambian pronto la opinión movediza e inestable del irlandés y hasta Eamond de Valera, imaginando quizás que él podía decir con más razón que el infortunado Hipólito de Eurípides: «la lengua ha jurado, pero el alma no», ataca vigorosamente el Tratado, pretende destruir su propia obra! pero al fin Arthur Griffith y un patriota, de nombre querido para nosotros, Kevin O'Higgins, consiguen que la Asamblea Nacional, reunida en Dublín, apruebe el Tratado. De Valera y sus compañeros extremistas no se dan por derrotados y continúan agitando al país; el Gobierno provisional convoca a elecciones y obtiene un gran triunfo: 126 diputados moderados contra 36 extremistas. Pero a éstos no los calma esta derrota; este repudio de sus ideas por el electorado irlandés, no los calma, sino más bien los irrita y vuelven a las guerrillas y a las tropelías. De Valera se hace nombrar «Presidente *im partibus*» y designa un Gabinete republicano. Pero la Irlanda, aunque simpatiza con las ideas avanzadas está extenuada y apoya al Presidente Cosgrave, y de Valera tiene que entregarse.

Así terminó la guerra civil, pero nadie creyó entonces que el nacionalismo irlandés hubiese capitulado, pues en el fondo todos en la Irlanda simpatizan con la ideología extremista, todos desean ver a su Patria absolutamente independiente y soberana, y muy especialmente verla libre de toda vinculación, de cualquiera especie, con la Inglaterra.

Los que aceptaron e impusieron la aprobación del tratado también tienen esos mismos sentimientos, eso sí que estimaron

que en ese instante no era posible conseguir más. Su modo de pensar puede resumirse más o menos en estos términos: «La República absoluta y soberana es el ideal, pero un ideal irrealizable por el momento, pues nos conduciría a una guerra que nos enajenaría la buena voluntad del mundo; desde que se aceptó negociar con la Inglaterra y de Valera acudió a Londres, supusimos que había que hacer concesiones, que perder algo para llegar a un compromiso; como todo compromiso, el tratado tiene defectos, pero nos trae la paz con honra y nos da la ansiada libertad y el derecho a resolver, por nosotros mismos de nuestros destinos; la Inglaterra nos reconoce como Nación, y adquirimos todo aquello por lo cual lucharon y murieron nuestros mártires, lo demás vendrá pronto, por inevitable evolución. Reconocemos, en verdad a Inglaterra, ciertos derechos en tiempo de guerra, pero hay que convenir en que ella los necesita para su seguridad y que en todo caso ella se los tomaría; nuestra libertad es sólo la de los Dominios, cierto, pero es libertad bastante, y de hecho garantida por todos ellos que no pueden aceptar que se atropelle a ninguno. Si no tenemos la libertad absoluta, a que todos aspiramos, tenemos al menos la libertad absoluta para procurárnosla y la ayuda de todos los Dominios en donde abunda la sangre irlandesa. Este Tratado no es ni será el último, como nosotros no somos ni seremos la última generación de irlandeses. Ya hemos sufrido mucho, no es posible continuar sufriendo, los que vengan detrás que continúen y mejoren la obra. No se trata de la venta de la primogenitura por un plato de lentejas, pues nos ha traído la paz, el descanso necesario para que las generaciones venideras cumplan con su deber y nos lleven al ideal que todo buen irlandés lleva en su alma».

Esta manera de pensar ¿envuélve algo de la duplicidad que siempre se ha enrostrado al irlandés?

—Seguramente, pero ¿qué pueblo débil y largamente oprimido no recurre a la duplicidad, al engaño? ¿Qué concesión tardía produce gratitud? Ninguna, antes bien aumenta el ansia de pedir.

En vista de la manera de pensar de los que con grandes esfuerzos consiguieron hacer aceptar el tratado, no puede extrañarnos el movimiento de opinión que ahora dirige el Presidente de Valera; lo que nos llama la atención sí, es la rapidez con que ha venido, el que nos lo planteen los mismos hombres que ayer no más fracasaron en este mismo intento, cuando creíamos que sólo la nueva generación nos lo impondría.

Es que el mundo va de prisa, todo se precipita en un vértigo de velocidad, es que la mentalidad humana ha cambiado mucho

en los últimos tiempos; antes decíamos: «cualquiera tiempo pasado fué mejor», hoy se cree que toda situación nueva tiene que ser mejor, porque al menos trae esperanzas. Las sociedades agotadas por los sufrimientos que han soportado en estos últimos años, no quieren vivir ya de realidades, quieren sólo vivir de esperanzas, vivir sus propias quimeras. En Irlanda se soñó durante siglos con la Libertad que había de traer el Paraíso... la libertad tan ansiada llegó al fin... pero la felicidad paradisiaca no llega aún... ¿Qué extraño tiene que ahora corra tras de los que la dicen que la felicidad no ha llegado aún porque la libertad no es completa?

Y es inútil razonar. Es evidente que por el camino que ha tomado de Valera nada bueno puede venir. En el supuesto de que triunfe en su campaña y llegue a separarse completamente la Irlanda de la Gran Bretaña y de los Dominios, ¿qué habrá ganado su querida Patria?—Nada, absolutamente nada, antes bien habrá perdido mucho. Hoy participa, al igual que la Inglaterra y los grandes Dominios, en el Imperio más poderoso de todos los tiempos; separada, será sólo una República chica, débil, pobre, sin colonias, sin marina, sin industrias, sin capitales. Pero ¿para qué razonar? El celta es esencialmente sentimental y con los sentimentales nada puede la razón; por lo demás ¿el primer filósofo irlandés: el Obispo Berkeley, no enseñó a sus compatriotas que «el mundo exterior no existe»?

Santiago, Mayo de 1932.



Manuel Rojas.

## LANCHAS EN LA BAHÍA

**T**OMÓ un vaso lleno de vino y cogiendo a una de las mujeres, a la que más reía y gritaba, alta, gorda, coloradota, se lo vació en el escote. La mujer dió un grito y se encogió al sentir que el líquido le corría por el pecho y el vientre, llegándole casi hasta las medias; pero reaccionó, lanzándose frenética contra él y llenándolo de puñetazos y pellizcos. Y él reía, gozoso, bajo aquella granizada de golpes que parecía hacerle cosquillas. Pero la mujer, tal vez ebria y quizás exasperada porque sus golpes no causaban el más leve daño o dolor al lanchero, dió un grito agudísimo y cayó la suelo gritando:

—¡Ricardo! ¡Ricardo!

Tiritaba, rechinando los dientes, vuelta súbitamente pálida; un revuelo se alzó en el salón. Los hombres se quedaron inmóviles y las mujeres, asustadas, corrieron hacia ella chillando. Después de un momento de estupor, los hombres acercáronse también y todos rodearon a la mujer, que gemía y echaba gruesas lágrimas a través de los párpados cerrados.

—Es un ataque de nervios.

—Tírale el dedo del medio: es muy bueno.

—¡Un paño con jabón y colonia!

—Un trago de orines de perro soltero—dijo un hombre, chungueándose.

Recibió un puñetazo en la cabeza que casi lo lanzó sobre la mujer. Rucio la tomó en brazos y la llevó hacia el interior de la casa; tras él fueron las mujeres y tras las mujeres los hombres, discutiendo todos sobre el mejor medio de detener los ataques nerviosos. La viejecilla, menuda y endeble, como una vela de sebo, salió temblequeando tras ellos, mientras bisbiseaba, como rezando:

—Esta niña, Dios mío, pobrecita...

—¿Qué le habrá sucedido?—pregunté.

—No es nada—respondió Yolanda.—Todos los sábados le da ese ataque; pero se le pasa ligerito.

—¿Y por qué todos los sábados?

—Quién sabe... Será porque bebe mucho o por que...

Quedamos silenciosos. Adentro se sentía el rumor de las conversaciones y algunas risas; los hombres, aprovechando la obscuridad del corredor, hacían bromas a las mujeres; ellas respondían con bofetadas. Junto con quedar sólo con Yolanda, mis propósitos anteriores se desvanecieron y enfriaron y aunque me daba cuenta de que eso no era sino cobardía y poquedad, casi estupidez, no podía vencerme. Permanecemos así un instante, lleno de vergüenza y de irritación yo, sin hablar, sin moverme, sin mirarla, y ella, que se había percatado de que yo era tal vez vergonzoso o muy niño, callaba también. Pero como el silencio llegara ya a molestar, me tomó de un brazo y tal vez con ánimo de sacarme de aquella situación, me preguntó:

—Oiga: ¿está enojado conmigo?

La voz era conciliadora y tierna, y yo, que tenía los brazos afirmados en las rodillas y la cara entre las manos, volví el rostro hacia ella:

—¿Por qué voy a estar enojado con usted, si nada me ha hecho? Estoy enojado conmigo mismo.

—¿Por qué?

—Porque soy un tonto...

Comprendió ella lo que a aquel muchacho le sucedía y acercándose más, me preguntó en voz baja:

—Cuénteme, a ver: ¿por qué está enojado con usted mismo? ¿Por qué es tonto?

Un sudor ardiente, fatigante como una fiebre, me brotaba de las manos, del rostro, de todo el cuerpo. ¿Qué decirle y cómo decírselo? Mi deseo no tenía sino una dirección vaga y eso me impedía concretarlo en palabras. Nadie me había enseñado nada al respecto. Es cierto que no había necesidad de decirle nada, pero yo tampoco sabía eso. Para mí todas las mujeres eran iguales, me imponían la misma timidez; sólo se diferenciaban en que unas me gustaban más que otras. Por fin, con voz trémula, pareciéndome que era otro hombre el que hablaba, casi contra mi voluntad, horriblemente confuso, como si fuera a decir algo muy vergonzoso, muy íntimo, como una falta, respondí:

—Porque usted me gusta mucho y yo...

No alcancé a decir más: la voz se me cortó violentamente, como en un sollozo, dejándome la garganta llena de espasmos de angustia. Pero ella rió y tomándome del brazo me atrajo hacia ella y yo me dejé llevar y me acurruqué a su lado, donde quedé inmóvil, sintiendo que algo se deshacía dentro de mí, llenándome de una dulce laxitud, corriéndome por los músculos como un desvanecimiento. Una tenue sensación de frescura reemplazó al ardor. Sostúvome ella la cabeza sobre el hombro. Con los ojos semicerrados, miraba yo a través de las pestañas mis manos que reposaban en la falda de ella, y en esta actitud no sentía sino una profunda sensación de ternura, de reposo, de quietud.

La voz de Rucio me sacó de mi ensueño:

—¡Miren qué niño! Lo traigo aquí de visita y en cuanto me descuido y salgo, me roba la chiquilla...

Oiga, suegra: ¿no me había dicho que la Yolanda era para mí? ¿Así es que yo... he gastado aquí todo el sencillo que tenía y ahora me tengo que ir sin un cinco y sin chiquilla?

Pero las bromas no me avergonzaban ya. La viejecilla, mientras se dirigía a su asiento junto al piano, contestó:

—¡Bah! ¿No tienes ahí otras cuatro novias?

—¿Novias? ¿Llama novias a estos pejesapos?

Estallaron las risas y se reanudó la juerga, pero ya sin bríos, flojamente; notábase que Rucio estaba cansado, saciada quizá su sed de todo, y lentamente se fué aquietando, apagándose como un ascua; se le ensombreció el rostro, y las facciones que fueran relajadas por la alegría, apretáronse de nuevo como un puño. Permaneció un rato sentado, sin hablar, sin reír, serio, como si pensara en graves asuntos; con él enmudeció el salón; los hombres se retiraron y las mujeres, el rostro abochornado por la bebida o el entusiasmo, echábanse aire con las manos. Parecían vacas cansadas. Quedó todo en silencio; la viejecilla dormitaba.

Rucio se levantó:

—Vamos, Eugenio... ¿O te quedas?

Sentí que Yolanda me apretaba una mano:

—Vuelvo... Bueno, Rucio, vamos...

El lancharo miró a todos los que allí estaban, como sorprendido de verlos allí; parecía despertar de un sueño agitado y su rostro mostraba una expresión de extrañeza. Quiso hablar, pero no hizo sino murmurar algo que no se entendió; por fin encaminóse hacia la puerta.

—No te demores.

—Oye, Eugenio, si quieres quedarte, quédate,— me dijo Rucio, ya en la calle.

—No, te voy a acompañar...

—Yo vivo cerquita.

Estaba borracho, pero cuando intenté tomarlo de

un brazo, me rechazó orgullosamente y echó a andar por el centro de la calle, baja la cabeza, las manos en los bolsillos, el sombrero inclinado hacia una oreja, amenazando caérsele; lo equilibraba a manotazos:

—Este sombrero cree que estoy borracho y se me quiere caer, pero a mí... ¡Hem! No se han reído las mujeres de mí, y se va a reír un sombrero. ¡Capaz que me lo coma y no...!

La subida Claver estaba casi desierta y la atravesamos rápidamente. Rucio marchaba a buen paso, tieso como un puntal; sólo cada cierto trecho balanceábase un poco, como si una ola invisible lo zarandeara; rezongaba y juraba, entonces, pero, restablecido el equilibrio, enmudecía. Dejamos a la izquierda la Plaza Echaurren y tomamos una calle que ascendía el cerro, ancha, iluminada con faroles a parafina, desolada y silenciosa como una estampa. Rucio no vivía muy arriba y apenas recorridas dos cuadras se detuvo frente a una ancha puerta:

—Déjame aquí... Hasta mañana, ñatito.

Me abrazó tiernamente, dióle otro puñetazo al sombrero, que con el abrazo se le torciera más, y virando como un falucho cargado de vino y cerveza, se hundió en la obscuridad del conventillo. Lo oí rezongar y un tarro rodó sobre el pavimento del patio, despertando a un perro, que ladró. Después, nada.

Respiré con fuerza y empecé a bajar. La noche estaba estrellada y parecía haberse dormido sobre el puerto. Un viento fresco subía del mar. Me sentía liviano, ágil, sin ningún temor, sin ninguna preocupación. Pasé frente a la Plaza Echaurren. Un tortillero gritó:

—¡Tortillas buenas!

Pero no sentía hambre. Ascendí la Subida Claver y torcí por la callejuela; allí empezó a latirme fuertemente el corazón; pero no me detuve y llegué hasta la casa pequeña y humilde. Una hoja de la puerta se veía cerrada y tras ella estaba Yolanda.

## V

Durante el día la vida parecía detenerse en aquella casa. Sus habitantes, como dominadas por un ensueño, hablaban con voz velada e indiferente. La viejecilla, que yacía en cama todo el día, sólo se levantaba al anochecer, y las mujeres, levantadas a mediodía, luego de limpiar y arreglar la casa, juntábanse en una de la piezas, donde charlaban o callaban, cosían u holgaban, recostadas en viejos sillones de felpa roja. Allí permanecían toda la tarde. La conversación giraba siempre alrededor de los mismos motivos, como un murciélago alrededor de la misma torre. Ignoraban y no les interesaba la vida que bullía más allá de la mampara, como si sus destinos tuvieran por definitivos límites las paredes de sus cuartos. Nacían los días en el mar, henchíanse sobre los cerros y desaparecían tras ellos, sin que sus pasos se percibieran en el interior de la casa; parecían no verla, tan pequeña y tan humilde.

Al anochecer empezaban las mujeres a peinarse, a vestirse, y lo hacían de mal modo, mecánicamente, como quien hace algo que sabe inútil, pero que es forzoso hacer. Era preciso ganar el pan, día a día, y siendo este el pensamiento que las animaba, era también el que las desanimaba. Yo iba casi todas las tardes; llevaba galletas o pasteles y tomábamos té en la habitación de la viejecilla, que me llamaba «hijito» y me daba cariñosas palmadas en las mejillas, considerándome quizás como a individuo del mismo clan. Conversaban las mujeres. Las más de las veces, yo callaba, mejor dicho, pensaba o divagaba. No recuerdo bien lo que hacía. En esos días mi vida vacilaba entre la alegría y la desesperación. Porque al instante aquel en que entregara a Yolanda el deseo que durante tanto tiempo guardara en mi corazón y en mis venas, sin saber claramente a

quién lo entregaba, impulsado por el ansia ya incontenible de darlo a alguien, como algo que pesa o quema, había sucedido otro instante, en que mi alma aun pueril conoció las primeras angustias del sentimiento amoroso. ¿Amoroso? ¿Sería así amar? ¿Serían así todos los amores? ¿Cómo podía vivirse y quererse así? Cuando yo no estaba en la casa, ¿qué hacía ella? Y las noches que no iba, ¿qué sucedía allí? No ignoraba lo que era ella ni lo que era aquella casa, y no podía impedir nada sino estando allí, y no podía estar siempre. Eso era lo que me torturaba, lo que me quemaba la sangre. Mostrarme indiferente era ser indigno; ser indiferente era reconocer que no la quería, y la quería. ¿La quería? Creía que sí, decía que sí, ya que recordaba constantemente sus palabras, sus gestos, sus sonrisas, sus caricias. Como todo hombre de pasiones súbitas creía que aquel primer amor de mi vida sería también el único. Algunas veces me desesperaba y sentía ira, ira contra mí mismo, ira contra ella, contra la casa; pero me apaciguaba. Era tonto. . . . ¿Qué culpa tenía Yolanda de que yo la quisiera? ¿Por qué no dejaba de quererla y la abandonaba? No me exigía nada, que la quisiera o no la quisiera, pero esto también me desconsolaba, pues veía que no era sino un amigo favorito, destacado de los demás gracias al cariño o afecto que la demostraba, cariño y afecto que cualquiera mujer de su condición acepta siempre. Si yo dejara de quererla, ¿le importaría a ella? Quién sabe. . . . ¿Creía Yolanda en mi cariño o lo consideraba como un pasajero capricho de muchacho? ¿Quién sabe? . . . ¿Qué es lo que sabes, entonces, imbécil? Quién sabe. . . . Mi sentimiento estaba compuesto de muchas preguntas y de muchos quién sabe, como el amor de quien no está seguro de nada, de sí mismo ni de los demás. Sin embargo, había un camino, una fórmula que podía resolverlo todo: sacar a Yolanda de aquella casa y llevármela conmigo. Era el camino de la honradez, el único, pues para mí, tal vez por mi

carácter, quizás por mi ignorancia, no existían sino las líneas rectas; o la dejaba de querer o la llevaba conmigo. . . . Pero cuando iba resolverme por lo último, sentía como si se me cayeran los brazos, y cuando lo primero, me sucedía lo mismo. . . . En realidad, no sabes lo que quieres ni lo que vas a hacer.

—Pero, ¿no te parece, Rucio, que sería lo mejor?

Había hecho de Rucio mi confidente. Alejandro, a pesar de su sonrisa y de su bondad, me intimidaba; parecía estar siempre bajo el dominio de su idea obsesionante: el Sindicato. Para el capataz de la W. y Cía. no existía sino el Sindicato, la lucha social, la emancipación obrera, la expropiación de los bienes privados y su reparto a la comunidad. Cualquiera otra cosa le era indiferente y las mismas mujeres lo eran para él. Su pasión por las cuestiones sociales excluía toda otra pasión, y yo, que de ello me daba cuenta y que por ello admiraba y quería a Alejandro, no me atrevía a hablarle de mi pasioncilla, convencido de que a un hombre así, que sólo pensaba en graves problemas, era ridículo hablarle del amor de un chiquillo por una mujer cualquiera. Así, pues, y casi a mi pesar, era a Rucio del Norte, espíritu despreocupado, acogedor de todo y sin preferencia por nada, a quien se dirigían mis reflexiones, mis cavilaciones; a cada momento tenía algo qué decirle y el lancharo me escuchaba bondadoso, con aire casi paternal, sonriendo de mis ingenuidades y tonterías, extrañado de que alguien pensara en tales cosas y se ocupara de ellas hasta ese extremo. Cierto que yo no pasaba de ser un muchacho, pero él también lo fué y seguramente no recordaba haber pensado tanto en una cosa tan sencilla, ni aun en otras más enredadas. Nunca me dió el más breve consejo, pues además de que no se los pedía, no habría sabido qué decirme; en amor no tenía Rucio sino la más elemental experiencia, ya que para él el amor no había tenido nunca complicaciones sentimentales. Sin embargo, cuando le confesé



mi propósito de sacar a Yolanda de aquella casa, para llevármela a vivir conmigo, dió un respingo:

—¡Pero, Eugenio, estás loco!

—¿Por qué?—pregunté, asustado.

—¿De dónde diablos sacas tantas cosas y hasta cuándo te vas a llevar pensando en eso? Me parece que estás poniéndote tonto... ¿Para qué quieres sacar a Yolanda de allí?

—Para que viva conmigo....

—Pero hombre, por diosito, no digas tonterías... Uno se lleva una mujer a la casa cuando no se puede hacer otra cosa; pero a ti no te sucede eso. ¿Piensas acaso casarte con esa mujer?

No supe contestar claramente.

—Y si no quieres ni piensas que sea tu mujer, ¿para qué la quieres entonces? ¿Para querida? Ya lo es, sin necesidad de que vivas con ella.

—Pero es que yo sufro pensando...

—Pero si eso que piensas ahora debías saberlo desde el principio. Uno sufre cuando las cosas suceden o van a suceder, pero cuando han sucedido siempre o hace tiempo que sucedieron... Además, fíjate de quién se trata y no seas niño.

—Yo la quiero...

—¡Qué vas a querer tú! Estas.... entusiasmado con ella y la olvidarás tan pronto como conozcas otra. A todos los hombres les pasa lo mismo con la primera mujer....

Era la sencilla voz de la cordura humana: pero esta voz no fué para mí sino la voz del egoísmo humano. Desconocía aún la vida y desconocía asimismo mis sentimientos, aquellos sentimientos que brotaban por primera vez en mí y que no sabía valorar ni apreciar, ni mucho menos colocar en su exacto puesto. No comprendía las cosas como Rucio, aunque tampoco sabía claramente cómo las comprendía yo mismo. Parecía un hombre desatando un nudo que no hay necesidad

de desatar y a quien las dificultades van interesando primero, enardeciendo después y enfureciendo al último, concluyendo por cortar el nudo con una tijera o arrojándolo al diablo...

Hasta que un día amaneció fondeado en la bahía, como si la noche lo hubiera traído, un barco blanco, grande, con dos chimeneas coloradas.

—¿Qué barco es ese, Alejandro?

—El «Limarí». Hace la carrera hasta Panamá.

Innumerables botes y chalupas lo rodeaban sin acercarse. Esperaban la orden de arriar la escala para lanzarse sobre él como insectos sobre un animal muerto. El cielo estaba nublado esa mañana y daba al mar un reflejo lechoso, de zinc líquido. Resonó la voz tonante de la sirena y los botes y chalupas arrancaron hacia el vapor; se veía remar apresuradamente a los boteros, con brazos que a la distancia eran como antenas de escarabajos. En un minuto el barco estuvo rodeado de embarcaciones y la escala negreó de hombres que gritaban como descosidos y accionaban como desatornillados, y que subían a la cubierta y recorrían a prisa los pasillos y metían la nariz en los camarotes, mirando a todo el mundo con aire de querer llevárselo a tierra, aunque fuese a la fuerza:

—¡Patrón, a tierra! ¿Bote, patroncito? ¡Déjate, porquería! ¡Aquí, caballero, aquí! ¡Qué hubo, pues, Joaquín! Número 23, señorita, Juan Gómez: aquí está la chapa.... ¡Atraca el bote y cierra la boca, jetón! ¡Por la madre! ¿Dónde te fuistes, caballo? ¡Bah! lo que faltaba ahora. .

Yo, que pasaba con la lancha cerca del barco, reía al ver las carreras y las disputas de los boteros, que se amenazaban con los remos y se obsequiaban con los más atroces insultos, sin escuchar los que les devolvían, pues en ese instante sus intereses eran superiores a su dignidad.

—Parecen ratas....

—¿Ratas? Ya lo creo.... Son capaces de robarse el ancla y cobrar el viaje....

Eché el trapo.... Habíame levantado de buen humor y el espectáculo del barco asaltado me regocijaba, ignorante de que en las calderas traía un acontecimiento decisivo para mi vida. Aquella tarde, al entrar en la pieza de Yolanda, no la encontré sola: un hombre estaba con ella, un hombre joven, moreno, con cara aplastada y redonda como una moneda de cobre; un hombre que al verme entrar no hizo ademán alguno de levantarse o marcharse, como si tuviera tanto derecho como yo para estar allí. Sentada en la cama, Yolanda lo escuchaba hablar; estaba sentado en un sillón, frente a ella y me miró fríamente, sin curiosidad, continuando en seguida su conversación. Sorprendido, saludé con torpeza y me quedé de pie junto a la puerta, con el sombrero en la mano. Yolanda me invitó a sentarme en la cama, junto a ella, pero rehusé, y el hombre, cuya charla había sido interrumpida dos veces por mi causa, luego de echarme una nueva mirada, ahora con más atención, reanudó otra vez su discurso. Tenía junto a las rodillas, sobre la felpa del sillón, un sombrero claro, de alas cortas, con cinta clara también, como su traje, que era claro y con amplios pantalones. La corbata roja resaltaba sobre la camisa de seda verde, pero de un verde muy suave; los zapatos con anchas cintas, eran rojos. El hombre tenía muy brillante la piel del rostro, sobre todo en los pómulos, y la dentadura muy blanca. Era un vaporino, tripulante del «Limarí». Llevaba los cabellos cuidadosamente peinados.... Hablaba del viaje, narrando pequeñas peripecias de la vida de a bordo, su estada en los calientes puertos panameños, sus andanzas por los barrios turbios y sus aventuras amorosas, que celebraba riendo y que a mí me parecían estúpidas. De aquel hombre desprendíase una fatuidad y una suficiencia que herían como un insulto. Cuando se

cansó de hablar, sacó del bolsillo un paquetito y dijo aún:

—Te traje un regalo, Yolanda...

Y yo, que durante ese rato había procurado adivinar que hacía allí aquel hombre y qué relaciones lo unían a Yolanda, al oír la última frase creí comprenderlo todo. Exclamé:

—Buenas tardes.

El hombre me miró extrañado y ella se levantó:

—¿Te vas?

—Sí,—contesté, entre dientes.

Y salí. Pero ella me alcanzó en el patio, tomándome de un brazo:

—Oye.....

—Déjame—dije duramente.

—Pero, ¿qué te pasa?

—Déjame, por favor—exclamé, fuera de mí, sintiendo deseos de pegarla. Me desprendí y salí hacia la calle. La sangre hervía y borboteaba en mi corazón como el agua en las calderas. Las palabras y los pensamientos se me atropellaban en la lengua y en la cabeza como un piño de animales en un corral sin salida.

—¡La mato!—dije de pronto.

La idea surgió como un toro bravo, alzando las poderosas patas y el ancho testuz, y tras ésta, que había logrado romper la congestión, fluyeron las demás, y con ellas vinieron las imágenes violentas, las visiones de color rojo y negro, que se encendían y se apagaban en mi cerebro como avisos luminosos.

—¡Por mi madre!..... No sé..... me..... ya no soy un niño, y esa mujer y ese hombre, nadie se ríe de mí aunque me maten, la vida qué me importa, porque soy hombre, bien hombre y no me importa nada de nada ni mi madre; ese hombre y esa mujer qué hacen, el vapor «Limarí» aquí y el vapor «Limarí» allá, vamos a ver.....

Me enredaba en las palabras y en las ideas como en-

tre perros enardecidos, sintiendo rabia también por ello; fulguraciones súbitas me abrasaban como llamas y sentía deseos de gritar hasta rasgarme la garganta y azotar la cabeza contra las piedras de las esquinas. Si me hubiesen herido en ese momento no lo habría sentido, y si la herida hubiese sido de muerte habría muerto pensando que era otro el que moría, de tal modo mi vida era ajena a todo aquello que fuese ajeno al acontecimiento que vivía. Iba ceñudo, llena la cara de arrugas como cicatrices recientes; el cuerpo me vibraba como una lámina metálica exigida por miles de rozamientos ásperos, y oía dentro de mi el estruendo de la ira, como el de un loco en el interior de una casa cerrada. No veía las casas ni las personas, ni el cielo, ni el mar, y sólo la costumbre me llevaban a través de las calles, como un perro a un ciego. Así llegué al muelle y mi sorpresa fué grande al encontrarme frente al mar; me parecía que aunque andaba no me movía ni iba a ninguna parte, no queriendo tampoco ir a ninguna. Me hubiese gustado seguir, seguir, entregado a mi infierno, hasta que, apagado, hubiese muerto. Pero allí estaba Rucio, y lo tomé de un brazo y lo saqué del grupo en que charlaba y reía, diciéndole en seguida, como si tuviera prisa:

—He encontrado un hombre en la pieza de Yolanda; no te rías, animal; sé a que ti te parecen tonterías todo lo que digo y pienso, pero no me importa, tengo que decírselas a alguien, si no, reviento. He encontrado un hombre en la pieza de Yolanda y no sé quién es ni me importa saberlo; creo que es un tripulante del «Limarí» . . . . Le trae regalos. ¿Por qué le trae regalos? No sé, pero tengo que saberlo . . . .

—¿Por qué no se lo preguntaste a él? . . .

—Me dió tanta rabia que no supe qué hacer . . . Yo sé que no puedo tener celos porque . . . . Pero si no puedo tener celos de un hombre cualquiera, los puedo tener de una amante, y ese hombre . . . .

—Bueno: ¿y qué culpa tengo yo?

Rucio bromeaba, queriendo distraerme, pero me planté frente a él, mirándolo con fijeza, los dientes y los labios apretados, como quien espera un golpe; la cólera me dilataba las ventanillas de la nariz como la fatiga a un animal. Lo cogí de un brazo y levantando la mano derecha, como si fuese a darle una bofetada, le pregunté:

—¿Eres mi amigo o no?

—Lo soy.

—Entonces, si eres mi amigo, y si eres hombre, no te burles, o ándate, déjame solo. . . .

Rucio me miraba extrañado. Yo no era ya el joven-cito apabullado que conoció una mañana a bordo del remolcador y de quien se reían los lancheros al verlo colgado como gato de las tinas de carbón o de las redes cargadas. Había perdido aquel aspecto; me mostraba recto, con los hombros ya henchidos de músculos, el pecho erguido y la espalda tiesa. Me abrazó:

—No te enojés, ñatito, y dime qué quieres. . . . ¿Hay que pegarle a alguien?

—No sé. . . . Te pido que me acompañes esta noche a la casa de Yolanda. Nada más.

Nos quedamos de pie en la orilla del malecón. La noche, como un velero negro, arribó a poco y echó su ancla en el centro de la bahía. La vela de Orión empezó a flamear en sus latitudes celestes y el mar se llenó de luces y de reflejos, de manchas y de sombras. Era la hora en que los vapores parten, huyendo de la noche, para ir a buscar el amanecer y la luz más allá de los mares de las alturas de Coquimbo; la hora en que zarpan en sus botes y chalupas, los mugrientos pescadores de Caleta Jaime y del Membrillo, que retornan al amanecer, calados hasta los huesos y con las redes espesas de azulencos pejerreyes, de rojos congrios, de pardas corvinas. Un tren partía hacia el sur y su corazón de metal sonaba y resonaba, como despidiéndose

del mar. . . . Yo estaba silencioso, mi ira había disminuído desde que tomara la resolución de aclarar el asunto; pero mi ánimo estaba como una espada, pues si bien el fuego se había apagado, la obra de él permanecía. Rucio, sentado en la muralla, cantaba en voz baja su tonadita predilecta:

Salí de Cuba,  
con rumbo a México,  
en un vapor para Nueva York. . . .  
¡Tum-bi-ri-tumbi-tumbi-tor!

Imitaba las notas de una guitarra. Los trabajadores nos saludaban al pasar; yo contestaba algo que no se entendía y Rucio cantaba:

Saltó a la lancha, la cubanita:  
su lindo talle luciendo va. . . .  
Los marineros se vuelven locos  
y hasta el piloto pierde el compás. . .  
¡Tum-bi-ri-tumbi-tumbi-tás!

—Vamos a comer. . .

—¡Tumbi-ri-tumbi-tumbi-ter!

—¿La vas a cortar o no?

—¿Por qué la voy a cortar, si me gusta? Estoy contento y canto. . . . ¿O crees que me asusto por unos puñetes más o menos? Si yo reuniera todos los puñetes que he dado y que he recibido en mi vida, tendría para llenar una lancha y me sobrarían para anclarla. . . .

Después de un año de no ver tierra,  
porque la guerra me lo impidió,  
divisé el puerto donde se hallaba  
la que adoraba mi corazón. . . .  
¡Tum-bi-ri-tumbi-tumbi-tón!

Continuó bromeando durante la comida y comió con el apetito de todos los días. Yo comí apenas; tenía la garganta como cerrada, duros los músculos de la cara, impidiéndome masticar, rechazándome los alimentos, como materias demasiado blandas para el momento de rigidez que vivía. Mis músculos, mis nervios, mis pensamientos, mis palabras, mis sensaciones, estaban detenidas en aquel momento, pero vibraban y vibraban dolorosamente, como si una contracción o un calambre las apretara y detuviera con elásticos y duros anillos; esperaban tal vez que otra impresión fuerte, más fuerte que la que las detuvo, viniera a libertarlas, devolviéndole su juego libre, desembarazado. Rucio, entre broma y broma, entre bocado y bocado, me miraba con sus ojillos azules.

—Sí, sí... —suspiró— Parece mentira, pero es así...

—¿Qué cosas?

—Las cosas son así... Los hombres no pueden vivir tranquilos y andan siempre buscándose *malcornas*: a unos les da por una cosa y a otros por otra, el juego, el vino, las mujeres, el Sindicato, y la pelota de la cárcel... Si toman un trago, siguen hasta quedar tirados; si juegan una brisca, quieren ganarse hasta el modo de caminar; si conocen una mujer, ya se están muriendo de amor, y si por casualidad hablan una vez en un mitin, al día siguiente quieren hacer la revolución social... ¡Leseras! Y, sin embargo, es así...

—Y a ti ¿por qué te da?

—A mí me da de todo y de repente, como la rabia a los perros, pero a lo lejos y de pasada, porque yo no me fondeo como los otros, como tú, que apenas llegaste a la primera caleta te quieres amarrar hasta de la nariz... ¡Qué laya de marinero! ¡Juá, juá, juá! Es para reírse y escupir por el colmillo...

—Cállate y vamos.

—Sí, vamos.

Rucio iba como yo, en ropa de trabajo, vestón y



pantalón muy usados y de color indefinible. La camiseta, manchada de tierra y de transpiración, pegábase a la piel, ondulando con los movimientos de los músculos. Calzaba alpargatas, sin calcetines.

La marcha fué lenta y dolorosa para ambos: para Rucio, porque a medida que la distancia disminuía, acercando los acontecimientos, sus nervios se irritaban y destemplaban, concluyendo por gruñir como perros bravos. Había dicho que los golpes no le asustaban, y era cierto; pero ignoraba qué iba a ocurrir y si lo que ocurriría sería solamente una simple riña de burdel o algo más grave, y esta incertidumbre, junto con el pensamiento de su responsabilidad, le enardecía. Tal vez le hubiera gustado estar ya en medio del desorden, riña, homicidio o lo que fuera, o estar con la cabeza rota y la nariz magullada, pero haber terminado ya. Tenía la convicción de que yo iba dispuesto a todo y aunque temía que su amigo fuese herido, no podía hacer otra cosa que acompañarme, acompañarme hasta donde yo quisiera ir, y más allá aun. . . . Para mí, porque la proximidad de la casa, de la mujer y el hombre, que suponía reunidos, agudizaba de nuevo mi dolor y mi ira. Sin embargo, mi dolor y mi ira eran ahora fríos, blancos, aunque quemantes, y no me sentía confuso ni aturdido, viéndolo todo claro, limpio. Toda mi persona era una máquina perfectamente limpia y lubricada, esperando la orden de ponerse en marcha hacia donde yo quisiera, sin ruido, pero con vehemencia. Sentía que me dominaba por completo y que hubiera podido en un esfuerzo de todo mi ser y aun a riesgo de romper brutalmente el equilibrio, tomar una calle cualquiera y evitarlo todo. . . . Pero seguí, la costumbre me llevaba, y seguí hasta llegar a la casa de Yolanda. Al ir a entrar, Rucio, se puso ante mí y me dijo:

—Oye, Eugenio. . . .

Pero lo aparté suavemente:

—Déjame. . . .

Rucio se encogió de hombros y cerró los puños. Dentro se sentía cantar. Bajamos la escala, abrimos la mampara y llegamos al salón. Había allí tres hombres que bailaban y entre ellos estaba el vaporino. Las mujeres, al verme, cesaron de bailar; enmudeció el piano y calló la cantora. Yolanda vino hacia mí:

—Eugenio. . . .

La miré como si no la conociera; no era a ella a quien buscaba. Mis ojos buscaban y veían solamente al vaporino, que estaba de pie en el centro del salón, el pañuelo colgando de la mano derecha, bien plantado, musculoso, fogonero quizás, diablo gris aceitero, tal vez, con los pómulos brillantes y los ojillos de mono reluciéndole bajo las cejas negrísimas. Me detuve ante él y afirmándole el dedo índice sobre el pecho, le dije:

—Hay un asunto que tenemos que arreglar entre los dos. . . .

La voz, sin vacilaciones, resonó claramente en el salón silencioso. Nadie intentó hablar o intervenir, ni la misma Yolanda, que seguramente estaba sobreco-gida de estupor y de miedo. Rucio había quedado ante la puerta, y su cuerpo, los brazos cruzados y las piernas abiertas, ocupaban casi todo el vano. Por allí no se podía salir sino a costa de un porrazo serio. Pero el vaporino, sorprendido al principio, se repuso, y al ver que la riña era iminente, no intentó salir ni dar o pedir explicaciones de ninguna especie; se atendería a lo que resultara. A pesar de su fatuidad era hombre decidido y hasta valiente y comprendió que lo necesario era abatirme cuanto antes. Retrocedió, pues, un tanto y mirándome fijamente dijo:

—¿Y qué, pues. . . . ?

Recibí el golpe en la boca; un hilo de sangre me corrió rápidamente hacia la camiseta. Avancé, gozoso y rabioso, y el vaporino, alcanzado por un puñetazo en el

corazón, derrumbóse sobre una mesilla llena de botellas de cerveza y de grandes vasos de vino.

—¡Jem!—dijo.

Un agudo grito de mujer se oyó en la calle. Al mismo tiempo, un vaso reventó contra un espejo, y yo, que me había agachado, me incorporé, estiré el brazo como una honda y el tripulante del «Limarí», herido en una ceja por el botellazo, ciego de sangre, se sentó en un sillón, con la mano en la frente, como si se dispusiera a pensar. Lo esperé un instante, como desafiándole a que se pusiera de pie y reanudara la lucha; pero el hombre tenía bastante con lo que tenía, y no se movió, como no se movió nadie, ni el mismo Rucio, que me miraba abriendo la boca.

—¡Vamos, Rucio!

Pero dos policías que habían sido atraídos por los gritos que Yolanda daba en la calle, llegaban:

—¡Qué pasa aquí!

Fuí detenido. Yolanda lloraba con ahogados sollozos y gritos contenidos. Las demás mujeres lloraban también; la viejecilla, pobre viejecilla, quería hablar y no podía. Rucio estaba mudo. El herido fué sacado a la calle junto conmigo; la sangre le cubría ya toda la pechera de seda verde y las largas solapas del vestón claro. Un policía se llevó al herido y otro a mí. Rucio me acompañó hasta la puerta de la comisaría; allí nos despedimos con un apretón de manos.

## VI

Sesenta días más tarde, al finar ya el sexagésimo, el cabo de guardia en la Sección de Detenidos abrió la puerta para dejarme salir en libertad:

—Mucho cuidado en volver por acá. . . .

—Con una vez basta, cabito. . . .

Salía de la prisión, delgado, con una delgadez de animal sano. Llevaba un atadito de ropas bajo el bra-

zo. Caminé al principio, un poco desorientado, mirando en el cruce de las calles hacia un lado y otro, como si dudara qué camino tomar; pero de improvviso apareció en mi memoria el orden de la ciudad y anduve ya sin vacilación alguna. ¿Por qué no habría venido Rucio a esperarme? Los dos lancheros me visitaron cada domingo, llevándome ropa limpia, café, azúcar y cigarrillos, pues la cárcel me enseñó a fumar, y diarios y revistas. Miguel me visitó una vez y Yolanda fué también dos veces; no hizo otra cosa que llorar. Dejó de ir, y Rucio, exigido por mis preguntas, me contó que Yolanda había dejado la casa, marchándose no se sabía dónde, tal vez al norte, quizás al sur. . . . Con gran sorpresa mía, la noticia no me afectó mucho. ¡Qué curioso! Tanto que me parecía quererla. Por ella hice lo que hice. ¿Por ella? Realmente, por ella no. ¿Por qué entonces? El vaporino no me conocía, no ocurrió entre ambos nada que justificara mi actitud de violencia y sólo una sospecha hubo, que no sabía aún si era infundada o cierta. ¿Por qué peleé entonces con él y por qué lo herí? Quien sabe. . . . Quizás porque veía en él a todos los hombres que habían querido, que querían o que pretendían querer a Yolanda, esos hombres que me desesperaban y torturaban cuando pensaba en ellos y en ella y a los cuales no podía detener ni impedir nada. . . . Sí; lo sucedido no había sido sino un asunto personal, de mi mismo, en el que la mujer no tomó parte alguna. Sí, eso fué. Pero todo terminó. Ella había desaparecido, y yo estaba libre. ¿Dónde estaría Yolanda, con su cuerpo redondito y gracioso, su boca caliente siempre y sus manos frías, cuyo contacto me causaba estremecimientos? Y si la viese de nuevo, ¿la volvería a querer? ¿Por qué no? Guardaba ternura por ella, la mujer que me arrancó el primer suspiro amoroso, ese suspiro de alegría o de pena que sale de las venas más profundas del hombre y que refresca y calma.

Pero, a pesar de mi libertad, de mi hermosa liber-

tad, sentíame un poco triste. Esos sesenta días de prisión depositaron en mi espíritu residuos amargos, borras turbias, sedimentos espesos, como si por mi interior hubiesen corrido, durante dos meses, los desperdicios de una fábrica, de una mina o de un conventillo, desperdicios que bullían y se inflaban en mí como levadura innoble y a quienes la inmovilidad ayudó a aconcharse. Necesitaría ahora, para limpiarme y aclararme, jornadas de fuerte trabajo, días de fatiga, movimientos enérgicos, que obraran en mí como restallantes chorros de mangueras; volver al mar y a sus olas, a su viento y a su sol de oro, a sus gaviotas y a sus lanchas, a sus largos gritos en el atardecer. . . . Al pensar en esto apuré el paso, como si temiera llegar tarde a alguna parte o como si el mar fuese a partir de un momento a otro. Pero, no partiría; allí estaba, como siempre, lo mismo que todos los días. Lo ví al atravesar una calle, ví su rostro verde y azul, que mira eternamente al cielo, como si esperara algo; su rostro cambiante e idéntico, tan pronto plácido como inquieto, tan pronto liso como un espejo como rayado de olas; su rostro, que parece reflejar los estados de ánimo de alguien que jamás cesara de pensar y de sentir, que no durmiera nunca ni reposara, preocupado de todo y hacia quien todo fuese a dar, desde la luna nueva hasta los cachuchos de los guachimanes.

La muchedumbre me envolvía como antes y me revolvía gozoso entre ella. Caminaba, sin embargo, de un modo torpe, olvidado casi mi agilidad de hombre de las ciudades. Pero ya la readquiriría. No estaba muerto ni lo estuve; sólo había estado inmóvil, como antes en los faluchos cargados con seda; pero abandonaba la guardia y volvía al libre juego de mi personalidad.

—¿No es cierto, Rucio? ¿No te parece, Alejandro?

¿Dónde estarían mis camaradas? Seguramente, agarrados a las tinas oscilantes y a las redes crugientes, como imágenes del hombre en el mundo, luchando con

ellas, dominándolas para poder vivir. Subí el cerro de un tirón, contento al ver que mis músculos me obedecían sin resistencia ni cansancio. Entré en la casa en que vivía Alejandro y como no viera a nadie en el patio, llamé en la habitación de la mayordoma. Apareció una vieja arrugada, menuda, blanca, que me miró por encima de sus anteojos:

—¡Vaya, niño! ¿Ya te largaron?

—Sí, doña Josefina, ya.

—¿Ha visto? Tan joven y ya metido en averías... ¡Buena cosa! ¿Quieres la llave?

—Sí, señora.

—Tómala, y ya sabes: si necesitas componer alguna ropita, habla con la vieja Josefina....

—Muchas gracias, abuela....

Sonrió la viejecilla. Abrí la puerta y entré. La habitación estaba tal cual la dejara: la cama, las sillas, una mesa, un baúl, el estante de colihues con sus libros en rústica, libros siempre empezados a leer y nunca terminados. Sobre el velador, había uno, blanco, con el retrato de un hombre barbudo en un extremo de la tapa. Me acerqué y leí: «P. Kropotkine: La Conquista del Pan». Lo abrí al azar: «El pueblo sufre y pregunta: ¿Qué hacer para salir del atolladero?»

Pensé en ello durante un segundo y no se me ocurrió ninguna solución. Quién sabe si Alejandro la tenía... Me lavé, me cambié de ropa y salí. Aún quedaba un poco de sol en los cerros, pero el mar y el plano oscurecían ya. Las embarcaciones semejaban un bandada de patos que se hubieran abatido sobre la bahía para pasar allí la noche. Cuando llegué al muelle empezaban a desembarcar los lancheros y jornaleros. Pregunté por mis camaradas a un conocido y me informó:

—Trabajan a bordo del «Imperial» que zarpa mañana para Guayaquil. Pero ligerito han de llegar....

En efecto, llegaron en seguida; nos abrazamos son-

riendo, un poco emocionados, dándonos tremendas palmadas en los omóplatos.

—¿Así es que trabajan en el «Imperial»?

—Sí, en el «Imperial».

—¡Y nos vamos también en el «Imperial»!

—¿Se van? ¿A dónde?

—¡A freir monos a Guayaquil!

—¿De veras?

—Sí, mañana zarpamos. Por supuesto, usted se irá con nosotros....

—¿Yo?

—Claro.... Usted es nuestro compañero de cuadrilla y lo será hasta que quiera serlo o hasta que se muera.

—Sí, pero....

—Si no quiere ir, es otra cosa....

—No, pero me sorprende....

—No te sorprenda nada y vamos a comer; mañana o pasado hablaremos más; pasado, mejor, porque mañana no tendremos tiempo ni para respirar... Tengo hambre, sed y sueño: las tres virtudes del flojo.

Comimos, y cominos otra vez como antes: silenciosos, medio dormidos, sin deseos de hablar, pensando en la cama y en el trabajo del día siguiente. Nos separamos a la salida; Rucio murmuró:

—Hasta mañana.

Iba medio dormido ya. Nosotros también teníamos sueño, y la cabeza, pesada, nos caía sobre el pecho como una gran fruta madura....

Santiago 1930.

## HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

### LA SOMBRA DE SIMON BOLIVAR EN SANTA MARTA

**E**RAN mis últimos días de Colombia. Entre recuerdos de aquella misión diplomática ante el Gobierno y la sociedad de Bogotá, sentado sobre una silla de madera en el puente superior, veía desarrollarse ante mis ojos la inmensa sábana del río Magdalena, en ancha hoya bordeada de bosques seculares, con la lujosa y exuberante vegetación del trópico en la cual sobresalen copas de ceibos, tallo largo y elegante de palmeras reflejadas en aguas tranquilas, y, al parecer, dormidas, esas palmeras con efluvios de Oriente y de la tierra de Cristo, que involuntariamente imprimen al espíritu impulsos de espiritualidad y ensueño. Bandas de caimanes se arrojan perezosamente al río, al sentir disparos que desde a bordo se les hacen y vemos aquéllos, al parecer, troncos de árboles, de ramas desgajadas, que no son sino reptiles menores que el cocodrilo y de mayor tamaño que el yacaré del Paraná y el Paraguay, que cierran esas ramas, que son sus fauces y se arrojan de golpe al río. La naturaleza es magnífica, la tierra, en la ribera, una amplia cinta de verdura, de la cual surgen matorrales y árboles hermosísimos: ceibos, palmeras, cocoteros, robles, caobas, que serán cortados en breve para servir de combustible a la hornilla de vapores; esas maderas elegantes o preciosas se desharán en humo y se perderán en lo infinito, como la belleza humana. Acuden a mi espíritu «saudades» de Bogotá, recuerdo de algunos buenos amigos, de hombres de ingenio vivísimo, de antiguos hidalgos a lo rancio, castellano, de graciosas chicas, de interesantes damas que aun conservan en su modalidad algo de los tiempos del minué, en aquella su residencia colonial de calles estrechas y construcciones



al estilo del siglo XVII, con balcones «arrodillados» y vetustos templos de piedra donde lucen obras maestras del pintor Vásquez. Diríase que en estas mis últimas horas de vida colombiana confundo y entreveo detalles sociales de mi vida diplomática, hombres públicos, recuerdos históricos, la naturaleza tropical esplendorosa, en grato ensueño en que todo se confunde y se mezcla.

De pronto, a lo lejos, muy lejos, se divisa una ligera nubecilla negra en lontananza y se la ve surgir y extenderse en medio de un cielo azul turquesa; sentimos sopló quemante, y luego el cielo comienza a encapotarse con rapidez pasmosa. Las negras nubes aparecen como fajas que paulatinamente se ensanchan y luego cubren el cielo. Las aves huyen en bandadas, esas ligeras aves de largas patas delgadas que recuerdan al Ibis egipcio y que procuran la misma «aigrette» el leve copo de plumas que tan hermoso aparece en sombreros de señoras—son millares y millares de cigüeñas que se esfuman rápidamente en el cielo formando como líneas triangulares de tinta que, con ser tan albas, a la distancia parecen oscuras. Oyese el rumor de un trueno lejano y luego otro, y otro y otro; la tempestad se acerca. El cielo tan claro poco ha, es ahora dilatada mancha de tinta. La lluvia cae con furia, a torrentes, con violencia inaudita, como si se hubieran abierto las cataratas todas del cielo. La luz ha desaparecido, pero el estampido del trueno—terrible y prolongado, como cien descargas de artillería—seguido inmediatamente por relámpagos, nos hace estremecernos temerosos de que el rayo venga a caer sobre nosotros—temor remoto, creado por nuestra imaginación. De súbito, inmenso relámpago ilumina la selva con claridad portentosa que perfilan en toda su nitidez líneas de palmeras, amplias ramas de hojas afiligranadas de ceibos y todo el bosque de destaca como en dibujo perfecto de tinta china y luego se hunde de golpe en la sombra, mientras los truenos estallan. cada vez más próximos. Los rayos dibujan sus líneas en zigzag sobre el cielo y un vaho de fuego nos quema el rostro.

—¡Qué espectáculo hermoso!

—No hay peligro alguno—exclama el capitán recostado sobre la toldilla fumando su pipa;—la tempestad y los rayos tienen su centro a cuarenta leguas de nosotros.

Jamás he podido contemplar en mi vida espectáculo más sublime que el de una tempestad en el trópico, en el escenario sublime del río Magdalena, extendido como océano bordeado a lo lejos por inmensos bosques, en noche pavorosa surcada de relámpagos y cortada por rayos, cuando la naturaleza desencade-

nada nos hacía concebir nuestra pequeñez en presencia de fuerzas ilimitadas.

A media noche, el cielo estrellado y puro, la atmósfera tibia y el ambiente cargado de perfumes mudaban el estado del ánimo como si la tempestad sólo hubiera existido en nuestras imaginaciones. Ahora la sábana inmensa del río Magdalena, próximo a las Bocas de Ceniza, tenían la amplitud y la fuerza del Océano. Esperamos el amanecer para penetrar, por los caños, al puerto de Barranquilla. La atmósfera era de sofocante calor; los negros se disputaban nuestro equipaje; cochecillos de dos ruedas como los que viéramos en Jamaica, se deslizaban rápidos por la rambla y penetraban en la parte comercial, entre carros llenos de mercaderías y el afán y la agitación propios del puerto en horas de trabajo. Muchos techos de casas cubiertos de paja nos recordaban lo que fueron las primitivas poblaciones coloniales.

Esa misma tarde tomábamos el ferrocarril que debía conducirnos a puerto Colombia, a orillas del Mar Caribe, y después de atravesar la estrecha faja de la costa en medio de campos es maltados de arbustos, de árboles de alcanfor cubiertos de flores amarillas y de manzanillos cuya sombra da muerte, llegábamos al pobre caserío que es puerto Colombia en el Atlántico. Allí, junto al muelle de más de un kilómetro de extensión, se perfilaban el casco blanco y las líneas elegantes del «Metapán» vapor de la United Fruit C., que debía conducirnos a Santa Marta, en donde íbamos a permanecer dos días.

Al amanecer del siguiente, nuestro barco penetraba en la ensenada reducida que forma como cerco de verdura, cerrado en sus extremidades por empinados cerros cubiertos de vegetación. Es espectáculo admirable. La naturaleza, exuberante en árboles y arbustos, aparece lujosa y viva, con todas las entonaciones de la gama verde y el agua del mar presenta color que jamás hasta ahora habíamos visto de hermoso cobalto que se recorta, a lo lejos, sobre todo el cielo de raso celeste claro y que armoniza y entona con el verde de las colinas. Los campos se dilatan hasta las lejanías de Sierra Nevada, donde las cumbres espolvorean de blanco el cielo celeste y se recortan sobre la profusa verdura de la vegetación del trópico. El «Metapán» amarra en el muelle de las Bananeras, en una extremidad del círculo de la bahía en cuyo fondo aparece la población de Santa Marta, conjunto de casitas blancas sombreadas de palmeras que nos hacen recordar las poblaciones del Norte de Africa Argel, Túnez y Tánger en donde la blancura refulge sobre el cielo azul y luminoso en reverberaciones inconcebibles que dan a las palmeras algo de etéreo y extrahumano como en los espejismos del desierto.

Santa Marta. Con sólo pronunciar su nombre acude a mi imaginación la figura de Bolívar, que fué allí a morir, y<sup>z</sup> desencantado, de las pompas y vanidades del mundo, enfermo y pobre, después de haber conocido las supremas cimas de la grandeza humana, así como también los más amargos desengaños que pueden acosar a un hombre. Tras de quince años de batallas, de triunfos y derrotas, de gloria y de miseria, llegó a pasar sus últimos días en esa tan reducida población que vino a quedar transformada en sepulcro glorioso del héroe. Por aquellas riberas, en donde acaso existían las palmeras que ahora se ofrecen a mi vista en la Avenida del Mar, donde está situado el club; por aquellos mismos parajes en los cuales se baila shimmy o danza, sobre la terraza actual, iluminada con bombillas eléctricas, y entonces obscura y pavorosa, debió deslizarse lenta la figura del Libertador. Le acompañaba, sin duda, alguno de sus íntimos, alguno de esos cortesanos de la desgracia tan poco numerosos. Y bajo el cielo atornasolado del crepúsculo cuando se hundía el sol en un mar admirable del trópico, el héroe, que tosía —pues estaba en el último grado de la tisis— se detuvo, contempló el mar, y vió jugar alegremente unos chicos, unos negrillos que no le conocían y a quienes, por lo tanto, no amedrentaban su grandeza, ocupados como estaban en construir casitas sobre la arena de la playa. El héroe, vestido con traje pobre—sólo tenía una camisa en su ajuar—después de meditar y de contemplar a los chicos, hubo de volverse a sus acompañantes:

—Al cabo de mi vida, encuentro que yo también edificué sobre arena.....

Aré sobre el mar. Había soñado en la libertad y en la República.

Al término de un día de calor horrible se siente un soplo helado de cierzo que baja de la montaña. El héroe tose de nuevo, sus inquietos acompañantes le ponen la capa, y vuelven todos con paso lento, cargados de meditaciones, respetando religiosamente sus recuerdos. Ya no piensan en el estrépito y clamor de las batallas, ni en marchas triunfales en que llueven flores, ni en lo horrible del páramo en vísperas de Boyacá, ni en el múltiple paso de los Andes, ni en las quince mil leguas recorridas combatiendo, sin víveres y con escasas municiones, y sin poder alumbrarse ni calentarse con fuego para no dar al enemigo indicios. No recuerdan nada, todo se sume en el abismo sin fondo de lo que fué, de un pasado cercano y que les parece infinitamente lejos. Sólo van contristados por la tos de Bolívar, que ya es el principio del fin.

Luego, lentamente, el héroe apenas puede andar y se cansa

mucho, se encamina a la población, a ese pequeño caserío de Santa Marta que aparece blanquecino ahora como hace cien años, con las mismas palmeras y vegetación idéntica y la traza colonial de las antiguas ciudades españolas del siglo XVII, estrechas las calles, los aleros salientes, las rejas de hierro de Vizcaya y balcones «arrodillados». Al volver de una encrucijada topan con alguna hornacina o nicho alumbrado por algún farol con vela de sebo que ilumina la imagen de un santo. Entonces todos se descubren, algunos rezan; el Libertador, que es incrédulo, también se detiene y se descubre, por respeto a ideales y creencias religiosas ajenas—pues siente que en esta América liberada sigue dominando el espíritu de la colonia española—y también presiente la gravedad de la hora definitiva que se acerca para él cada vez más rápida e inevitable.

## II

Luego llegan a una casa vetusta, que aun se conserva en la plaza principal, donde crece maravilloso jardín de palmeras, de ceibos y manzanillos. La puerta de la casona es ancha y ribeteada de clavos de cobre, sirve de golpeador una cabeza de león parecida a muchas otras que aún quedan. El patio es estrecho y los muros, de azulejos en la parte baja, reflejan la luz de candiles, en viejos faroles, en medio de un grupo de guaduas, que se alzan gráciles, elevando tallos finísimos por encima de los tejados del patio. El Libertador se detiene a respirar, pues ya no puede andar largo trecho, sin hacerlo, y penetra en la cuadra o sala esterada, adornada con cuadros místicos y mueblaje de estilo Imperio. A la luz de las candelas aparece iluminada la demacrada fisonomía de Bolívar. He aquí, como lo pinta Mr. Desiré Roullin, en 1828, es decir, dos años antes de aquel tiempo, y sus apuntes, sirvieron para el busto hecho por David de Angers:

«Es Bolívar hombre de talla poco menos que mediana, pero no exenta de gallardía en sus mocedades, delgado, sin musculatura vigorosa; de temperamento esencialmente nervioso y bastante bilioso; inquieto en todos sus movimientos indicativos de un carácter sobrado impresionable, impaciente e imperioso. En su juventud había sido blanco—aquel blanco mate del venezolano de raza española pura—pero al cabo le había quedado la tez bastante morena, quemada del sol y de la intemperie de quince años de campañas y de viajes. Tenía el andar más bien rápido que mesurado, pero con frecuencia cruzaba los brazos y tomaba actitudes esculturales sobre todo en momentos solemnes.

«Su cabeza era de regular volumen, pero admirablemente conformada, deprimida en las sienes, prominente en las partes anterior y posterior. El desarrollo de la frente era enorme, pues ella sola comprendía cerca de un tercio del rostro, cuyo óvalo era largo, anguloso, agudo en la barba y en los pómulos pronunciados. Sus cabellos eran crespos y los llevaba siempre divididos entre una mecha enroscada sobre la parte superior de la frente y guedejas sobre las sienes, peinadas hacia adelante.

«El perfil del libertador era enteramente vascongado y griego, principalmente en el corte del rostro, la pequeñez de la boca, la amplitud de la frente y la rectitud de la nariz, muy finamente delineada. Tenía las cejas bien arqueadas y extensas, donde se ponían de manifiesto los signos de la perspicacia, de la prontitud y grandeza de percepción. Como tenía profundas las cuencas de los ojos, éstos, que eran negros, grandes y muy vivos, brillaban con fulgor eléctrico, concentrando su fuego como si sus miradas surgiesen de profundos focos.

«Era Bolívar hombre de lenguaje rápido e incisivo, así en su conversación—en la cual muchas veces, fué indiscreto, siempre animada, breve y cortante—como en sus proclamas y discursos. Su réplica en la conversación era pronta, frecuentemente brusca y en ocasiones, hasta dura y punzante.»

Están acordes la mayoría de los contemporáneos en que Bolívar, al conversar, generalmente desviaba la vista de su interlocutor, sin dar la cara. A pesar de la corrección de su fisonomía su primer aspecto no era simpático ni atrayente. «His eyes are darck and penetrating but general y down cast when he speak», dice de él, Miller en sus memorias. Advertíase en él una expresión cautelosa de soldado acostumbrado a las emboscadas. «Su carácter viciado por la adulación, agrega, es arrogante y caprichoso. Sus opiniones respecto a hombres y cosas son variables y tiene casi propensión a insultar, pero favorece a los que se humillan y no les guarda resentimiento alguno».

Apasionado admirador de las mujeres es también grande aficionado al baile y hasta suele pasar noches enteras bailando en los saraos del principio al término de la fiesta y valsa muy ligero, pero sin gracia alguna. Hay en todo su personalidad como una constante ebullición y necesidad de obrar: es la acción encarnada. Cuando no escribe o habla, se mueve y se agita. La fuerza nerviosa de Bolívar es extraordinaria y reemplaza en él a la propia resistencia física. Su vida y sus campañas son la perpetua realización de un milagro, en el cual lo débil de la naturaleza física es reemplazado por una fuerza nerviosa y moral inconcebible, que le mueve a realizar prodigios como las terribles

marchas por los llanos de Venezuela y el primer paso de los Andes, para caer sobre los españoles en Boyacá, sorprendiéndoles con su marcha al través de los páramos, de las cumbres heladas, de ventisqueros, trepando a empinadas cimas, para hundirse luego en abismos, pasando del frío más intenso al calor más inconcebible, mientras en torno suyo, caen, uno a uno, los soldados vencidos por la naturaleza. Y el héroe prosigue impertérrito, marchas superiores al paso de Aníbal en los Alpes o al de Napoleón I. Y mientras éste cae vencido en Rusia, Bolívar en Caracas, exclama, en medio del terremoto que destruyera la ciudad: «Triunfaré sobre la naturaleza, en contra de ella y a pesar de ella». Se siente superior a las grandes fuerzas de la vida.

Su voz es gruesa y áspera, pero habla con elocuencia y con facilidad pasmosa. Su imaginación tiene algo del prodigio. En las páginas que escribió sobre «El delirio del Chimborazo», se siente la garra del león y tiene mucho del lirismo de Víctor Hugo, que aun no figuraba en el mundo de las letras y que sólo veinte años después debía empeñar el combate de su concepción romántica.

«Yo venía envuelto con el manto del Iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinco al dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas y quise subir al atalaya del universo. Busqué las huellas de la Condamine y de Humboldt: seguías audaz; nada me detuvo; llegué a la región glacial, el éter sofocaba mi aliento, Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso la mano del Eterno sobre las sienas excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: este manto de Iris que me ha servido de estandarte, ha recorrido en mis manos las regiones infernales, surcando los ríos y los mares y subido sobre los hombres de los Andes; la tierra se ha allanado a los pies de Colombia y el tiempo no ha podido detener la marcha de la Libertad. Belona ha sido humillada por el resplandor del Iris, ¿y no podré yo trepar sobre los cabellos canos del gigante de tierra? ¡Sí podré! Y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt, empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba y desfallezco al topar con mi cabeza la copa del firmamento. Tenía a mis pies los umbrales del abismo».

«Un delirio febril embarga mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me poseía.»

«De repente se me presenta el tiempo, bajo el semblante ve-

nerable de un viejo cargado con los despojos de las edades, sañudo, inclinado, calvo, arrugada la tez, una hoz en la mano. . . »

«Yo soy el padre de los siglos; soy el arcano de la fama y del secreto; mi madre fué la Eternidad; los límites de mi imperio los señala el Infinito; no hay sepulcro para mí, porque soy más poderoso que la muerte; miro lo pasado, miro lo futuro y por mi mano pasa lo presente. ¿Por qué te envaneces, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Creéis que es algo vuestro universo, que levantaros sobre un átomo de la tierra es elevaros?»

### III

«¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a mis arcanos? ¿Imagináis que habéis visto la santa verdad? ¿Suponéis que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto en presencia de lo infinito, que es mi hermano.»

«Sobrecogido de un terror extremo, ¿cómo ¡oh tiempo! respondí, no ha de desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todo los hombres de la tierra en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la tierra con mis plantas: llego al eterno, con mis manos; siento las presiones infernales bullir bajo mis pasos; estoy mirando, junto a mí, rutilantes astros, los soles infinitos; miro sin asombro el espacio que encierra la materia y en tu rostro leo la historia de lo pasado y los pensamientos del destino.»

«Observa, me dijo; aprende, conserva en tu mente lo que has visto: dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del universo físico, del universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado; dí la verdad a los hombres. . . »

«El fastasma desapareció.»

«Absorto, yerto, quedé exánime largo tiempo tendido sobre aquel inmenso diamante, que me servía de lecho. Al fin la tremenda voz de Colombia me llama; resucito, me incorporo, abro con mis propias manos mis pesados párpados, vuelvo a ser hombre y escribo mi delirio.»

La fantasía de un gran poeta surge de pronto, en el héroe, fundida en el diamante de un grande hombre de acción. Siempre ha sido así. Si vemos la obra de Julio César, encontramos al grande orador, al seductor de muchedumbres, con imaginación de poeta, al historiador de la guerra de las Galias, al gran político fundido en la misma turquesa del grande hombre de acción y del gran general: otro tanto ocurre con Napoleón Bonaparte, según la vemos en el Memorial de Santa Elena. Hay en él como

una poderosa pupila que se contrae o se dilata para ver de cerca o de lejos, según las circunstancias, con la imaginación que se adelanta, al presente y que concibe, observa o generaliza, deduciendo leyes sociales o morales propias, unida al don de la realidad, de vivir entre hombres y cosas, en el sentido profundo de la verdad, humana, junto con el dominio de sí y de los demás, que constituye la esencia de los grandes políticos de la historia.

.....

Algunas damas llegan al estrado de la casa donde se aloja Bolívar; llevan «mantones vaporosos de seda de humo», y sus vestidos son claros, con saya bordada y medias caladas de seda negra o de paño de seda, con cintas aterciopeladas que cruzan en torno de la pantorrilla. Los sombreros son de estilo llamado maravilloso; se los quitan y los colocan sobre algún antiguo bargueño enconchado con marfil y carey. De un braserillo de plata se eleva blanca y suave columna de humo perfumado de madera de sándalo, que arde apacible. Se oye lejano el son de la campana de alguna iglesia. Todos se ponen de pie, pues ha dado la hora de la cena. Una de las damas, acaso la más distinguida, es la señora marquesa de Miers, con cuya nieta ha bailado mucho en Bogotá I. Entre los personajes del grupo aparecen el marqués de Miers, en cuya quinta de San Pedro Alejandrino, habría de pasar el Libertador los últimos instantes de su existencia. También acuden los generales Montilla y Carreño, Silva, Miers, Ujueta y otras personalidades que acompañan al héroe en la hora terrible del destierro y de la caída. Ese hombre extraordinario tuvo la suerte de encontrar todavía amigos en las horas de la miseria.

Bolívar había llegado a Santa Marta en el bergantín «Manuel», procedente de Sabanilla, el 1.º de Diciembre de 1830. Traía el alma profundamente amargada con los recuerdos del atentado de Septiembre de 1828. El Libertador había querido implantar en Colombia la presidencia vitalicia o sea la dictadura al estilo napoleónico mediante el decreto orgánico de 27 de Agosto de ese año. Ya la gran Colombia se encontraba hecha pedazos. Las cinco repúblicas independizadas por su acción se habían segregado, se miraban con recelo o suspicacia, o se hallaban envueltas en litigio; el sueño del Libertador se deshacía en humo, cuyas espirales se fundían casi con el horizonte. Asido a los restos de su poderío político, Bolívar, sin calcular la sentimentalidad colombiana, cometió el error gravísimo de asumir la dictadura. Al punto se reunieron sus enemigos, olvidados de sus inmensos servicios, para morar tan sólo en lo presente, la ignominia de la dictadura militar impuesta. Citáronse los conjurados



en la sombra y de allí la conspiración tramada en contra de la vida de Bolívar y llevada a efecto en la noche del 24 de Diciembre de 1828.

Los conjurados apercebidos para el trance, fueron juntándose en casa del poeta don Luis Vargas Tejada, silenciosamente, en reducidos grupos, distribuyéndose luego en partidas que debían asaltar el batallón Vargas, tomar el palacio de San Carlos, en donde moraba el Libertador, apoderarse de éste y libertar al general Padilla para que sirviera de cabeza al nuevo gobierno y de jefe a los revolucionarios. La partida primera salió de la casa de Vargas al dar la campanada de las doce el reloj de la iglesia y libertó a Tejada, quien se negó a ejecutar los planes concebidos; no podía teñir sus manos en sangre de Banquío. La segunda partida fué rechazada en el ataque en contra del batallón de Vargas. La tercera, simultáneamente con las anteriores, se encaminó al palacio de San Carlos, situado frente al teatro principal de la ciudad.

Bogotá dormía en noche apacible, plenamente iluminada por luna llena. De ordinario, la quietud y el silencio, el ambiente frío, otoñal, que en ella reina, sin variaciones ni matices, proyectan honda tristeza de las continuadas soledades y semejante ansiedad, aumenta en la sombra, en la cual aparece sumergida bajo las alturas de Monserrate.

Una docena de soldados a las órdenes del comandante Carujo, y otros tantos civiles asaltaron el Palacio de San Carlos en donde vivía el Libertador. Más de una vez en el desempeño de mi cargo de ministro he visitado ese palacio histórico de Bolívar, hoy día mansión del Departamento de Relaciones Exteriores. Es edificio bajo, de dos pisos, el segundo de mayor altura que el primero; de balcones salientes y estilo colonial y sumamente interesante para el viajero moderno. A la entrada del zaguán, en el primer patio, se alza una hermosa palmera y se muestran arriates de flores; mi amigo Montejo, introductor de diplomáticos, las sacaba de allí para el ojal y en más de una ocasión me obsequió violetas cogidas en el antiguo jardín del Palacio, de aquel mismo patio circundado de galerías de vidrio. A la parte del frente se encuentra la sala de recepciones, amplia, adornada de muebles del siglo diez y ocho, y en el ángulo, el despacho del ministro. Síguese una serie de piezas de empleados, hasta llegar a una hermosa sala de techo decorado al estilo antiguo. En pos de la tal sala—en donde aguardan audiencia los diplomáticos—siguen varias habitaciones y aposentos de empleados, en uno de los cuales, casi frente al actual teatro de San Carlos, se hallaba la habitación de Bolívar. Las calles van subiendo hacia

los cerros que limitan la ciudad, como trepándose por riscos y colinas, en tal forma que el segundo piso del Palacio de San Carlos, en aquella parte se encuentra sólo a dos metros de altura.

Los conjurados penetraron de golpe en el palacio; los soldados alcanzaban a 25 ahora y junto con los civiles llegaban a 40, a la cabeza del grupo iban el comandante Carujo y un francés, M. Horment, quien arrojándose sobre el centinela—lo hirió de gravedad. Atropellaron a la guardia, que trató de resistir, en tanto que uno de los soldados en la lucha, hirió de un sablazo al joven Celestino Anzuero y cayó muerto a su turno por el puñal de los conjurados.

#### IV

Penetró al primer patio el grupo de gente, se detuvo frente al estanque del centro, donde el agua temblaba en la sombra, como un latido de vida, bajo las palmeras, junto a los laureles. Encamináronse, al punto, hacia la derecha, por donde sube la escala de piedra que conduce al segundo piso y tomando por el corredor de la izquierda penetraron en la galería que conducía a las habitaciones del Libertador. La tropa de guardia, compuesta de cuarenta soldados escogidos se habían rendido sin hacer resistencia, a pesar de estar compuesta de los mejores y más fieles soldados del ejército. No se había disparado un tiro bastándoles con apuñalar al cabo, y desarmar al resto. Luego, en silencio, temerosos y sobresaltados, ciertos de que en caso de fracasar, caerían bajo la cuchilla del verdugo, después de poner guardias a la entrada, los conjurados penetraron en las primeras habitaciones del departamento privado de Bolívar. Este dormía en cama junto a su amada Manuelita Sáiz, grande amor de su vida, compañera de días de gloria y de horas de zozobra, que abandonara nombre, familia, honra y prestigio social por seguirle, siempre enamorada y constante siempre. El héroe escucha, de pronto extraños rumores que rompen el silencio; es del cañón lejano, algo como rumor de tempestades. Era el tronar de artillería contra las puertas del batallón de Vargas que resistía denodadamente, y con éxito venturoso: mezclábase a esto, sordo crepitar de la fusilería. El Libertador se vistió con rapidez. Mientras tanto el sordo rumor de pasos por las galerías aumentaba. Los conjurados echaban abajo la primera puerta y hallaban, de pronto, en la sombra, la espada desnuda del ayudante de servicio, el teniente Ibarra, que, a medio vestir, acudía. Uno de los conjurados le hirió en el brazo creyendo que era Bolívar y los demás creyéndole muerto, dieron vivas a la Libertad. Al in-

pensado clamoreo, tanto el Libertador como Manolita echaron de ver de qué se trataba y el peligro corrido. Mientras Bolívar saltaba a la calle de la parte opuesta adonde los conjurados penetraron—pues el palacio de San Carlos ocupa la esquina de la calle—Manuelita Sáiz, a medio vestir acudió a los asesinos con grande ánimo. «Nos salió al encuentro una hermosa señora, dice Florentino González, uno de los conjurados, que debía más tarde habitar algún tiempo en Chile. La señora llevaba una espada en la mano y con admirable presencia de ánimo y muy cortésmente nos preguntó que queríamos: correspondimos en la misma forma y tratamos de inquirir por ella dónde estaba Bolívar. Otro de los conjurados llegó en pos y profirió algunas amenazas en contra de la dama y yo me opuse a que las realizara, manifestándole que no era ese el objeto que allí nos conducía. Los conjurados prosiguen su camino, pero Manuelita ha conseguido su objeto con valor y astucia, deteniendo a los conjurados el espacio necesario para que Bolívar escapara y librara la vida de aleve conjuración contra el libertador de cinco repúblicas. Oíase, ya próximo el rumor continuado de fusilería, frente a las gradas de la catedral cercana. A poco, supieron que la revolución se había frustrado, pues los asaltantes del Vargas huían deshechos.

Horment y Salaibar forzaban la puerta de la alcoba y penetraron en ella disparando una pistola y blandiendo puñales. Bolívar acababa de salvar a la calle atravesada. Muchas veces he leído el rótulo inscripto sobre una plancha de mármol, junto a la ventana de palacio, por la cual huyera:

Siste parumper spectatur grandum  
si vacas miratus viam salutis  
qua sese liberavit  
pater salvatorque patriae  
Simón Bolívar.  
In nefanda nocte septembrina  
an MDCCCXXVIII

La noche era de luna y hermosísima. Bolívar saltó a la calle, la cruzó rápidamente y se hundió en la sombra de la otra acera. Estaba metido en grandes perplejidades tomó hacia el oriente, del lado del alto cerro, que parecía cobijarle con su sombra, pues de la parte opuesta se oía el fuego de fusilería y podía caer en manos de sus enemigos. Luego volvió al puente del Carmen. Allí me he detenido más de una vez, ante aquel paisaje lóbrego, de un hilo de agua que se desliza bajo los arcos del puente, en-

tre matorrales tupidos; a lo alto de la inmensa montaña sobre la cual parece que quisiera treparse la ciudad de Bogotá y que le sirve de muro y de amparo; luego, el plano inclinado de casas que van a rematar en la sabana, envuelta en las noches de luna de azulados vapores luminosos. La atmósfera, allí, junto al puente, es irrespirable y mefítica de apestantes olores. Allí se escondió Bolívar y pasó la noche, según los testigos refieren: afirman otros que sólo estuvo un momento, pues, poco a poco, al oír aclamaciones de amigos que le vitoreaban después del triunfo, se puso a la cabeza de ellos, juntándose luego a sus tropas.

Según expresa otra leyenda, pasó la noche en el terrible asilo, sufriendo el espantable olor de los caños del desagüe durante las horas que le separaban de la madrugada, hasta que un amigo fué a libertarle, llevándole caballo para salir de Bogotá en dirección a la quinta de Pachia. Agregábanme que el Libertador le pagó tan oportuno auxilio enviándole días después, de regalo el mejor de sus caballos con jaeces de plata y magnífica silla.

Bolívar debía la vida al heroísmo y a la abnegación de una mujer que, después de darle su propia honra y los encantos delicados de su alma, conteniendo hasta el aliento de recuerdos nostálgicos de su hogar, abandonado, expuso por salvarle, su propia existencia—en instantes en que se ocultaba la estrella del Libertador tras las obscuras sombras de la Cordillera de Monserate.

Los conspiradores fueron, casi todos, fusilados. El presidente pasó los últimos días de su residencia de Bogotá en Fucha, desolado tras de grandes victorias e inmensos desencantos, en busca de paz, de quietud que le negaba la vida política. Su ánimo y su cuerpo estaban decaídos, sentía agotada su energía física en pos de existencia agitadísima, de recorrer inmensos territorios, siempre combatiendo, sometido a cuantas penurias es dable imaginar, en el clamoroso turbión de su existencia de soldado, de político y de eterno adorador de mujeres. Invadía a la hora postrera de los desencantos, una desesperación silenciosa y trágica, que se abatía sobre su cuerpo ateneceado, atormentándole y mordiéndole las vísceras. En lo exterior adivinaba el despertar de un pueblo altivo, no dado a la servidumbre; en lo íntimo, el desgaste de su propia naturaleza ya no le permitía proseguir en tareas ingratas de gobierno. Hallábase proscripto de su patria, Venezuela. Debía partir lejos del centro del gobierno y de intrigas que era Bogotá. En Marzo de 1830 encargó al general Caicedo del Poder Ejecutivo y partió a Fucha. Pero debía ir más lejos, mucho más lejos, adonde sólo llegara, amortiguado,

el rumor de muchedumbres y el encono de las intrigas de partidos.

«Allá en su retiro, dice Posada Gutiérrez, íbamos a verle los diputados y las personas notables de la ciudad. Una tarde en que me hizo el honor de invitarme a su mesa, salimos solos a pasear a pie por las bellas praderas de aquella hermosa posesión; su andar era lento y fatigoso, en voz casi apagada le obligaba a hacer esfuerzos para hacerla inteligible; prefería la orilla del riachuelo que serpenteaba silencioso por la campiña, y, los brazos cruzados, se detenía a contemplar su corriente, imagen de la vida. ¿Y cuánto tiempo tardará esta agua en confundirse con la del océano, dijo de pronto, como se confunde el hombre en el sepulcro, en la tierra de donde salió? Una parte se evapora como la gloria humana, como la fama. ¿No es verdad, coronel? De repente, apretándose las sienes con las manos, exclamó con voz trémula: ¡Mi gloria! ¡Mi gloria! ¿Por qué me la quitan? ¿Por qué me calumnian? Páez... Bermúdez... Santander... La respiración anhelosa de Bolívar, la languidez de su mirar, los suspiros que salían de su pecho, todo manifestaba la debilidad del cuerpo y el dolor del alma, inspirando compasión y respeto...»

Pocos meses después partía a tierra caliente, hacia el Magdalena, que debía conducirlo a la costa Atlántica en busca del descanso y del reposo en Santa Marta.

---

Salí de mañana hacia la población de Santa Marta, situada a media hora de automóvil del muelle de la Compañía Frutera, en donde se hallaba amarrado el «Metapán». El sol irradiaba en la estrecha y hermosa bahía, refulgiendo en cascadas de oro líquido sobre lo verde del mar, un verde glauco, en contraste con el verdor más intenso y obscuro de los árboles en las serranías próximas. El puerto parecía una larga raya blanca de cal africana, sobre la cual surgieran, de pronto, las líneas delicadas y el abanico de las palmeras, de tallos aéreos, como de aves que se aprontaran a tender el vuelo hacia apartadas lejanías. El auto se deslizaba suavemente sobre el camino de arena, casi blanca, a la orilla del mar, cuyas olas morían mansamente con la levedad encantadora de un ritmo.

Iba en compañía de dos amigos de viaje; el diputado Hernán Uribe Cualla y el joven venezolano Salas. No tardamos en penetrar en el puerto, de casas antiguas, de estilo netamente colonial español, como todas las de Colombia. Las calles son estrechas como las de las poblaciones africanas; sobresalen entre

paredes de jardines y de huertos las palmas, dátiles, los sicomoros, ceibos y laureles. Muéstranse fachadas de chalets modernos, cubiertos de bugainvillas, hermosísimas enredaderas de color rojo, celeste o azul, que proyectan una enorme cortina sobre la fachada, a manera de encaje de color violeta, gigantesco mantón de Manila bordado por la mano de la propia naturaleza. Las fachadas de los templos nos llevan a edades lejanas, de la conquista, en pleno siglo XVI, cuando el capitán Fernández de Lugo desembarcaba a la cabeza de un puñado de españoles, para emprender la conquista de aquellas lejanas tierras tropicales.

La atmósfera está tibia, a esa hora de la madrugada; el ambiente luminoso y sereno, el cielo de raso clarísimo. Charlamos alegremente en el automóvil y como es natural, en tierra de raza española, principalmente se trata de política. Mis amigos ensalzan la figura del general Vásquez Cobo, futuro candidato a la Presidencia de Colombia, personalidad en extremo interesante y simpática, de soldado, de hombre y de político, que recuerda, por su astucia natural, al presidente Roca. Un grupo de negrillos huye espantado al acercarse el automóvil, que vira en dirección al Club, a la playa, en donde almorzaremos, contemplando el mar de ese color verde, tan vibrante y nuevo, jamás antes visto hasta ahora. El sol comienza a reverberar calentando la tierra, que a mediodía tendrá irradiaciones de fuego. Un muchacho negro éntra lentamente a bañarse en el mar. Su cuerpo enteramente desnudo parece de ébano y semeja un apolo negro de formas redondeadas, esbeltas y nerviosas, de luchador romano o de boxeador de ring.

Estamos en una región bananera, explotada ya por los norteamericanos con grandes haciendas, donde cosechan cantidades fabulosas, millones y millones, vendidas a precios ínfimos en los Estados Unidos. Después de una comida frugal, nos encaminamos a visitar las habitaciones de la Compañía, hospitales y casas de la dirección y de empleados. Todo aparece en perfecto orden, con magníficas instalaciones al estilo inglés de los trópicos, con edificios y chalets tan hermosos como los de Jamaica y campos cubiertos de césped, plantaciones de guaduas, bambúes, palmeras y ceibos. Las puertas y ventanas de los edificios están abiertas y defendidas de los mosquitos por finas rejillas de alambre verde. Las canchas de tennis, admirablemente preparadas, blanquean junto a las habitaciones de las cuales salen músicas de victrolas.

De pronto me vuelvo a mis demás compañeros y les manifiesto con tono autoritario que ha sonado la hora de nuestra vi-

sita a la quinta donde murió el libertador Simón Bolívar. Mis amigos admiten al punto la orden y mi dictadura, resolviendo partir al punto, a pesar de que el calor arrecia por momentos. El venezolano Salas se siente emocionado y los ojos le brillan.

—Ya fuí a visitarla hace varios años—nos dice—pero siempre cuando pienso en ella siento algo raro en mí.

El automóvil parte a toda velocidad en dirección a la quinta de San Pedro Alejandrino, última residencia de Bolívar. Cruzamos la pequeña población de Santa Marta, por calles estrechas y casas de estilo antiguo colonial. Las calles están mal pavimentadas, los chicos juegan en ellas, van casi desnudos, pues el calor del clima sólo permite vestiduras ligeras, trajes blancos de brin. Los habitantes van vestidos de blanco y sobre el blanco resalta su tez morena.

Ahora penetramos en una más amplia avenida, en donde está situado el edificio de un instituto superior de educación, de estilo moderno, que resalta en medio de los antiguos y vetustos y las líneas de palmeras, como algo inesperado y nuevo.

Las callejas son estrechas y se retuercen como culebras. Algunos negrillos pasan cantando y jugando, casi enteramente desnudos, con camisas deshechas, en la cabeza un jipijapa roto. El automóvil sale ya de la ciudad y penetra en la campiña, por caminos polvorientos, entre matorrales y árboles silvestres, que ostentan la maravillosa flora del trópico, con ceibos de aflagradas hojas y finos cocoteros, álces y mirtos, bananeros de anchas hojas, mangos y robles. Es como una mar que a uno y otro lado nos cerca; los árboles entrecruzan sus ramajes, formando bóvedas de verdura, bajo la cual se desliza rápido el automóvil. A trechos aparecen las cumbres albas de Sierra Nevada, desmayándose en el azul del cielo. Un enjambre de insectos susurra en el bosque en medio de calor tórrido mitigado por la rapidez del automóvil que nos permite respirar por momentos. Allá entre los matorrales duermen las serpientes horriblemente venenosas de la zona tórrida, cobras, serpientes de cascabel, coral—pequeñitas y rojas, de picadura mortal—boas enormes. Millares de mariposas de colores maravillosos y pintadas alas, muy grandes algunas, pequeñas y extrañas otras, pero todas de colores vivísimos, cruzan de un lado a otro del camino y desaparecen rápidas.

Hay inmenso hervor de vida en aquella selva inculta de árboles graciosos y finos que se multiplican y se elevan y se retuercen formando arabescos naturales, multiplicando las gamas y tonalidades del verde, unas veces claro, otras obscuro, de infinitos matices, que se entonan de manera sabia, como la sin-

fonía de una grande orquesta. Oyese perdido rumor de agua que no se ve y viene a mi recuerdo alguna impresión ya distante de mis mocedades en la Alhambra de Granada.

Por estos mismos caminos cruzaba —hará cosa de un siglo— el libertador Simón Bolívar. Iba triste y cabizbajo, como Don Quijote vencido hecha ya promesa de tornar a su aldea donde el ama, la sobrina y el bachiller Sansón Carrasco le esperaban, sentía en lo hondo la amargura del desengaño, tristezas que las ingratitudes ocasionan, soledad de su espíritu incomprendido, a la par que su físico, sometido por espacio de tantísimos años a la más ruda y severa prueba, iba desplomándose rápidamente, consumido por la tisis, había llegado a Santa Marta el día 1.º de Diciembre de 1830 y ya el 6 ansió la necesidad de otro clima. Su amigo, el marqués de Miers, español y realista por ende, le ofreció su quinta de San Pedro Alejandrino, en donde hallaría clima sano y a mayor altura que la del pueblo, donde, al parecer no podría vivir por más tiempo. Le acompañaba el médico francés Próspero Reverand, que ha dejado la relación de los últimos instantes del grande hombre.

Bolívar, acompañado de Miers, de Urueta, Carreño, Montilla, Silva y Recuero, se dirigió en berlina a la casa de campo, situada no muy lejos de la población. Sin duda, Bolívar tomó el mismo camino que ahora cruza el automóvil. Pasó bajo el dosel de los mismos árboles seculares, vió las mismas pintadas mariposas que parecían decirle adiós y advirtió en torno suyo que el sol comenzaba a obscurecer a medida que se despleaban sobre su cabeza las alas de la muerte. Pero Bolívar, como todos los tísicos creía vivir, vivir mucho más, y según me dijo uno de los acompañantes de nuestra excursión, leía con vivísimo interés las cartas que recibía de Barranquilla, del gobernador, grande amigo suyo, y estaba muy enterado de las alteraciones de la política en Bogotá, como si esperara el momento propicio para arrojar su espada de Breno en la balanza de las contiendas. Con todo, su estado era tan grave que, de pronto, vino a encontrarse, cara a cara, con la muerte que acechaba en la sombra.

Nuestro automóvil cruza ya por un puente de hierro semejante a los muchos que vemos en los ferrocarriles. Abajo pasa un río no muy ancho, algo parecido a estero, haciendo resonar las piedras con las aguas de su corriente. En torno vemos árboles enhiestos y matas de guadua—cañaverales gigantescos—. Algunas rocas blanquean en medio de la corriente, sobresaliendo entre la espuma de las aguas. Diez minutos después tomábamos ya el camino que en breve debía ponernos en la estancia del señor Miers. De pronto la carretera aparece más amplia y en



medio de los árboles, en un recodo del camino, se ofrece a nuestra vista la célebre quinta de San Pedro Alejandrino. Vemos una vasta explanada, en cuya entrada se alza un árbol hermosísimo y centenario, bajo el cual reposó Bolívar. Sus ramas retorcidas y enormes parecen como serpientes boas que amenazaran nuestras cabezas.

A la derecha, junto a una línea de árboles corpulentos se alza la estatua de Simón Bolívar. En el fondo de aquella especie de explanada aparece la casa de San Pedro Alejandrino, enteramente distinta de las diversas construcciones que me haya sido dado ver en Colombia. El edificio nada tiene de colonial. Diríase más bien algo de estilo egipcio que evoca la época de los faraones y de las Pirámides: es un caserón digno de figurar en las orillas del Nilo.

## VI

El calor es sofocante, ese terrible calor del trópico que doblega las naturalezas más fuertes y rudas. El cielo, de celeste pálido, brilla encendido en luz, las hojas de los árboles aparecen inmóviles y vaho de fuego se eleva de la tierra junto con miríadas de insectos que zumban en monótona armonía salmodiando sus cantos.

Un viejo soldado encargado de custodiar la casa de Bolívar, convertida ahora en reliquia, se encamina a nosotros y nos acompaña luego a visitar la última mansión del héroe, donde pasó sus postreros instantes, acaso en día de sol, tan hermoso como éste.

A la entrada de la casa de San Pedro Alejandrino hay vestíbulo estrecho, pavimentado con rojo ladrillo que se conserva bastante bien. Allí, sin duda, el Libertador, al atardecer conversó con sus amigos, contemplando el hermoso paisaje, un paisaje que inspira sentimientos sedantes de calma y de paz. Algún cocotero se balanceaba a lo lejos; quizá cruzó por el cielo una garza de largas y finas patas; se oyó galope de caballo por los caminos y el Libertador recordó pesadas y difíciles caminatas de sus campañas preñadas de peligros y de muerte, el Paso de los Andes, tantas veces efectuado en condiciones que maravillan y sorprenden a un tiempo, recorriendo millares de leguas para arriesgar batallas en que se jugaba la suerte de nuestro continente. Bolívar amaba sus caballos, como los amara Boves, el terrible caudillo español de la guerra a muerte, a quien sólo una vez se había visto derramar lágrimas y fué cuando le mataron el suyo. Boves le abrazó sollozando y luego, volvién-

dose a sus ilaneros empuñó la lanza y les hizo jurar que vengarían al animal querido derramando torrentes de sangre americana.

Penetré en la quinta de San Pedro Alejandrino en compañía Salas el venezolano y de Uribe Cualla, mi amigo, el de Colombia. Eramos los hermanos de tres pueblos vinculados por el alma. La pieza de entrada era espaciosa y sus muros estaban tapizados de banderas de diversas naciones. Los muebles escasos, apenas alguna silla de las llamadas de vaqueta, del siglo XVIII. Veo colgado un cuadro y me acerco: es el último recuerdo. Encierra el retrato del Libertador y un cadejo de cabellos suyos, puesto allí por el cónsul de los Estados Unidos en la noche de su muerte y cortados por su propia mano de la cabeza del héroe, según lo testifica la declaración inserta al pie. Son cabellos castaños, que acaso una vez fueron negros y que el tiempo y la luz vivísima han descolorido. Diríase que vaga por aquellas estancias, vacías y desamuebladas, la sombra inmensa de Bolívar, llenándolas con su recuerdo y con su idea. Ya no anda su cuerpo metido en los hervores y bullicios de la vida; se alejó del turbulento estrépito del comenzar del siglo y a pesar de los cien años transcurridos de entonces acá, nuestra imaginación está presa en su poder y sentimos aún palpitante y viva la fuerza avasalladora de aquella sombra que un tiempo aparecía cernida sobre cinco repúblicas de América.

La amplia sala está profusamente iluminada por la luz del sol del trópico, vibrante y cálida y experimentamos la extrañeza de tanta alegría en el paraje donde el Libertador pasara tan intensas y amargas horas de tristezas. Por la puerta del frente vemos el jardín y penetramos en él. Una vieja y enorme vasija de tiempos coloniales, apoyada en un muro nos dice de cosas idas. Acaso contuvo en su seno el agua cristalina y limpia que habría de beber el Libertador y mitigó su sed en la hora amarga en que todos los seres repiten la voz inolvidable del Calvario: «¡Tengo sed!». No solamente sed material, sino, además, sed moral de verdad y de justicia, de amor, de gratitud; sed de confundirse en otras almas en ondas de ternura y de amor; sed de sentirse comprendido en las debilidades y flaquezas propias de lo humano; sed de aliento y de apoyo moral, cuando todo se desploma y confunde en torno nuestro y vemos quebrantados y rotos los moldes de nuestros ideales y sentimos que nuestros ensueños, al parecer se esfuman y se pierden confundidos en lo azul de un cielo que es mentira.

A uno y otro lado del extenso huerto que a nuestras miradas se muestra, vemos hileras de naranjos de verde ramaje, que flo-

recen ofreciéndonos la blancura de sus azahares que perfuman aquella tarde luminosa y se esparcen por el ambiente con el recuerdo de aquella grande alma desaparecida.

El soldado o guarda que me acompaña me muestra un naranjo, colocado entre arriates de flores, junto al cual veo una silla vacía. «Allí, sobre una silla como ésa, me dice, solía sentarse el Libertador en sus últimos días y pasaba la tarde meditando, sin que nadie fuera osado a turbar aquellos sus últimos instantes de dolor agudo... en las cercanías de la muerte y en las plenitudes del desengaño».

Y de pronto nos parece que en aquellas horas debió recordar su vida entera como dicen que la suelen ver los ahogados, en un momento fugitivo y rápido, en el cual, sin embargo, lo advierten todo, como si realmente pasara a sus ojos de nuevo. Debió ver quince años de incesantes batallas, de aplastadoras derrotas, tras de las cuales se levantaba cada vez más grande y más resuelto, como Guillermo de Orange para batallar y alcanzar los triunfos definitivos y aplastadores de la guerra de la Independencia. Debió recordar las horas de triunfo y de amor, de gloria, de locura que sobrepasaban cuanto pudiera imaginar la fantasía. Habíanse realizado las grandes aspiraciones de su alma de poeta: el amor... la gloria... la libertad de su patria... Y de pronto, en la noche medrosa y sombría apareció como inseparable compañero el desencanto.

Acaso, también, a la sombra de aquel naranjo centenario, recordó la entrevista de Guayaquil, con San Martín. Eran dos hombres que encarnaban dos razas y conformaciones espirituales y físicas totalmente distintas. Bolívar, pequeño y débil, delgado, en tanto que San Martín aparece alto y fuerte; el primero dotado de grande imaginación tropical de concepciones inmensas y de sueños ilimitados; el otro hijo de la realidad, que vive para la realidad, frío y sereno cuanto el otro arrebatado y vivo. Bolívar, ansioso de poder personalísimo en su acción eterna e insaciablemente ambicioso con espíritu anheloso de mando, sin sujetarse ni admitir frenos de ninguna especie, ni la tutela de congresos ni la sujeción a pueblos. San Martín es el hombre del deber frío, del deber inexorable a lo puritano, como Washington, encendido en severo amor a la patria, que también ama Bolívar, pero de distinto modo, pues nunca dos amores fueron iguales en el mundo. El hombre del Sur quiere la libertad de su patria y siente, además que debe asegurarla por el complemento de la libertad de Perú y de Chile, para eso se hace a la vela a la cabeza del ejército chileno-argentino que debía procurar la libertad peruana y sin cuya acción hubiera sido im-

posible la obra del Libertador y no se hubiera osado tan siquiera a concebir la batalla de Ayacucho, así como no habría sido dable empeñar ninguna acción decisiva si antes la escuadra española no hubiera sido destruída por la chilena en El Callao. En la cadena de hombres y de ideas que constituyó la independencia americana, vemos a Bolívar y San Martín, Sucre y O'Higgins; mientras en Bolívar dormía el valor imaginativo, en San Martín y en O'Higgins hay mayor concepto de realidad política, de realidad desinteresada, de abnegación personal, una más honda inteligencia del deber y del sacrificio.

## VII

En la entrevista de Guayaquil. San Martín, comprendiendo que es imposible pensar siquiera en lucha con España si está dividido el mando, buscando lo que se llamó posteriormente el «comando único» y sin el cual hubiera sido imposible la victoria de los aliados, habla francamente con Bolívar, le ofrece el mando y pide servir bajo su órdenes en las últimas batallas de la independencia de América. Siente el recelo que los peruanos abrigan contra él y trata de concluir su obra, manteniendo su acción y borrándose, eclipsándose, así como se habían deshecho los cuatro mil soldados chilenos refundidos en el ejército que combatió en el Perú y triunfó en Ayacucho bajo ajenas banderas, después de haber llevado la suya al tope en la Escuadra Libertadora.

San Martín, con el sentimiento absoluto de la abnegación y del sacrificio, ofrece sacrificar su persona, su nombre, su prestigio personal a trueque de asegurar la independencia. Solicita un comando subalterno, si con eso alcanzara el gran objetivo de la independencia americana. Tuvo el supremo desinterés que también compartió noblemente O'Higgins.

San Martín, de origen modesto, quería la monarquía, de la cual sería jefe un monarca de sangre real y de familia reinante; nada quería para sí. Bolívar sólo admitía la república, con superior concepto democrático, a pesar de ser nieto de marqués, pero la quería para ser su amo, con la dictadura, que consideraba y sentía en ese momento indispensable.

Después de conocerse y tratarse por espacio de breves instantes comprendieron que ambos eran incompatibles y se separaron noblemente. San Martín era más grande en aquel momento, porque se sacrificaba, se borraba ante su rival y las almas hay que medirlas por su capacidad de sacrificio ante grandes ideas.

Ahora estamos en 1830, debió pensar Bolívar, voy a morir en destierro, en pobreza, abandonado de todos, odiado de los pueblos a cuya libertad he contribuído de forma decisiva «Aré sobre el mar... edificué sobre arena...» a diversas distancias, en diversas latitudes; otro tanto murmuraron acaso los demás héroes de la Independencia. O'Higgins moría desterrado en el Perú pocos años más tarde; San Martín vegetaba igualmente en el ostracismo, con la modesta pensión que el gobierno de Chile le otorgara; Sucre caía asesinado; Monteagudo también; casi todos los héroes padecían una misma suerte, como si se hubieran cubierto con la devoradora túnica de Neso.

En los últimos días de Diciembre de 1830 sentíase Bolívar a punto de muerte; al instante acudieron sus amigos íntimos los generales Montilla, Silva, Carreño y los señores don Joaquín de Miers, Urjueta y otros de Santa Marta. Junto con ellos iba el notario del pueblo como en el caso del ingenioso hidalgo de la Mancha.

Acaso su recuerdo vino a la mente del Libertador, haciéndole murmurar entre dientes, la célebre frase que fué una de las postreras de su vida: «Los tres mayores majaderos de este mundo hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo...» Tan amargo sarcasmo, junto con ser propio de su temperamento y su carácter agriado y adolorido con acontecimientos últimos, puesta en peligro su vida con la conspiración de Septiembre hacíale sentirse como infamado y maldito de todos, después de haber libertado a cinco repúblicas de América.

Reunidos en torno del lecho de Bolívar aquellos sus amigos íntimos, junto con algunas de las personalidades más importantes de la ciudad de Santa Marta, el Libertador comenzó a darles lectura de su última proclama dirigida al pueblo de Colombia. Leía difícilmente y con voz casi apagada, no pudiendo llegar al término de ella; la emoción y el cansancio le embaraban.

«Apenas pudo llegar a la mitad, dice en sus Memoria Mr. Reverand (Próspero); su emoción no le permitió continuar y le fué preciso ceder al puesto al doctor Recuero, auditor de Guerra, quien concluyó la lectura, pero al acabar de pronunciar las últimas palabras «Yo bajaré al sepulcro», Bolívar, desde la butaca en que estaba sentado, dijo con voz ronca: «Sí, al sepulcro... es lo que me han proporcionado mis conciudadanos... pero los perdono... ¡Ojalá! que yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanecieran unidos.»

«Al oír estas palabras, que parecían salir de la tumba, se me oprimió el corazón y al ver la consternación pintada en el sem-

blante de los presentes tuve que apartarme de ellos para ocultar las mías, esas lágrimas que ya no podía contener.»

El día 17 de Diciembre Mr. Próspero Reverand, médico de cabecera, cree llegada la hora del desenlace y avisa a sus amigos. Acude primero el general Montilla y recibe el anuncio de que el héroe no pasará la noche.

«Cuando conocí que se iba aproximando la hora fatal, dice Reverand, me senté a la cabecera, tomando entre mis manos la del Libertador, que ya no hablaba sino de modo confuso. Sus facciones expresaban completa serenidad; ningún dolor o señal de padecimiento se reflejaba sobre su noble rostro. Ese perfil griego por el corte, la pequeñez de la boca de labios finos, la amplitud de la frente, que abarcaba más de un tercio de la fisonomía y la rectitud de la nariz apolínea y finamente delineada, los ojos negros grandes y vivos, siempre hondamente hundidos en las cuencas, parecían ahora lejanos como el fulgor de un astro que se apaga.»

El doctor Reverand cree llegada la hora suprema y lo indica a sus amigos en silencio, con gestos. Acércanse todos, y rodean el lecho, pintada la consternación en sus rostros. Las cabezas se inclinan, algunos lloran.

Hemos llegado, en compañía del viejo soldado a la habitación en que murió el héroe. «Allí estaba su lecho de muerte—nos dice señalando un rincón...—Y por aquella puerta sacaron el cuerpo al día siguiente»—añade señalando la pieza contigua, que comunica con el patio de los naranjos. «Este catre fué el suyo...»

Bolívar era tan desinteresado y tan pobre que llegado el momento de amortajarle sus amigos encontraron que no tenía más camisa que la que llevaba puesta. Buscaron por los cajones del mueblaje alguna que ponerle, y, por fin, encontraron una llena de bordados. Era la camisa que el gobierno español había regalado a un indio fiel a las armas de España y que se encontraba allí olvidada. La vida tiene tan extrañas y al parecer inconcebibles ironías. Con ella fué sepultado. Así murió el hijo del señor don Juan Vicente Bolívar, marqués de Araguay, caballero cruzado del hábito de Santiago. Así murió el hombre que había llegado a la vida inmensamente rico, gastando su fortuna entera en la campaña de la Independencia. Así, en tal miseria murió el héroe que había luchado la vida entera, cruzando todas las zonas y todos los climas, desde el calor del trópico hasta el hielo de las cordilleras y del páramo, combatiendo siempre, hasta esa hora que era la primera de su reposo.

—En ese catre murió Bolívar...—exclama el guarda, señalando la pobre cama de madera.

Salgo, en silencio, cojo en el jardín las flores que encuentro y las dejo caer emocionado.

Pasamos en silencio a la sala contigua. El viejo señala otro rincón desnudo».

—Allí duermo yo todas las noches... y uso de cobija la bandera de Colombia, agrega.

La sombra del Libertador conserva en San Pedro Alejandrino, el último y humilde centinela.—L U I S O R R E G O L U C O .

## «A REY MUERTO, REY PUESTO»

**E**STAMOS a fines de Mayo y la Francia comienza a tomar, después de una veintena de días trágicos, el aspecto calmo que le ha distinguido a partir del Armisticio. Sin embargo, poco puede preverse de cuánto tiempo durará esta calma... Los pesimistas hablan de guerra, como única solución ante la crisis, y los que no creen en conflictos bélicos prevén un malestar interior enorme a corto plazo. Malestar que aun no roza todas las clases sociales, pero que afecta ya a buen número de gentes. El espectáculo de París es cada día menos animado y no ha sido necesario que llegue la canícula para que el hervidero humano de la gran capital disminuya. Los hoteles suntuosos cierran sus puertas o reducen el número de habitaciones utilizables; los teatros rebajan sus precios; los restaurantes hacen propaganda desafortada, y los departamentos disminuyen su costo. Este es el aspecto material, si así pudiera, decirse del París de ahora.

¿Y el aspecto espiritual? se me dirá. Calmo, pero medroso. La población no vuelve en sí del todo de la pesadilla que ha vivido a contar del 1.º de Mayo. Era el día del trabajo y se presagiaban revueltas entre el elemento trabajador; creíase que las organizaciones obreras alzarían sus voces contra aquellos que trabajaran durante ese día, pero no sucedió nada. Y es lógico que así haya sido, pues los desocupados conscientes de su situación piden trabajo, no descanso, y reclaman en qué ocupar sus brazos para tener pan que echar a sus bocas... Por táctica muy francesa, hízose coincidir el día de pretendido reposo con la obligación de votar. Como aquí el uso del derecho de voto es sagrado, sabíase de antemano que los ciudadanos dedicarían el 1.º de Mayo a buscar la circunscripción correspondiente para expresar sus simpatías electorales. Así fué, en efecto. En vez de disturbios, hubo el eterno desfile individual ante las urnas. Y para que las pasiones se calmaran del todo, perfumóse la ciudad,

puede decirse, con una fiesta de flores: «el día del muguet», fiesta sencilla que consiste únicamente en que cada persona compre en las calles una ramita de «muguet» que dedicar a alguien con la santa intención de que esa flor tan simple traiga consigo lo más complicado ante la vida: la felicidad... Pasó, pues, el 1.º de Mayo entre carteles electorales y ramos de flores. Fuera del triunfo de las izquierdas, que descontentó a muchos, nada hubo de notable en ese día de suyo mal agestado.

París sabe embellecer espiritualmente todos sus acontecimientos, aun los más graves, y aunque la prensa dedicó sus editoriales de comienzos del mes a hacer el balance electoral, presagiando algunos la ruina de Francia en manos de Herriot y proclamando los otros que la Francia estaba salvada gracias a las izquierdas; aunque los diarios, digo, daban a las elecciones el sitio importante que merecen, otras secciones de los rotativos hacían amables invenciones. Encuestas, preguntas telefónicas, opiniones arrancadas a todo género de personas, especialmente a aquellos que nada tienen que ver con política. A Mistinguett, por ejemplo, se le preguntó: «¿Qué haría Ud. si fuera diputado?» Pensó la mima largo rato y dijo: «Déjeme meditarlo, porque hasta ahora no me he dado cuenta de para qué puede servir un diputado!» María Laurencin, la gran pintora, trazó su programa: «Si yo fuera diputado suprimiría los automóviles y la T. S. F. Me disgusta el ruido de las calles y me desespera que en mi departamento no me dejen tranquila... Calculen Uds. cuánto me molestarán los ruidos de actualidad, ya que yo paso mi vida pincel en mano u hojeando figurines viejos...» La señora de Cauchin, el diputado rojo, interrogada sobre sus inquietudes de ese día, contestó a las 6 de la tarde: «¿Inquietudes?... Ninguna. Tomé a mis doce hijos y fuí a pasearme al campo con ellos; hicimos un agradable pick-nick y ya me preparo para ir a agradecer a nuestros amigos el triunfo de mi marido». Posiblemente esta señora cumplió con esa cortesía, pero cumplió en vano, pues su marido, a pesar del triunfo de las izquierdas, quedó fuera de la Cámara... Una periodista conocida de Chile cuyo apellido no recuerdo, pero cuyo nombre es Raymonde, interrogó a muchas esposas de candidato sobre sus impresiones del día y terminó su artículo diciendo: «En cuatro años más haré la misma pregunta, pero entonces no será a las esposas, será a los maridos, porque es de esperar que para esa época la mujer será elegida representante nacional con enormes mayorías sobre los hombres!».

El cómputo no fué definitivo y hubo que dejar transcurriera una semana para conocer la composición exacta del Congreso.



Seis días de excitación, provocada por los diarios extremistas! Denigrar y denigrar era su único programa. Había que inclinar las balanzas antes de que se obtuviera el resultado apetecido por cada cual. . . Y la atmósfera, ya caldeada, pasó al rojo vivo con el asesinato del Presidente Doumer. ¡Pobre señor! Los que vimos cometer el crimen pasamos una hora de angustias; los que no lo vieron viven en la angustia hasta hoy. . . No todos están seguros de que M. Doumer haya muerto. Insinúase lo mismo que respecto del banquero Kreuger: que se le ha hecho desaparecer únicamente. ¿Con qué objeto? . . . ¡Vaya sabiéndolo Ud! Como se presume que el asesinato tiene ragaímbre política, un asesinato simulado arrojaría las mismas consecuencias: batida a los bolcheviques, promotores—según dicen—del crimen verdadero o. . . mentido. Se dice que los reaccionarios han inventado este asesinato para ganar en la opinión pública. Y los reaccionarios protestan: ¡«Nos culpan de esta superchería para ganar terreno así los exaltados!» En buenas cuentas, nadie ha ganado con este crimen y la Francia ha perdido a un hombre excepcional.

M. Doumer está bien muerto. Yo ví cuando le atacaron, le acompañé al Hospital Beaujon y le ví, cadáver ya, en el Elíseo. ¡Triste espectáculo! Durante tres días estuvo a la vista del público. Extendido sobre el catafalco, vestido de frac, la banda terciada al pecho, parecía un maniquí. Un maniquí chiquitito y viejecito. La cara desfigurada por la huella de las balas, las rodillas del esqueleto rompiendo casi el pantalón, las manecitas más pequeñas que antes. Daba pena. Y daba horror sentir la atmósfera bajo la cual descansaba ese cadáver. Miles de personas desfilaban ante él, enrarecían el aire y levantaban polvareda de las gruesas alfombras del Palacio Presidencial. Trágica fué la muerte de este hombre, pero más trágica fué su exhibición. Exhibición que el pueblo reclamaba, que ha dolido en lo vivo a la familia y que no ha bastado, sin embargo, para demostrar que M. Doumer murió. . .

M. Doumer exhibíase muerto aun cuando M. Lebrun regresó de Versalles, ungido Presidente. Entró por los Campos Elíseos, acompañado por Tardieu, en el mismo carruaje. Aunque el nuevo Presidente satisface a la mayoría de la población, su entrada a París fué más bien triste. Nadie olvidaba que su primera visita sería a un cadáver y a una anciana destrozada por todos los dolores. El pueblo estuvo recogido y le aclamó con reserva. El, muy digno, parecía querer hacerse insignificante, si bien insignificante no logrará ser nunca. He almorzado con él, hace dos meses en *Le Journal* y me dí cuenta entonces que es

cierto cuánto de él se dice. Es un hombre ponderado. Ahora, que se le reconocen todas las virtudes ciudadanas, se calla una virtud suya de político: no se le cree grande orador. Sin embargo, en aquel almuerzo pronunció un discurso magnífico, admirable, a la altura de los de Briand y de Tardieu. Sagaz, M. Lebrun, desea que no se exagere en cuanto a su persona y que se le crea inofensivo. Manera muy inteligente de que nadie le mate!

Sin embargo, M. Doumer era inofensivo y le mataron. Le mataron sin necesidad. ¿Crimen político?... Puede ser; pero ¿por qué elegir esa cabeza, la menos influyente en los destinos de Francia?. Elemento decorativo, rico mueble antiguo, pudo morir tranquilamente en su cama. El mundo no habría cambiado de rumbos si se le deja en paz y acaso tampoco cambie habiéndolo precipitado a lo desconocido. ¿Por qué no matar a Tardieu, o a Laval, o a Herriot?... Cabezas visibles y pesadas, inclinarían la balanza en uno u otro sentido si fueran echadas a rodar....

No se crea que menosprecio la sombra de M. Doumer. Por el contrario. Fué un grande hombre, un filósofo y un sabio. Formó una familia que vivió y murió, de acuerdo con las máximas escritas por el padre. Influyó en la compañera de su vida, a tal grado, que cuando Francia quiso guardar sus cenizas en el Panteón, ella, la intérprete de los sentimientos del marido, rechazó el homenaje y dispuso fuera el Presidente a dormir el sueño eterno junto a los cuatro hijos arrebatados por la guerra: al pequeño cementerio adonde ella irá mañana a reunirse a los seres queridos... Estatua del dolor, recibió a M. Lebrun y le habló como una estoica. Y abandonó el Palacio, huyendo de París hacia el campo, para no hacer sino un último viaje a la capital: cuando venga a ocupar el sitio que se ha reservado para después de muerta.

A rey muerto, rey puesto. Junto a las anécdotas sobre M. Doumer, aparecen en la prensa las anécdotas sobre M. Lebrun. Y se escudriña todo lo que atañe al nuevo Presidente. Su origen, sus estudios, sus gustos. Y, por extensión, un periodista se ha entusiasmado describiendo a un hermano de M. Lebrun; un hermano que vive en el campo, que trabaja la tierra y que se ha fotografiado empujando el arado de que se sirve... ¡Es un campesino!—gritan los pocos sudamericanos que aun andan por aquí. Y envuelven en soberano desprecio al Presidente y a su familia. Sí, un campesino, pero un campesino que sabe leer, que sabe idiomas, que ha cultivado no sólo la tierra, sino su espíritu y el espíritu de su familia; su hija mayor es una música excelente. Un campesino!, Sí, pero como hay muchos en Europa, no en


América. Un señor de esos con aires de «caballería rusticana» que sólo pueden darse donde la democracia es cierta y donde los dones del saber y del aprender llegan hasta los últimos confines del territorio. El hermano de M. Lebrun viene poco a París, pero vendrá a visitar al Presidente. Y él y los suyos se alojarán en el Elíseo. Los Embajadores se codearán con él y él no se sentirá mal entre ellos. Por el contrario, estará muy a su gusto percibiendo sensaciones nuevas sobre las cuales meditar después en su terruño. Y, de regreso, acaso se sienta más feliz que el hermano mandatario. Y más seguro de su propia vida.

A consecuencias del asesinato de M. Doumer, el protocolo y la vigilancia han aumentado su celo. M. Lebrun será un prisionero de la República y el Elíseo está resguardado como en caso de ataque previsto. Estas medidas alejan al nuevo Presidente del contacto con el público y por bien aceptado que haya sido, es difícil se haga popular. Todo el mundo vuelve a pensar en M. Doumer, tan popular como fué; y aun en M. Doumer, muerto cuando empezaba a aprender a sonreír...

M. Lebrun tiene buena estampa y no representa los sesenta años que ha cumplido. Sabe andar con marcha elegante e hizo una buena silueta cuando se exhibió a pie a través de París por vez primera: en los funerales de Doumer.

Quienes presenciamos los funerales del Mariscal Foch, tenemos derecho a considerar que los del Presidente fueron más pobres como espectáculo, si bien también fueron grandiosos. Hubo despliegue de tropas, desfile de mutilados, presencia de personajes; hubo crespones en todos los faroles, desde el Elíseo a Notre-Dame, desde Notre-Dame al Panteón. Pero las músicas funerarias casi no se dejaron sentir. En los funerales de Foch, en cambio, Beethoven y Chopin prestaron las alas de su inspiración para remontar al Mariscal hasta la gloria. A M. Doumer se le llevó en silencio. El brillo de la ceremonia se perjudicó; pero la hondura del homenaje fué más sensible...—EUGENIO LABARCA.

## REBECA MATTE Y NICANOR PLAZA (1)

 AL Congreso se presentó hace poco tiempo una moción para erigir una estatua a Rebeca Matte de Iñiguez.

Nada más justo que fijar en el bronce, a fin de que perdure, el rostro fino, nervioso, de facciones enjutas, de la gran dama que pareció vivir en una atmósfera más tenue que los demás

(1) Conferencia dictada en el Club de Señoras de Santiago

mortales y que, con mano delicada y por la sola vigorosidad del espíritu que animaba su cuerpo frágil, supo dar al bloque de piedra, blandura, plasticidad, forma, para expresar con poética exaltación, vigor hombruno o elevación mística, las visiones que aprisionara sus idealidades, sus ensueños que convirtió en obras de arte, sus congojas que modeló en miembros descoyuntados y flácidos.

Mas, al hacer esta obra de justicia he pensado que debemos hacerla completa, reparando al mismo tiempo un injusto olvido.

En nuestro cielo artístico, de limitado horizonte, caben bien sin hacer sombra dos astros de primera magnitud.

Si Rebeca Matte se distinguió en este arte cuya lengua es el cuerpo humano, hay asimismo otro escultor que, a pesar de sus hermosas obras, ha sido preterido y sus restos yacen en el extranjero.

Hablo del autor de Caupolicán y La Quimera.

Nicanor Plaza luchó toda su existencia; adolescente, con la pobreza, soñaba glorias y se alimentaba con mendrugos; joven, con la envidia y la incomprensión; viejo, con sus desengaños y sus dolencias; en todo tiempo, con la materia que al fin venció al arrancarle la sonrisa, la mueca dolorosa, el gesto imperioso o suplicante, renovando así cada día el milagro de una nueva creación.

Se libertó de las cadenas corporales con los chispazos de su genio, con la potencia de su vida plena de instinto, pensamiento y voluntad.

Los quincuagenarios instintivamente se alejan de los conflictos sentimentales, apartan de sí la idea de ambición y poderío y se refugian en la tranquilidad de una vida egoísta, uniforme y pedestre. Plaza, aun pasados los cincuenta, conservó la sonrisa desdeñosa, la mirada ingenua y firme, la imaginación despierta, la inspiración vivaz y continuó en sus piraterías amorosas de célibe y en su brega artística, como en sus mejores años juveniles.

El mérito de Plaza consistió en haber intentado comunicar a la piedra su febril agitación interna para animarla y darle así el estremecimiento de la vida; su vigorosa fuerza de expresión persiguió siempre este fin. No se dejó arrastrar por un espíritu de mediocre imitación, de artificio metodizado, ni por la tendencia afeminada de algunas escuelas contemporáneas.

Su arte es masculino, sano y fuerte; sin repetirse ni amane-rarse, sus obras son el fruto de un pensamiento original; sólo su temperamento guió su mano pronta y experta y su ojo audaz, que poseía el doble sentido de la vista y el tacto.

Todo ello hace que se vislumbre en sus mármoles la sorprendente inquietud de lo que vive, que se note movimiento en los cuerpos que cinceló y que se sienta vibrar el aire en sus contornos.

Caupolicán, obra autóctona en donde el ojo más severo no puede descubrir una línea que sea menos precisa, menos clara que las demás, simboliza el genio viril de la raza; es su mejor canto épico; sin alcanzar la amplitud y alto vuelo del poema *La Araucana*, expresa una síntesis más comprensiva de la pujanza y heroísmo indígena y es por esto más popular.

La altivez agresiva de *Caupolicán* seguramente fué transmutada del sentir del artista, como acumulación de todas las humillaciones y miserias que por siglos soportó su ascendencia proletaria.

La expresión de pujanza de esta estatua es lee en sus enérgicas facciones, en su atrevido gesto y hasta en las menores líneas de su cuerpo; todo él se ha hecho músculo y la sangre de sus venas, osadía.

Junto a *Caupolicán*, parece sentirse el perfume de la selva virgen y su contemplación incita a recordar los gestos de la raza.

*La Quimera* rememora la actitud hierática de viejos cultos ya olvidados y respira aliento de paganía.

El enigma que encierra no tiene una significación única; las interpretaciones flotan como sombras sobre ella; cada admirador cree encontrarle un sentido nuevo.

El ático pensamiento del artista está representado por una fiera mitológica que conduce muelle y amorosamente una joven núbil, cuya alma poseída por una extraña divinidad, parece entrever más allá de lo visible una perlada y misteriosa noche lunar, plácidamente abierta a su ensueño.

Subrayan el enigma, guirnaldas de rosas con agudas espinas que han rodado a sus pies. Las leves máculas de este grupo no alcanzan a empañar la justeza y exactitud del desnudo; esto, unido al perfecto equilibrio de sus movimientos, le dan la dilatada serenidad en que se bañan las obras clásicas y hacen que, no obstante las morbideces del cuerpo, la gracia venusta del torso y la blanda molicie de su actitud, sea ella una estatua púdica, exenta de toda bajeza sexual.

El arte de Rebeta Matte era más humano que el de Plaza. Sus perennes melodías interiores, arpa eolia que vibraba al soplo de todos los vientos de la vida, las expresó en el lenguaje marmoroso en el cual exprimía lo intraducible: el valor, el pesar, el éxtasis, Sobre la percepción exacta de la visión real puso, además, el velo de su propia melancólica tonalidad. Esta es la

razón de que en su estatuaria aparezca casi siempre la carne flagelada por el dolor o la muerte y de que los músculos fungosos, los hombros caídos, las actitudes desfallecientes, las faces dirigidas a la tierra dominen en Militza, en *Un vaincu* en la elegía filial Dolor, en *Unidos en la gloria y en la muerte* y aún en el canto épico *A los héroes de la Concepción*, pues las figuras enhiestas surgen de entre los cuerpos desplomados.

Hasta en esa exquisita flor primaveral *Enchantment*, que no representa la melancolía del ensueño realizado, sino el éxtasis del ensueño por realizar, hay el mismo mórbido deliquio.

La joven ama antes de conocer al amador. ¿De dónde viene la voz cálida y seductiva que emerge del fondo de la fuente a cuyo borde se asoma? De su mismo corazón agitado. La voz de la fuente es el eco de su propia alma que inquiere; por eso, se ha llamado también a esta estatua «El Eco».

Las imitaciones de *Enchantment* se han multiplicado como adorno de las fuentes artificiales en las plazas públicas y en los parques aristocráticos. Al verla reflejada en el agua, le encuentro no sé qué analogía con el diálogo mudo del sauce de Babilonia y la laguna rústica, símbolo verdadero de la pasión estática.

Mientras los demás árboles se yerguen buscando la gloria del sol, el sauce se encorva con laxitud; se inclina en constante adoración hacia la laguna; su actitud es la del esfuerzo que hace para besarla, en tanto que por su tronco corre la savia rejuvenecedora.

La laguna está en perpetuo embeleso; su gran pupila abierta y serena revela un amor profundo y absorbente. Mientras las fuentes, los charcos retratan el cielo, el vuelo fugaz de las aves, la velocidad de las nubes, ella sólo tiene miradas para el sauce amartelado. Coquetamente se riza, tiene chapoteos y estremecimientos de pasión, y, como toda amante tiene algo de madre, oculta en el fondo de su seno la tristeza de sus hojas muertas.

Ese éxtasis amoroso lo imita *Enchantment* con mayor idealidad. Como el sauce, el cuerpo de la ninfa se inclina, se dobla al borde de la fuente que besa sus pies, para ver y oír al amante desconocido y sobre ella crecen sus cabellos, sus núbiles senos y sus estáticas miradas.

El talento tan vario, la ilustración tan vasta de Rebeca Matte le impelía a buscar asuntos muy diversos para sus obras, en los cuales hizo gala de numen y de técnica. Tal es el episodio histórico del viejo Horario, al pronunciar la frase célebre *Qu'il mourut*.

Arcilla modelada para fundirla en bronce, más que para vaciarla en yeso o esculpirla en mármol como lo fué, tiene grandiosidad, audacia, más no es bella; sobrecoge, no deleita.

Constituye una excepción en la estatuaria de Rebeca Matte; es ajena a su temperamento de otoñal delicadeza, así como los nocturnos, melodías sentimentales y lastimeras fueron las voces genuinas del temperamento enfermizo y desilusionado de Chopin y extrañas a él, las orquestaciones de majestuosas sinfonías.

En la necrópolis de esta ciudad, sobre un montículo de verde césped, se encuentra la obra más bella de Rebeca Matte, el túmulo filial *Dolor*.

Una mujer plañidera se apoya adosada al muro de mármol que separa el mundo colorido y bullicioso de los vivos del mundo de las sombras que no hacen ruido. Ese muro glacial, enigmático, hostil es más trágico que el *Lasciate ogni speranza* del infierno dantesco.

Es tan real la desesperanza expresada por la actitud, la fisonomía, los brazos desmazelados y los velos caídos de esa mujer doliente que, al contemplarla, me invadió una nebulosa y suave melancolía que sólo desvanecieron la agitación y vocerío de la ciudad al alejarme de ese recinto de tristeza y olvido.

El trofeo «A los Héroes de la Concepción» es el epinicio en bronce de esa hazaña que junto a la de Iquique y de Sangra forman el triheroísmo no superado de la guerra del Pacífico.

Un grupo de muchachos sucumbieron en un aldeorrio de la sierra peruana. Sacrificio sin esperanza de triunfar. En esa lucha desproporcionada por el número, no hubo heridos, ni prisioneros; murieron todos. Epica acción, vértigo generoso de un puñado de héroes que, con el pensamiento fijo en la patria distante y en los deudos amados, cayeron al pie de la bandera desteñida y destrozada por los soles, las lluvias y los combates.

Todo eso lo expresa con relevante intensidad el grupo apretujado de combatientes que, por sobre los cuerpos desplomados de sus compañeros, erguidos, desafiantes, en un último y supremo esfuerzo, alzan la bandera por encima de sus cabezas, de las altas montañas que los rodean y de las generaciones venideras que aclamarán perpetuamente su coraje.

Hay otra obra que no conocemos los que no hemos salido del terruño. Ella adorna el Palacio de la Paz de la Haya e interpreta la idea la guerra fratricida, cruenta, trágica y por contraste, exalta el espíritu nuevo, anunciador de una era de justicia y de paz en la cual deben desaparecer el egoísmo, el aislamiento y la

animosidad del mito nacionalista que conduce invariablemente a la lucha económica o a la guerra sangrienta.

En un lejano devenir, no quedará memoria de los aplausos que hoy se prodigan a los atletas que triunfan, ni del incienso que envuelve a los hombres públicos que surgen, ni de la adulación que infatúa a los favoritos de la fortuna y el poder; mas en el Museo Nacional de Bellas Artes, las obras de Rebeca Matte y de Plaza perdurarán por siglos; como dijo Shakespeare, «vivirán mientras haya ojos que vean y hombres que respiren». Las generaciones venideras irán a admirarlas; contemplación que les permitirá saborear el más puro, sano y estimulante de los placeres, único que no deja remordimientos, el placer estético.

Por esto creo que, cuando el fardo de nuestras deudas se haya aligerado y las estrecheces del erario lo permitan, el Congreso no podrá oponerse al gasto de una pequeña suma para reparar los restos de Plaza.

En el año 1929, se votaron en el Congreso fondos para traer los restos de un jugador de balompié que murió casualmente en España. Para justificar este gasto, no hubo otra razón que la piedad que siempre inspira la muerte de un mozo lleno de juventud y vigor.

El Congreso que aprobó este gasto y este homenaje en favor de un deportista que no había comprometido la gratitud nacional, ni realizado obra extraordinaria alguna, no puede negarse a hacer lo mismo con una de las glorias de Chile.

Es conocido el culto que los países europeos de vieja y refinada civilización rinden a la memoria de sus artistas célebres. Aun los Estados Unidos, nación juzgada como mercantil y prosaica, que, según sus adversarios, paga bien el arte, pero no lo produce, cuando murió su gran músico Gottschak en Brasil, envió su mejor nave de guerra a buscar sus restos.

La ecuanimidad nos obliga a rendir homenaje en una misma iniciativa a estos dos grandes escultores: Rebeca Matte y Niccanor Plaza.

Nacidos bajo el mismo cielo, pero en mundos diversos, como hasta sus nombres propios lo indican, armados del cincel, por la misma ruta ascendieron a la cima, en estética peregrinación, llegaron a la ciudad santa del arte, Florencia la bella, y ahí, la una en su mansión señorial la Torre Rossa de la época del Renacimiento, en las alturas de Fiésole, el otro en una sórdida buhardilla de la ciudad, lacerados por muy diversos pesares, sus pupilas se apagaron.

Rebeca Matte lo tuvo todo: el talento artístico, la gracia, la



fortuna, el medio escogido, la noble alcurnia, los abolengos ilustres; era la flor selecta de una culta y refinada familia, lo que le dió quizá la melancolía de las generaciones cansadas por el esfuerzo intelectual de sus progenitores. Hizo arte excelso y puro; fué bondadosa y caritativa: lo tuvo todo, menos la felicidad. Una niñez ayuna de maternas ternuras y la ausencia en sus últimos años de caricias filiales, fueron sus penas trágicas; ¡dura compensación de los dones con que la colmó la naturaleza!

Con plumas de ensueño, había formado el más tibio y delicado de los nidos. Un viento aciago lo aventó. Su corazón maternal lacerado la impulsó a adoptar por hijas a niñas sin madre y así formó, con polluelas ajenas, el refugio «Los Nidos».

Plaza, hijo del pueblo, fué la revelación artística de nuestra raza mestiza, su robusto brote; tuvo una adolescencia pobre, buscadora e inquieta; desconocido, trabajó mucho tiempo sólo por el pan y aun después de ungido por la fama, pasó horas de espera, de dudas y de abandono.

No obstante sus heroísmos, en su lucha, cuerpo a cuerpo, con el destino, como en las tragedias griegas, el hado venció.

Sitibundo de perfeccionamiento, partió al extranjero y allá solo, enfermo, inválido, septuagenario, murió lejos de la patria.

Si la gloria y el dolor hermanaron a estos artistas, que han dejado obras admirables, unámoslos asimismo en un común homenaje sin detenernos a trazar las fronteras que los separan.

Una sociedad, un parlamento, un pueblo que honró a sus héroes, a sus sabios, a sus artistas geniales, se magnifica; debemos por esto analtecer la memoria de Rebeca Matte, elevándole su estatua y de Nicanor Plaza, repatriando piadosamente sus restos.—ALBERTO CABERO.

## ARMANDO ULLOA

(A propósito de su libro *Poemas de la Tierra*)

**H**ACE más de dos años, ya, desde que recibí la última carta que Armando Ulloa me enviara...

Recuerdo con todos sus detalles esa tarde invernal en que las últimas luces crepusculares caían sobre el pequeño pueblecito de pescadores. La lluvia venía a golpear con sordos aletazos en los cristales del Casino de Aviadores. En la playa, sobre las arenas negras, el viento corría como un loco agitando su pandero destemplado.

Todo cuanto se veía en torno nuestro era como una gran pista infinita y desolada, sobre la cual la sombra extendiera la membrana opaca de sus alas.

Eran esas las últimas palabras que el amigo me enviaba. Contenían sus esperanzas ya casi deshechas, su rosario de angustias, su madero de resignación. Una que otra interrogación se alzaba desde la blanca página y ascendía como un brazo amputado frente al cielo alto y profundo...

Pero toda la carta tenía ya el color de las cosas de luto, sonaba a la sordina cual una sonata de derrota y vencimiento...

Me decía en ella que su mano había sido ya incapaz de tomar la pluma...

Lentamente, a media voz, en la penumbra de su último refugio fué dictando esas frases, que una persona de su familia recogió para enviármelas luego después.

Aquella noche había música de orquesta en nuestro Casino. Risas sonoras de camaradería, burbujeantes brindis de entusiasmo celebraban la llegada de un puñado de pilotos después de un largo raid. Los valientes muchachos se olvidaban un poco de su trágico destino y reían con la sana risa blanca de los 25 años... Dos de ellos yacen hoy bajo una cruz.

Tuve esa carta entre mis manos largo rato. Cada renglón suyo me dolía como una herida. Cada palabra era como una proyección en el pasado. Y la evocación me arrastraba hacia la casa campesina en donde el amigo luchaba contra un destino implacable y feroz.

Cuando el último brindis apagó su pirotecnia de colores y la última canción del coro varonil se escapó por la ventana para perderse en la noche, me fuí a mi cuarto y escribí. El amanecer comenzaba a refrescar los ojos soñolientos y un largo escalofrío lechoso estremecía los cristales.

Dí respuesta a todas las preguntas que su carta formulaba. Hablé con voz de esperanza y optimismo. Y luego, rápido, presuroso, como si temiera perder los minutos, bajo la lluvia, trizando el celuloide de las charcas con mis pasos, llevé mi respuesta hasta el buzón poblano.

Respuesta que no llegó a su destino...

Esa misma noche Armando Ulloa moría en su rincón eglógico y sencillo, allá junto al Maule, arrullado su último sueño por el menorrítmico cantar del río apacible y aspirando el aliento perfumado de los boldos y los eucaliptus del camino...

Entregaba su cuerpo a la dulce tierra de nuestros años iniciales, como la última ofrenda del amante ingrato o del hijo pródigo y viajero. Recordaría allí, sin duda, al caminar por su

propio recuerdo, las danzas colegialas de los volantines en el cielo azul. las cabalgatas de muchachos sobre los potreros y colinas de esmeralda, y las bogas de guitarras en el río bajo el abrazo de terciopelo de las noches consteladas...

Terminaba así la vida de un artista y de un *Hombre*, y para mí, la de uno de mis mejores amigos...

¿Qué fecha de la historia de mi vida no va enlazada al recuerdo de ese muchacho bueno y leal que fué Armando Ulloa...?

Compañeros de la infancia, camaradas de estudios después, bajo el mismo techo vivimos en la capital nuestra juventud, «alegre y confiada» como en la farsa benaventina.

Por encima de sus poemas, mucho más alto en la escala de valores espirituales, a mi juicio, la mejor obra de Armando tuvo en su vida, la constituyó su vida misma, inmaculada de fariseísmo, libre de prosa y de rutina, ajena al odio, a la envidia y al rencor.

Para mí, él representaba la quietud, la serenidad, la medida, la armonía. Yo ante sus ojos encarnaba el dinamismo violento, el ímpetu, lo multiforme, la avalancha.

Mientras yo agitaba una incesante palanca de acción, él me enseñaba a no engañarme con mirajes, y escéptico prematuro, predicaba la inutilidad de los vanos entusiasmos, y se refugiaba en su torre de marfil, en donde siempre había la amenidad de un libro, o el encanto de unos labios de mujer.

Pero tenía fe en sí mismo, en su talento, en su corazón... La Vida lo llamaba y él acudía galante a su demanda.

Y siempre tuvo esperanza...! Hasta en los días tristes, en aquellas tardes de otoño cuando yo llegaba a San Bernardo a visitarlo en su pieza solitaria de enfermo. Afuera el viento agitaba su hojarasca de manos amarillas y en sus sienes la fiebre encendía dos llamas alucinantes...

Se acercaba al marco de la ventana donde la luz venía a dormirse sobre un lecho de lilas y de ceras, y sus ojos se perdían en la alta cordillera vestida de armiños. Confiaba en la vida. Hacía proyectos para después. Me preguntaba por todo lo que antes fué nuestro ambiente. Se empeñaba en no quedarse al margen de nosotros, por no sentirse olvidado y perdido.

Y eso lo consiguió. Todos le recordamos. Hay más de un iris de mujer que se abriga de lágrimas al nombrarlo, y la voz de sus amigos todavía se hace temblorosa al decir un verso suyo.

Y esos «Poemas de la Tierra» que manos fraternales han sacado del silencio serán la mejor laudatoria del Poeta y del Hombre.—JUAN MARÍN.

## EL PROBLEMA DE LA AUTONOMIA ESPIRITUAL DE LA AMERICA LATINA (1)

**E**N nuestro continente por mucho tiempo todavía la naturaleza será personaje de primera importancia. Quien persiga el progreso sin comprenderla hará la persecución de los hebreos a través del Mar Rojo: ella misma se convertirá en fauces y tumba para el sociólogo y el político aventurados.

En la trayectoria de nuestros avances progresistas es la *n* variable de toda fórmula evolutiva, pero siempre presente. Es el obstáculo y a la vez el impulso, es la obra muerta y a la vez la fuente de toda energía. Llanuras, cordilleras, desiertos, climas, océanos, distancias, todo en grande y en salvaje rudeza, es al mismo tiempo seno de inacabables tesoros y valla tenaz ante la marcha penetradora del hombre. En la naturaleza americana está así petrificada la historia de la humanidad venidera; habrá que despertarla a la vida con rugidos de león.

Se comprende por eso que en nuestra América el progreso tenga todavía un profundo sentido geográfico y que la descripción de las relaciones del hombre con la naturaleza tenga que hacerse aún en términos de epopeya. Campo de pioneros y sistema de colonización: esta es todavía la perspectiva futura de muchas de nuestras naciones. Toda fórmula política de gobierno fuera de esta interpretación aparecerá postiza y extraña.

Tal realidad será para las características de nuestra cultura verdaderamente americana un pie forzado, pero magnífico, grandioso, inmejorable. Aceptémosle en el tramo actual de la historia del mundo como una bendición y con la aplomante seguridad de que ese punto de partida jamás podrá ser falseado y de que será siempre el más firme resorte para alcanzar del porvenir lo que de él anhelamos. Quien entre nosotros no sea optimista levantando sus esperanzas sobre el sésamo virgen de la naturaleza americana ha de ser un elemento exótico, una lamentable destilación de las tragedias psicológicas y sociales de los mundos viejos. No nos castigemos tanto con la memorable acusación de Humboldt; yo doy a elegir entre ser el mendigo sobre un banco de oro o ser el millonario sobre la piedra del sepulcro.

Francisco de Asís es dentro del cristianismo un revolucionario hacia la izquierda; Loyola es dentro de la Iglesia un revolucionario

---

(1) Conferencia dada en la Universidad de Chile el 12 de Mayo último.

rio hacia la derecha. El panteísmo de Francisco impregnado de realidad humana puede darnos la imagen de un panteísmo nuestro impregnado de realismo político y social y dirigido hacia ideales de que los hombres de otra época disfrutarán. Por el contrario, Loyola frente al cristianismo equivale a la civilización artificiosa y formulista que esparce por el mundo nuestra época de militarización industrial.

Pues con el sentido de una honda misión religiosa aproximémonos a nuestras fuerzas naturales para edificar una última humanidad.

Al americano antiguo, sin mecánica y sin química,—sin técnica—la naturaleza le imponía sus moldes y él los llenaba con su vida y sus instituciones y su conducta política. Existió un ciego «*einfühlung*», y en los casos de mayor espiritualidad el hombre trascendentalizó la fauna, la flora y la tierra agreste en formas religiosas y míticas, ya dentro de la fe, ya dentro de la política. En el Perú el régimen comunitario de los «*ayllus*», el sistema de los «*mitimaes*» y los «*chasquis*» son la consecuencia de un estado social que no ha logrado todavía ningún éxito definitivo sobre la naturaleza.

Sobre tal escena y en tales circunstancias bien puede agotar un pueblo todas las formas de la civilización, es decir, bien puede haber redondeado su vida hasta matar toda posibilidad de futuro, de evolución, de trayectoria; un estado social idealmente sedentario, lleno de eternidad. Los aztecas, mayas y quechuas estaban, pues, en el final de un proceso evolutivo de siglos, y en este sentido eran más civilizados que los americanos de hoy, que viven más para el porvenir que para el pasado y forman pueblos en crecimiento.

Entonces los americanos tuvieron una autonomía espiritual. Los progresos de su última etapa fueron creados por ellos y para ellos. No importa cuáles hayan sido los orígenes de sus diversas culturas; lo real es que ya habían cumplido todos los pasos de su programa de vida y que sólo les restaba medrar y conservar. Su autonomía era el resultado de su crecimiento biológico que había llegado a cuajarse en la civilización vigilante del grupo de hombres en que descansaba el gobierno teocrático.

---

Durante la colonia conviven dos mundos: el de los indígenas y el de los españoles apenas vinculados sociológicamente por el puente de los criollos y mestizos. No existe ningún diálogo entre las dos razas; por el contrario, en el alma indígena hay una silenciosa desconfianza y un odio contenido contra el usurpador.

La clase extranjera conquistadora se divorcia de la naturaleza. En la hora de la calma después de las guerras de penetración y de las luchas entre los conquistadores la sociedad española se entrega a las complacencias de la vida de las ciudades. El sistema de las encomiendas resuelve fácilmente el problema económico, quedando como única preocupación del español el inspeccionado de las tierras y pueblos de indios que se le habían señalado. Hay, pues, en la sociedad extranjera una evasión de la naturaleza. Por eso logra fielmente repetirse en la vida de las ciudades el tono, la ostentación y la psicología de la vida española peninsular. La sociedad española vivió transplantada durante tres siglos.

Sensualismo, ociosidad, escasez de preocupaciones. Entonces se comienza a dar importancia a los hechos frívolos, a los que la curiosidad y la fantasía transforman en temas de los que no puede prescindir el que quiere vivir al día. El «perricholismo» hace de esta manera intensa y elegante la pequeña vida de aldea.

Los tres siglos de coloniaje constituyen una especie de enorme vacío entre una civilización cuya muerte se había precipitado con la conquista y una cultura que debía comenzar con formidable empuje y personalidad. Una rebelión contra el poder gobernante de la metrópoli trajo una revolución en los sistemas políticos. Los ideales republicanos y democráticos de entonces eran el anticristo de toda civilización o toda catalepsia social. Es por esto que puede señalarse a Bolívar con su radicalismo republicano como el primer campeón de nuestros esfuerzos por una cultura autónoma. En aquella época y en el escenario de América ser republicano significaba decretar nuestra propia personalidad.

Un inteligente examen histórico de la organización de las repúblicas nos muestra que en las dos décadas posteriores al año 10 el sentimiento americanista es más auténtico que en lo que resta de todo el siglo. Tal sentimiento es juvenil, sin complicidad y sin riqueza, porque todavía no hay gran ilustración ni hay contenido histórico. América vuelve entonces nuevamente a ser sobre todo la naturaleza y sus efectos en la vida social. Ya el hombre estaba despierto a la vida de la cultura, pero todavía América seguía siendo un excelente campo para teorías como las de un Spencer o un Ratzel o un Buckle.

Después cuando las clases ilustradas y pudientes pueden con facilidad visitar la Europa y recorrerla como un placer entonces comienza la europeización verdadera, esto es, cuando el alma popular comienza a ver lo importante y perfecto y bello sólo en lo que tiene algo de los grandes países civilizados. Al principio se

imitaron las formas políticas y las instituciones fundamentales, pero después se copiaron todos los hechos frívolos de la vida social, que son precisamente los que más obstruyen todo camino hacia la edificación de la propia personalidad. La europeización de la América Latina es con frecuencia un plan político integral de los gobiernos. Lo fué notoriamente en la Argentina y en Chile. Entonces no se ve más problema social que el conflicto de Sarmiento entre civilización y barbarie, y había que matar la barbarie importando civilización.

Quien sabe no podemos exigir a los hombres de esos tiempos más conducta. Eramos tan pequeños que no podíamos pensar en organizarnos dentro de fórmulas y sistemas propios. Antes de aventurarnos en la historia enteramente solos necesitábamos conocer el manejo de todos los vehículos del progreso. No tengamos, pues, duras exigencias para los representantes de la mentalidad americana que van desde las campañas de Sarmiento hasta la literatura idealista de Rodó.

La reacción americanizante a que asistimos data apenas de quince años. En realidad es posterior a la gran guerra. Ahora es en el arte y las expresiones literarias donde se acentúa nuestra americanidad. Y en el terreno de la vida práctica estamos asistiendo a nuestro latinoamericanismo en economía. El Partido Aprista Peruano lleva por primera vez con toda franqueza, a la plataforma política nuestra liberación económica, nuestra rebelión contra el imperialismo capitalista de las grandes potencias financieras. La trascendencia de este paso tiene que ser gigantesca para la realidad de una modalidad cultural autónoma.

---

Pues si la naturaleza es con su influjo mágico el diapasón del alma colectiva en lo que esta tiene de subconsciente para aquel perenne diálogo, la naturaleza transformada en factor objetivo de la vida del hombre, no tiene más significado que como depositaria de toda clase de riquezas. Cuando no ha sido completamente dominada es el mayor error político y sociológico no concederle el primer lugar. Entonces la naturaleza se transforma en elemento intelectual de una moralidad activa, o, mejor, de una moral de la actividad. Entonces la naturaleza ya no vale con valor religioso o estético sino con valor económico.

Durante la república, intelectualizado vertiginosamente el mundo latinoamericano, la naturaleza no es más que una cifra más o menos fría en el cálculo del progreso de cada país. América asiste hoy a esta evolucionada forma de las relaciones entre el hombre y su escena física.

Por esta razón el sentimiento de americanidad peligra en lo que él debe tener de reservorio de energías para el grande y grave papel que ha de correspondernos muy pronto en la historia. De una valorización sólo económica de nuestra naturaleza puede pasarse a una valorización puramente comercial y entonces no podría estar garantizada aún la integridad física del continente. Hay que dar, pues, a esta concepción del factor naturaleza, algunas raíces psíquicas más profundas que la apreciación intelectual. La imagen de la mina, del fundo, de la caída de agua, de la tierra colonizable, debemos enmarcarla en la idea intuitiva de la gran patria. En esa idea están todos los contenidos psíquicos y sociológicos que deben desarrollarse en nuestra aspiración americanista, cuyos caminos, por eso, no pueden ser otros que los del arte, de la literatura, de la modalidad política y de la exaltación racial, es decir, de la incorporación de las razas americanas auténticas en las responsabilidades del comando de nuestros pueblos. Ellas que están más en contacto con la naturaleza y que la sienten con mayor fuerza en el eje mismo de sus almas son la garantía mayor de nuestra autonomía espiritual y política. Pero habrá que hacer para ellas la democracia, la ciudadanía y todos los derechos que propugna la justicia social para que se encuentren en condiciones de elevar sobre sus hombros y su corazón la cultura que se extenderá a lo largo de los Andes y las pampas.

Hace ya algunos años que he pronunciado en el Perú estas palabras: Nacionalismo de izquierda. En ellas se expresa la mayor síntesis de un programa que nos conduzca hacia aquella bella y venturosa realidad. Y la doctrina política que mejor responde a ese fin es actualmente la del aprismo peruano.

Nuestra vuelta a las cosas americanas será acaso la del hijo pródigo, que, comprendiendo las grandes perspectivas de la historia, retorna con un poco de desengaño para lanzar en la escena la tierra americana perfectamente revestida de sus insignias y no ya como la dulce Leuconoe que describió la fantasía de Séneca.

---

El hombre ecuménico se enfrenta al hombre geográfico. El hombre ecuménico ha llegado; el hombre geográfico está en crecimiento. Perdida toda capacidad de mesianismo en la vida, se llena el hombre ecuménico de multitud de credos practicistas. En cambio, el hombre que puede ser señalado como una fuerte provincia en el mapa de la humanidad puede tener todo el resto del mundo como campo de sus proyecciones dominantes. Este



tipo humano, en quien siempre recomienza la historia, edifica con grandiosa ingenuidad toda expresión básica y pura del espíritu: un arte, un pensamiento, una forma de política, un estilo social, quizás una religión nuevamente elemental.

El hombre ecuménico de Keyserling no es más que un deportista, a veces con un leve tic-tac romántico en el alma. Keyserling les niega la patria y los suelta por el mundo. En cambio, el hombre geográfico que encontró sus profetas en Ratzel y Taine vuelve a ser una vez más el espíritu de la tierra, y resucita nuevamente la imagen de Anteo, dando a la humanidad la enésima infancia. Porque para renacer y para morir el hombre busca el misterio de la tierra.

Dejemos, por lo tanto, que crezca del fondo de la naturaleza misma, nuestro espíritu auténtico. Seamos en nuestra América por una, por dos, por tres generaciones más el hombre realmente geográfico. Así organizaremos sociedades, Estados y espíritus que puedan ser llamados originales y que por esto mismo tengan el valor de una salvación frente al caos de lo que llamamos civilización occidental. Los pueblos que ya *han llegado* y que por consiguiente, ya no tienen nueva noche que iluminar, se entretienen en resolver la incidencia del día con tratados de paz, conferencias internacionales y toda clase de mentalidad prohibitiva en lugar de impulsativa.

No siempre las izquierdas del mundo señalan una fuerza renascente. Tienen este valor sólo las que interpretan la liberación de una raza o la autonomía de un sector geográfico definido, paralelamente al cual marcha una frontera sociológica, como el caso de la América Latina. Así el izquierdismo de los pueblos sojuzgados del Asia y el nacionalista de las repúblicas latinoamericanas, son los movimientos de mayor contenido para un renacimiento de la humanidad. Pues el hombre realizó siempre sus grandes hechos no en forma de clases sociales, de grupos ideológicos determinados, sino en forma de pueblos en los que fueron terriblemente fuertes o la raza física o la raza psicológica.

Los términos de Spengler cultura y civilización servirán de método magnífico para interpretar el papel de la América nuestra, para entrever lo más posible su realidad.

Estamos todavía sin historia propia y sin panorama de siglos ciclópeos. Por virtud de las pequeñas islas de progreso dispersas distanciadamente en nuestro territorio nos apresuramos a sentirnos civilizados, sin considerar que civilización no es tanto una cierta expresión de progreso como, más bien, la ausencia de todo sentido trágico de la existencia, sino más bien el desprendimiento del hombre de las cosas eternas y naturales para en-

tregarse a vivir una permanente actualidad, lanzando sobre la flor del mito la lógica del prejuicio.

Nos falta orgullo personal íntimamente sentido; nos falta confianza en nuestros propios hechos. Nuestra psicología individual, por obra de una educación extranjerizante, carece de elementos para enriquecer una psicología colectiva.

Esa falta de fuerza para una autoafirmación, para una fe voluntariosa en el llamado histórico de los años que vendrán, se reemplaza con el afán desorbitado de calzarnos en el espíritu las últimas palabras y formas de la civilización europea. En esta precipitada carrera para ponernos a tono con las sucesivas esquisiteces del progreso cultural transatlántico, no hemos reparado en que ninguna huella de nuestro paso queda en el largo camino, en que la realidad que debiéramos marcar y domeñar con nuestro pie, aparece virgen a nuestras espaldas. Hemos realizado un iluso vuelo de ángeles para sumarnos al coro cosmopolita de la Europa, mientras que la América nuestra esperaba al esforzado héroe civil de su cultura, de labor propiamente creadora. Nuestra historia espiritual republicana es el leve y caótico polvo que las alas del ángel levantaron a su paso.

Queremos tocar ya la cinta final de la gran prueba de velocidad cuando nuestra realidad sociológica es una abrumadora Babel, en la cual no se puede ser ultracivilizado más que por ficción o por excepción. Nuestra América ofrece así el cuadro sorprendente de pueblos donde deben llamarse compatriotas y hasta conciudadanos desde el salvaje semi-antropófago hasta el fino y estilizado señorón de nuestras capitales. Gracias a tal prueba de una falsa y desesperada velocidad, hemos creado para la Europa sonriente el tipo del «rastacuero».

Pues ha faltado en el proceso de nuestro avance cultural y social la etapa bárbara. Nuestro crecimiento ha violentado las leyes de la naturaleza; para la América oficialmente civilizada de ahora no ha habido adolescencia ni juventud. El espectáculo psicológico e histórico que presentan sus minorías capitólicas es el de una senilidad prematura y forzada. Nos ha faltado vivir y realizar el momento más épico y grandioso de un desenvolvimiento histórico; el período bárbaro. El es precisamente la estación más fecunda y enérgica en el itinerario de un pueblo o de un conjunto unánime de naciones.

En el estado bárbaro el hombre es espíritu; en el estado de civilización el hombre es alma. El alma es el goce sibarítico de los grandes depósitos culturales de un largo pasado; el espíritu es el momento del acopio y forja tenaz de todos los tesoros intrínsecos que una sociedad ofrece de sí en su desenvolvimiento

histórico-biológico. Mientras que la civilización es una artificiosa finanza telefónica desde el fondo de un gabinete, el estado bárbaro es el del hombre en su diálogo creador con la tierra y con los elementos: su economía es una suma cósmica.

En la etapa bárbara pone en libre actividad todas sus fuerzas elementales y puras y deja que más que la razón standardizada la voluntad les imponga una trayectoria. Sólo en ese momento la acción del hombre es realmente creadora. Nada ha sucedido todavía que falsifique y recubra su fuerte y honda psiquis, su potente laboratorio interior. Nada ha sucedido todavía que le distraiga de su labor de siembra de riquezas psicológicas. En el período bárbaro del crecimiento colectivo el individuo sí que es naturaleza, porque participa del metabolismo psíquico de la colectividad propiciado por las influencias de la tierra. Es el período en que un pueblo se siente solo en el mundo y entonces acepta instintivamente echarse encima la responsabilidad de realizar su propio destino. Cuando su misión así creadora se ha cumplido, entonces, después de los siglos, ante las frías miradas del historiador o del filósofo, aparece flotando sobre la superficie de la humanidad una civilización original. Tal ha sido la trayectoria de todas las civilizaciones originales, que en seguida son fuente pasiva de imitación y absorción para producir al hombre uniforme.

Las grandes creaciones primarias de la vida, que surgen con caracteres de eternidad (arte, religión, derecho moral, concepto del Estado), se elaboran en el sentimiento de los individuos cuando todavía no han asomado a la hora narcisista de una civilización quintaesenciada. El alma civilizada en el momento más interno que pueda tener no cumple más que el papel del avaro que se ilumina de fiesta ante las riquezas que no contribuyó a crear. El avaro no es ni minero, ni forjador, ni artífice, ni sembrador: es simplemente comerciante, es simplemente coleccionista.

Nunca se verá en la historia una familia de pueblos que reúna como los pueblos de América tantas condiciones para organizar su propio espíritu y sus propios valores culturales. Ya no aparecerán nuevos continentes ni nuevas razas ni nuevas sociedades típicas tras las distancias. Después de la palabra de América todo lo que podemos llamar espíritu nuevo no será más que una sucesión de renacimientos. Por lo menos dentro del panorama futuro que pueden abarcar nuestros ojos de hoy.

En nuestro escenario de Méjico a Magallanes las izquierdas representan el espíritu; ellas son la naturaleza fecunda para el período bárbaro que necesita nuestro grupo de naciones si aspira

a timonear y a nutrir la humanidad futura. Pero no serán precisamente las izquierdas imitativas de tinte ruso sino las izquierdas que reciben su impulso de realidades y sentimientos americanistas de sentido revolucionario, cuyo contenido tiende por fuerza que ser más rico porque va mucho más lejos que la sola transformación del Estado.

Yo hago un llamado a las juventudes meditativas de América a representar esta posición nueva para cumplir un grande y bello compromiso histórico.

---

Cierto es que en las razas aisladas que han brotado zoológicamente en una escena geográfica las grandes creaciones del espíritu popular necesitan un desfile de siglos para cuajarse. Hoy la búsqueda intencionada de esta naturalidad resultaría artificiosa, porque habría antes que negar y destruir un siglo de progreso en las comunicaciones y en los medios del tránsito. La locomotora, el automóvil, el avión, el barco, el alambre telefónico y el radio han destruído para siempre aquella posibilidad grandiosa del renacer de la humanidad como un brote animal dentro de la geografía. ¿Qué esperanza habría de que se repitiera para todos esos inventos la suerte de la pólvora y la brújula, varias veces descubiertas por el hombre?

Pero de todas maneras podemos negar a la América Latina como colonia intelectual de Europa. Para esto Europa misma sobre su red espesa de comunicaciones nos da el ejemplo de las expresiones geográficas. En Europa conviven las más diversas almas sin que sus fronteras psicológicas hayan peligrado jamás. Nuestros pueblos americanos pueden adoptar así toda la técnica conquistada por la civilización, sin enajenar jamás sus íntimas originalidades de espíritu.

Se trata de un formidable problema de cultura colectiva: ¿cómo edificar una personalidad original sin oponerse a la invasión de la técnica evolucionada de la Europa y los Estados Unidos? Miremos al pueblo japonés, que en esta fecha ha adoptado más que nosotros la técnica occidental sin haberse desjaponizado íntimamente. ¿Es que se trata de un pueblo sin vínculos raciales e históricos con los pueblos europeos? Cierto; pero es que mientras el japonés es conservador y afianza fácilmente en su antigüedad su expresión personal, el latinoamericano es un hombre para el porvenir y entonces tiene que ser consciente de su propio mañana y buscar su personalidad por medio de la rebelión contra todas las fuerzas coercitivas que provienen de sus elemen-

tos extranjeros (historia, religión, idioma, porcentaje racial). Tal rebelión tiene que ser de esa manera en la mente de unos cuantos directores una actitud premeditada que prenda en la colectividad en forma de profunda devoción psicológica. Contra la técnica que es extranjera opondremos así, con todo éxito, nuestro gran porcentaje racial que es americano y nuestra geografía con su influyente poder telúrico.

Seamos fuertes; pongámonos en la portada de una gran perspectiva histórica; decidámonos a triunfar en esta fórmula: adoptemos el progreso material de los pueblos viejos y rechazemos su alma.

Yo creo que está ya consumada la fórmula «eurindia»; que ya hay alma indo-europea. Pero solamente indo-europea, aunque Ricardo Rojas apunte que ya puede hablarse de cultura americana porque, según él, no tienen sentido para nosotros las palabras antisemitismo, imperialismo, militarismo, ni se ve el conflicto entre monarquía y república y democracia. También en la ausencia de la cuestión religiosa ve Rojas una característica propia de nuestros pueblos. Debo observar que si entre nosotros no tienen vida esos conflictos es porque nacimos sin ellos a la vida independiente organizada, porque cuando constituimos nuestras repúblicas estaban ya resueltos muchos de esos problemas, de manera que no podemos gloriarnos de haber evolutivamente llegado a la solución de ellos. En todo caso si por eso nos diferenciamos de las naciones europeas nuestra alegada cultura sería de una significación negativa; sería una cultura caracterizada por ausencia y no por presencia de contenidos. En cambio, está bien Rojas cuando concede importancia a la naturaleza al decir que nuestra cultura es enteca y materialista porque no tiene influencia del espíritu de la tierra como antes de la conquista. «Nuestras autonomías regionales—dice también Rojas manteniendo el mismo pensamiento—no han sido capricho de sus libertadores sino consecuencia de sus necesidades y tradiciones civiles localizadas en una ciudad»

Seamos, por lo tanto, más radicales. La fórmula «eurindia» es la que hoy vive la América latina. Pero ella, según podemos observarlo, carece de un grande porvenir histórico; la realidad euríndica puede tener la misma degeneración que el «panamericanismo».

Problema fuerte para la misión de pensadores, de artistas, de políticos y de sociólogos; y aun para los directores de industria. Todos tendrían que enlistarse en un sólo partido ideológico americanista; realizar su propia resurrección después de haber abatido al hombre europeo dentro de su propio sér. Estrangulado

el hombre europeo que les acompaña estaría hecho lo más difícil de la jornada: casi espontáneamente se edificaría después el hombre americano.

---

Una aparente paradoja puede señalar esa conversión hacia nuestra propia personalidad, paradoja que será una suprema síntesis de todos los esfuerzos encauzados en ese sentido: el realismo idealista.

Una suprema aspiración de los pueblos para muchos tal vez con todas las distantes vaguedades de la utopía, concretado en un programa de hechos inmediatos. El hombre latinoamericano en esta hora de inteligencia podría perfectamente armonizar sus direcciones intelectuales con sus impulsos cósmicos alimentados en la naturaleza, la raza y la historia.

Realismo en la política, realismo en el arte y la literatura, realismo en la educación, realismo en la voluntad. ¿Qué realismo? ¿Cómo ponerlo en plataformas de política, de estética y de acción social? No podrán nunca dibujarse los contornos de nuestra personalidad psicológica si no se dibujan, previamente, los contornos de nuestra personalidad material. Para hablar de un triunfo de la autonomía del espíritu hay que conquistar primero nuestra suficiencia biológica, hay que destruir todo colonialismo físico. Por el momento no podríamos incluir dentro de este propósito una xenofobia de la técnica y de la máquina en general. Así que el esfuerzo por edificar nuestra cultura, aceptando ciencia y técnica extranjeras, culminará en cierto momento histórico en que podamos proporcionarnos nuestros propios instrumentos materiales de progreso. He aquí declarado entonces sólo transitoriamente nuestro papel de imitadores del progreso técnico.

Por eso las posiciones de algunas ideologías latinoamericanas en favor de nuestra liberación económica marcan el comienzo de ese gigantesco plan. El realismo en la política no sería otra cosa que el propósito consciente de servir a aquella gran finalidad, procurando organizar y vitalizar las fuerzas vivas de cada uno de nuestros países: industrias extractivas y fabriles, agricultura, comercio, técnica de la administración, transportes y comunicaciones terrestres y marítimas. El primer efecto psicológico será el orgullo de la propia suficiencia, contenido valioso en la formación de toda cultura.

El eje de tal plan de idealismo realista estará indudablemente en la educación más que en las actividades estéticas porque la

educación puede ser más canalizada y dirigida hacia finalidades previstas. En primer lugar habría que descubrir el tipo de escuela, colegio y universidad que necesitan nuestros países y señalar la clase de estudios que formen el cuerpo principal de la enseñanza. No será difícil a los dirigentes de la instrucción pública encontrar este *leit-motiv* de la educación. El sentido del lugar deberá predominar sobre el sentido del tiempo. Ningún aspecto de la enseñanza deberá perder de vista que se está en América y que se educa a americanos responsables o corresponsables de la humanidad del porvenir. Negada la importancia del sentido del tiempo, cometeremos muchas injusticias históricas, como sucede con frecuencia en los estudios históricos y humanistas comparados, pero es una de las fórmulas más juiciosas para construir los propios valores. Es el fenómeno psicológico que se ha visto muchas veces cuando una civilización se ha enfrentado a otra. Sólo bajo el imperio de una humanidad unánime se puede ser indiferente a toda simpatía y selección finalistas.

En la literatura y el arte es posible dibujar ya un movimiento americanista sin ser notoriamente folklórico. El problema consiste en estetizar el elemento nativo sin adulterarlo; y en crear una nueva sensibilidad en el público. para que críticos como Alberto Gerchunoff no tengan que pronosticar la muerte del arte americanista antes de que nazca. Quiso Gerchunoff afirmar que el arte americano no tenía porvenir porque el público (el público medio debemos entender) no podría abandonar su sensibilidad europeizada, sin comprender que tal público nunca tuvo en sus manos la dirección del arte y que, por el contrario, es fácilmente conducible hacia nuevas orientaciones.

Lo más interesante dentro de la perspectiva estética es que ciencias como la arqueología, la sociología histórica, la filología y otras del conocimiento del pasado americano tendrán que colaborar directamente en las futuras creaciones estéticas hasta su punto en que ellas mismas tengan significados de belleza.

El realismo en la voluntad ha de tener su realización en el fenómeno de la crueldad histórica. No se puede crear una profunda presencia del yo en la vida de un pueblo sin una beligerancia, franca o hábil y sutil, contra otras entidades frente a las cuales uno quiere levantarse. La crueldad histórica es una reacción, un ataque, una ingratitud de las edades contra las edades o de las naciones contra las naciones. En la vida sociológica y espiritual la negación es principio de fuerza. Estas rebeliones no crean abismos materiales definitivos, sino que consisten más bien en actitudes psíquicas vigilantes. Roma, aceptando gran

parte de la cultura griega, significa una reacción contra el estilo de la vida helénica. Una escuela de arte surge contra otra, olvidando que, en sí, no es más que su culminación, y en la dialéctica social el comunismo de hoy se rebela contra el socialismo que en la segunda mitad del siglo pasado fué su maestro en el adiestramiento de las masas y en la siembra de la conciencia clasista.

Repetir para nuestras posibilidades de mañana una imagen de la rebelión filial de Bolívar, representativo del movimiento de independencia americana. La verdadera rebelión está en el radicalismo de Bolívar, mientras que en Rivadavia, San Martín y tantos otros hombres de la libertad, sólo existe la separación. Pudo conquistarse la independencia sin la rebelión de los hijos contra la madre, y que por sí misma (la rebelión) propiciaba un espíritu nuevo. Por eso la importancia de exaltar a Bolívar cuando se defiende la fundación de nuestra cultura.

---

Sólo grandes ambiciones salvarán a nuestros pueblos del círculo materialista de nuestra época. Al pueblo slavo en la vanguardia de las posibilidades, opongamos el pueblo indoamericano. Hay no sólo una fuerte vida sino una honda belleza en la suprema voluntad de hacernos los timoneros de la humanidad futura.—R A M I R O P É R E Z R E I N O S O.



## NOTAS Y DOCUMENTOS

### EL CONCEPTO DE UNIVERSIDAD, LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION Y LAS CLASES POPULARES.

CARTA DEL SEÑOR ENRIQUE MOLINA A LA FEDERACIÓN DE EMPLEADOS DE CHILE, SECCIÓN CONCEPCIÓN

*Julio 11 de 1932.*

**H**E recibido la carta de ustedes, de fecha 8 del mes en curso, relativa a las actividades de la Universidad de Concepción, en relación con los intereses de las clases obreras.

Como una muestra del buen espíritu que me anima,—del buen espíritu universitario,—habría querido contestar punto por punto esa carta; pero se encuentran algunos expresados en términos tan inaceptables y con apreciaciones tan antojadizas e inaceptables también, que no hay otra cosa digna que hacer que no tomarlos en cuenta. Por esta razón limitaré mi respuesta a algunos tópicos esenciales que bastan, por lo demás, para dejar claramente definida la actitud de nuestra universidad; pero aun al ocuparse de estos tópicos, ¡qué mal e imperfectamente informados y con qué conceptos tan incompletos sobre las funciones universitarias se manifiestan ustedes!

Tienen, sin embargo, ustedes razón, cuando dicen «la cultura de esta clase, el proletariado, especialmente la del obrero, es nula, porque nunca han contado con los medios suficientes para formarse cultura». Este es un hecho en su mayor parte desgraciadamente cierto, sobre el cual estoy de acuerdo con ustedes y lamento tanto como ustedes. Pero él es el signo de un estado social del cual no se puede hacer responsable a la Universidad de Concepción, como tampoco de que no se haya dedicado a ponerle reme-

dio. La verdadera cultura del proletariado sólo se puede alcanzar por medio de la obra de organismos de educación constantes cuya acción se empiece a ejercitar en el niño y llegue hasta el adulto, como ser la escuela primaria, la escuela nocturna y la escuela de perfeccionamiento. Fundar y mantener establecimientos de estas categorías no corresponde propiamente a la Universidad. No se equivoquen ustedes en su afán de criticar a la Universidad y dejen por esto de enfocar en sus verdaderos factores el problema de la cultura proletaria. Las bibliotecas populares y las conferencias para obreros que ustedes echan de menos, pueden hacer muchísimo bien, son sin duda convenientes y necesarias; pero para que sean aprovechadas en debida forma, deben existir ya obreros con un *mínimum* de cultura.

Permítanme considerar en este momento una frase de su carta que guarda relación con lo que venimos tratando. Dicen ustedes que «nunca ha bajado hasta el seno mismo del trabajador, a sus barriadas, a sus tristes y trágicas viviendas, la mano universitaria». Siempre he tenido el más vivo interés y simpatía por las clases trabajadoras. Estos sentimientos los he manifestado con hechos constantes de mi vida. He tratado no sólo con equidad sino con afecto a cuanto hombre de las clases bajas ha tenido que ver conmigo, ya sea como cooperador en las funciones que he desempeñado, ya sea que por cualquier motivo se ha encontrado en mi camino. Me he interesado por el bienestar y progreso de esos hombres y los he ayudado en cuanto de mí ha dependido. No he necesitado de la llegada de las doctrinas de la revolución rusa para aprender ciertas ideas, porque las he tenido incorporadas en mi personalidad con el calor de un hondo sentimiento desde mi juventud y con más amplitud que la que caracteriza al doctrinal soviético; y esas ideas son que lo esencial en la vida del hombre es el trabajo, que todo trabajo de cualquier naturaleza que sea, es digno de respeto, que por lo mismo lo es todo obrero, sin distinción de categorías y que los trabajadores honrados, ya sean manuales, intelectuales o de otra especie no somos sino los miembros de la confraternidad de los hombres de bien. Estoy seguro de que tal es también el sentir de los demás directores de la Universidad, del profesorado y del personal universitario en general.

Pero una universidad en cuanto corporación no es una institución de beneficencia. Es ante todo y sobre todo un instituto de alta cultura. Y la universidad que no ha llegado a este nivel debe aspirar primordialmente a alcanzarlo si quiere ser digna de su nombre. No es otro el concepto que informa las actividades de las principales universidades de Europa, de Estados Unidos

y de la Argentina que he tenido la suerte de conocer. El noble fermento de esta cultura no se puede mantener ni transmitir sin una larga preparación de los discípulos que van a recibirse o a asimilársela por medio de sus propios trabajos al lado de maestros que deben tener experiencia y sabiduría. Necesitan un laborioso adiestramiento previo los aprendices de médico, abogado, ingeniero, profesor, farmacéutico, dentista, industrial, agricultor y de cuanta carrera o actividad merezca el título de universitaria. Pero esto no es todo.

Ustedes dicen que nuestra Universidad es una fortaleza, un tabernáculo, y han querido darles a estos términos un sentido estrecho y peyorativo. Yo les acepto que sea un tabernáculo entendido como el sagrario de una forma superior de la vida común que a todos nos conviene conservar en su mayor vigor y fuerza; como una fortaleza, no erigida para atacar a nadie sino para resguardar la tranquilidad del estudio, la fecundidad de la ciencia, la serenidad de la vida espiritual y cerrada únicamente en contra del bullicio estéril de las calles y plazas y de cuanto pueda perturbar el más eficiente desarrollo de las labores del espíritu.

No es, pues, una fortaleza hermética. La Universidad debe estar atenta para satisfacer las necesidades de la sociedad en que actúa, en el orden intelectual, profesional, moral, industrial, económico, etc. Pero este trabajo debe efectuarlo primordialmente en altura y profundidad.

Más que con millares de conferencias populares, que no miro en menos, han servido a su patria y a la humanidad la Universidad de Berlín con haber hecho posible la existencia de un Hegel, de un Einstein y de un Koch, la de Frankfurt de un Scheler; la de Koesnisberg de un Kant; la de Harvard de un William James, la de París de un Berthelot, de un Pasteur, de un Bergson, de un Renan; la de Madrid de un Ramón y Cajal, de un Ortega y Gasset. Los escritos de estos sabios y filósofos han sido, y son, por lo general, accesibles a unos pocos, a los iniciados, como ustedes dicen. Pero en cambio la luz que derraman ha sido pura, verdadera y beneficiosa para todos los hombres. Los descubrimientos de la medicina, de la química y demás ciencias y sus aplicaciones prácticas van a servir a los hombres sin distinción de clases. ¿Sería acertado concebir la organización de una Escuela de Bellas Artes, de un Conservatorio de Música de suerte que miraran primeramente a los intereses del proletariado? De ninguna manera. Tal proceder entrañaría una falta de comprensión de las finalidades de esos institutos que no deben hacer otra cosa que cultivar las aptitudes de los que,—de cualquiera clase social que vengan,—tengan vocación para llegar a ser verdaderos pin-

tores, escultores y músicos. Sólo así esos institutos sirven a la sociedad y con ella a los proletarios.

De igual modo la Universidad debe preparar buenos profesionales para la sociedad, sin hacer distinción de clases ni en cuanto a su origen ni en cuanto a su destino y sólo atendiendo a su capacidad. Y a los proletarios tocan también los beneficios de que la universidad envíe a la vida jóvenes ilustrados, eficientes en su profesión, de criterio amplio, honrados, de recto sentido moral y desinteresados.

Con andar buscando atenciones para una clase especial y desconociendo lo que se hace en favor de ella cuando se trabaja para todos, se puede llegar a criticar al Supremo Hacedor por no haber creado un sol y una luna para los proletarios.

En la universidad no hay patricios ni plebeyos. No se admite ni se cultiva otro patriciado que el de la cultura que para ser digna de su nombre debe ser amplia, inspirada en un sentido humano y comprensiva de todos los hombres. El proletariado puede sin duda aspirar también a esta cultura. No le están cerradas sus puertas; pero cuando llegue a ella su corazón verá hermanos en todos los hombres y no enemigos natos en ciertas clases sociales.

Para llevar por otra parte algo de sus enseñanzas al público que no puede asistir a sus cursos regulares, la universidad ha hecho funcionar hasta donde le ha sido posible la extensión universitaria.

Ustedes presentan en su carta como tipo de las conferencias ofrecidas por este departamento las dadas por el Conde Keyserling, las que, por lo abstruso de su contenido y de su forma, habrían sido inaccesibles al elemento obrero. Pero en realidad conferencias de esa especie han sido más bien una excepción. La casi totalidad de ellas han sido como las dadas por los señores Manuel Rivas Vicuña, Carlos Charlin, Eduardo Cruz Coke, Juan Gómez Millas, Mariano Latorre, Domingo Melfi, Mariano Picón Salas, Ricardo Latcham, Eugenio Orrego, Carlos Monckeberg, Lucas Sierra, Alejandro Lipschütz, Luis David Cruz, Samuel Zenteno A., Guillermo Grant, Alcibíades Santa Cruz, Walter Knoche, Carlos Oliver Schneider; y tantos otros; charlas amenas e instructivas que los obreros habrían podido aprovechar perfectamente si hubieran querido, porque la entrada ha estado siempre libre y franca para ellos. Por lo demás, el Conde Keyserling es una celebridad mundial y ojalá pudiera la Universidad de Concepción traer, aunque más no fuera por curiosidad, una vez al año una notoriedad de tales campanillas.

¿Será demasiado aspirar ir tras la cultura superior que hemos venido diseñando? ¿Deberemos reconocer que nuestro am-

biente es mezquino y que, en tal ambiente propio de un pobre estado sudamericano, no se debe soñar con tales cosas y hay que contentarse con la turbia mediocridad que el medio permite?

Los universitarios de esta ciudad no lo hemos creído así; hemos pensado que hacemos bien en pretender crear una universidad de verdad. Creemos que no sólo no hemos perseguido una quimera sino que, fuera del bien directo que la universidad ha hecho a la colectividad, tal vez con nuestro tenaz optimismo, nuestras aspiraciones y nuestros modestos esfuerzos algo hayamos contribuído indirectamente a la elevación moral que los hombres siempre necesitan,—y algunas sociedades más, que otras en ciertos tiempos,— en esta vida que es una construcción continua.

Los dirigentes de la Universidad de Concepción no desconocemos la enorme importancia de los problemas obreros; pero,—sin hacer obra negativa respecto del proletariado, como ustedes equivocadamente sostienen,—hemos tenido que dedicarnos en forma primordial a asegurar la estabilidad misma de la universidad y a dotarla de los organismos fundamentales, sin los cuales una universidad no existe. Y no es posible que se nos critique, porque hemos procedido así y no hemos hecho otras cosas, cuando esos mismos puntos esenciales y básicos no los hemos conseguido todavía.

Para una universidad tener edificios adecuados y propios es de importancia capital. Nuestra universidad ha logrado terminar una media docena de construcciones. Necesita con urgencia otras seis más, y su plan de edificaciones se halla suspendido quien sabe hasta cuándo por falta de recursos.

Ustedes me hablan de la importancia de las bibliotecas populares y se quejan de que la Universidad de Concepción no las haya fundado. Estoy perfectamente de acuerdo con ustedes en el gran valor que esos centros de estudios y de recreo espiritual tiene para las clases obreras y todos los sectores modestos de la sociedad. Pero ¿es posible criticar a la universidad porque no haya fundado bibliotecas populares, siendo que ha carecido de medios para dotar de esos departamentos a sus propias escuelas? El Instituto de Odontología no tiene aún biblioteca; tampoco la tiene el Instituto de Matemáticas y Física; La Escuela de Farmacia y la Escuela de Ingeniería Química poseen unos pocos libros; la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales, que cuenta con la Biblioteca heredada de la Escuela de Leyes Fiscal que antes existía, no ha podido comprar en el presente año un solo volumen. El fomento de la misma biblioteca central se halla paralizado.

Si hay una clase social que con derecho puede reclamar el ser

objeto de una atención particular de parte de la Universidad es la clase estudiantil. Algo se ha hecho por ella, que no es del caso entrar a detallar en estas líneas. Pero los dirigentes de la Universidad vemos con claridad que queda muchísimo que hacer y sentimos que eso no se pueda llevar a cabo de inmediato por la misma razón antes indicada de la falta de fondos. Poco o nada hemos realizado en favor de la educación física de nuestros jóvenes. Para desarrollarla convenientemente nos hace falta la organización del departamento respectivo y la construcción de un estadio, lo que tampoco es posible por ahora en virtud del motivo que ya he apuntado. Desearíamos tener levantada la Casa de Estudiantes que fuera hogar y lugar de recreo y esparcimiento para ellos. Pero tampoco se ha podido. Para suplir en parte esta deficiencia, los directores y profesores de la Universidad nos hemos suscrito con cuotas mensuales no despreciables a fin de arrendar una casa y atender otros gastos para el sostenimiento de un Club de Estudiantes.

No hemos podido fundar todavía, como hubiéramos querido, ni un Politécnico, ni una Escuela de Agricultura, para contribuir aun más, al desarrollo industrial del país y al afianzamiento de su libertad económica. Tampoco hemos podido crear una Facultad de Comercio.

Los Empleados universitarios no reciben los sueldos que sería equitativo asignarles y el Directorio se ha visto en la dura necesidad de reducirlos aún en forma que ha solido pasar los límites de lo soportable. A los profesores extranjeros contratados, que dan alto prestigio a nuestras Escuelas, no se les ha podido arreglar de una manera satisfactoria su situación, perturbada por la honda crisis en que nos debatimos.

¿No cren ustedes que la Universidad tiene el deber de atender primeramente a la satisfacción de aquellas finalidades y de estas obligaciones que le son propias?

Ustedes hablan de los «fuertes derechos de matrícula que hacen inaccesibles las puertas universitarias para los hijos de los pobres». ¡Qué cargo más infundado! No hay universidad del mundo que no cobre tales derechos y casi siempre más elevados que los que cobra la de Concepción. En las universidades alemanas esos derechos se elevan más o menos a mil marcos anuales, en la de París a quinientos francos, en las norteamericanas a cuatrocientos dólares, mientras que en la de Concepción suben sólo a trescientos pesos. Por otra parte. ¿ignoran ustedes que el Directorio de la Universidad otorga becas en abundancia a fin de que las puertas universitarias no sean inaccesibles para los hijos de los pobres? Esas becas se concedieron hasta el año pasado sin límites. Bas-

taba la mera constancia de que el solicitante careciera de recursos para que le fuera dada. En el presente año, en vista de la notable disminución de los ingresos de la Universidad se le ha puesto un límite que siempre es generoso. Se ha fijado en un treinta por ciento de la matrícula el número de becas y aun este límite es posible pasarlo en casos muy calificados, por medio de un acuerdo especial del Directorio. ¿No creen ustedes que debe ser una norma elemental de honradez informarse bien antes de formular cargos y censurar procedimientos?

Ingrato es tener que recoger observaciones como las que ustedes formulan, relativas a que el Consejo Universitario expulsara algunos estudiantes, porque pretendieron llevar un poco de cultura a las clases populares. Ingrato es también tener que contestar una imputación tan absurda como la anterior, pero es de esas a las cuales no se puede replicar con un piadoso y perdonador silencio. Pasma la facilidad con que ustedes han podido aceptar sin mayor examen ni indagación una explicación semejante y hace pensar en un caso de desorientación, de prevención apasionada que impide formular juicios acertados sobre ciertas cosas e instituciones. Es totalmente falso que el Consejo Universitario haya expulsado ningún estudiante por el motivo que ustedes indican. El hecho de que los estudiantes quisieran llevar un poco de cultura a las clases populares no habría recibido sino vivos aplausos y entusiasta estímulo de parte de las autoridades universitarias, como ha ocurrido cada vez que algo semejante han llevado a cabo. A todas las iniciativas de este género de los estudiantes, la Universidad ha respondido con calurosa aprobación y subsidios, aunque ustedes quieran escatimarle el reconocimiento de este mérito a nuestro instituto. La verdad de lo ocurrido es que a algunos jóvenes no se les renovará la matrícula en el presente mes por varias razones de orden interno que dicen relación con la disciplina y el respeto que no deben dejar de imperar en ninguna organización social y menos en un establecimiento de cultura superior como es una universidad.

Animado de la mejor buena voluntad, de esa voluntad para la cual Lamennais, considerándola un bien supremo, pedía «paz en la tierra», he mirado en conjunto la carta de ustedes y no he querido ver en ella más que la busca de un justo mejoramiento de las clases populares. Pero me han asaltado algunas dudas en forma de interrogaciones inevitables. Si el anhelo de trabajar por el perfeccionamiento de los obreros es vivo y sincero en ustedes ¿por qué no lo han sobrepuesto a cualquier otro sentimiento? ¿Por qué no han tomado un camino directo para conseguir la realización de ese anhelo? ¿Por qué en lugar de optar

por la actitud crítica y agresiva no han venido ustedes ni una sola vez a concertar conmigo, con cualquiera de los dirigentes, o con un profesor universitario una acción que signifique intensificación de la labor de la Universidad en el sentido que ustedes desean? ¿Por qué no han concertado esa acción con los dirigentes de los centros estudiantiles? ¿Por qué no les han pedido siquiera a estos muchachos dirigentes que la concierten con nosotros? ¿Por qué no han hecho ustedes que un buen número de obreros asistan a las conferencias universitarias, cuya entrada es libre y se dan en horas cómodas? ¿Por qué no han pedido ustedes ni una sola vez que tal o cual conferencia dada en la Universidad se repitiera en determinados centros obreros? ¿Por qué no han indicado ni una sola vez tampoco locales obreros en que se pudiera dar conferencias y pequeños cursos sobre asuntos que les interesaran? ¿Por qué no han tratado de aprovechar mientras tanto la biblioteca central que está abierta todos los días hasta las ocho de la tarde?

Me complazco en decirles que esos pasos e iniciativas habrían encontrado en la Universidad franca y buena acogida para hacer lo más que se pudiera en favor de ellas.

Había terminado la presente cuando he visto que ustedes han tenido por conveniente publicar en un diario de Santiago la carta que me dirigieran. Tal vez habría sido mejor esperar mi respuesta. Así se habrían librado de dar a la publicidad un documento lleno de datos falsos y de apreciaciones injustificadas. Pero se ve que ustedes han preferido la resonancia del reproche a la verdadera busca del perfeccionamiento de sus representados. Se han olvidado de que la consecución de grandes fines reclama el aunamiento de voluntades, y de que la cultura en toda situación normal se hermana con la solidaridad y no con el empleo de la violencia que rompe la armonía.

No obstante puedo asegurarles, para terminar, que en nuestra Universidad el buen espíritu y la voluntad de servir son normas invariables que por nada se dejan menoscabar y que en ella jamás se abandona la esperanza de que desaparezcan incomprensiones infundadas.



## LOS LIBROS

### NOVELA

PARADOJAS, novela por el Dr.  
*Natalio Berman.*

El Dr. Berman ha vaciado en su libro (1) todo cuanto se le vino a la imaginación, y algunas cosas más. Un rasgo característico de su novela es la profusión argumentativa, la discusión incesante entre sus personajes. «El público opina sobre medicina y los médicos de política», dice en alguna parte el autor. Pero el autor mismo opina sobre cuanto Dios crió. Hay un ruso ortodoxo que defiende al Papa de Roma; hay un estudiante de medicina en que parece encarnar el autor, y que tiene por hobby la asimilación a las funciones fisiológicas del individuo. Y hay muchas cosas más, curiosas, vulgares, hasta cierto punto, ingeniosas o simplemente aburridas.

Usando el mismo tono del autor, podríamos decir que su libro es una novela en crudo. La familia que sirve de cordón umbilical a la obra, es originaria de la Rusia occidental, sobre la frontera ru-

mana. De allí pasan a Turquía, luego por la vía de Alemania y Noruega, a Buenos Aires, Valparaíso y Santiago. En el curso de la novela ocurre nada menos que la guerra mundial. Pero la inquieta mentalidad judía no puede detenerse en ninguna parte. Tenemos así infinidad de detalles, pero inconexos, faltos de significación, excepto por algunos rasgos raciales interesantes.

Entre todos los tipos de la novela, hay uno recurrente: el del shadjen, el casamentero israelita, que ya conocíamos por ciertas páginas de Erckmann y Chatrian. Por lo demás, todo pasa en torrente, de los comentarios de los prisioneros de guerra al Carnaval en Buenos Aires; del bloqueo al crimen de la Corina Rojas; los problemas de la educación, del oro, de las revueltas militares, etc. En el estilo háyase una curiosa mezcla del lenguaje de la vulgarización científica y de lo vernacular. De tarde en tarde, rasgos como éste: El jefe del curso se relame cuando habla contra el vino. Parece que dijera: *esto merece un trago!* El diálogo es por lo general artificioso; se le echa de menos con

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1932.

frecuencia a la preposición *a*, y a un buen lápiz rojo que redujese a la mitad el contenido.—*E. M.*

UN CICLÓN EN JAMAICA, por *Richard Hughes* (1).

La literatura inglesa contemporánea nos da frecuentes sorpresas. Tenemos traducciones francesas accesibles de Virginia Woolf, de Margaret Kennedy, de David H. Lawrence y de Maurice Baring. Recientemente se han enriquecido las ediciones parisienses con una publicación relevante: *Un ciclón en Jamaica*, de Richard Hughes.

Hughes se ha dado a conocer con una novela que en todos sus aspectos huye de lo que estamos acostumbrados a apreciar en tal género literario. En inglés lleva el título de *A high wind in Jamaica*, que proviene de un episodio, causa de todos los hechos posteriores.

El autor habla allí de las aventuras de unos niños ingleses que, enviados por sus padres desde la Isla de Jamaica, donde habita la familia, al país de origen, Inglaterra, caen en manos de unos piratas y son causa de la captura de éstos.

El argumento es bien simple, pero sobre trama tan sencilla, el autor realiza una pintura espléndida del alma infantil y una excelente proyección del paisaje y ambiente antillanos. Se puede decir que sólo hay dos personajes fundamentales el trópico y los niños en bloque. Quizá la que tiene más relieve es una niña de dos años: Emily, pero en

(1) Plon, París, 1932.

realidad resulta un ejemplar típico de todos los demás.

No obstante ser una novela infantil, se destaca por sobre todas de un modo diverso y ejemplar. De *Tom Sawyer* se distingue por una mayor profundidad psicológica y también porque Hughes como Baring y Virginia Woolf, es un poeta. Hughes se relaciona con Mark Twain por la poesía, alta y espléndida poesía que empapa todo el libro y exalta las maestras escenas antillanas. El trópico alienta aquí con un realismo y un encanto que recuerda las páginas de Seabrook y de Tomlinson.

El humor de Hughes es más ácido que el de Mark Twain. Lo aventaja también por la curiosidad morbosa que se aleja del burguesismo tranquilo y honradote del novelista yanqui.

Emily con sus compañeros son más complicados que Tom Sawyer, Huckleberry, Finn, Vecky Tusher y los demás personajes de Twain, pero resultan más entretenidos y reales que éstos. Los niños de Mark Twain, que tanto nos divierten poseen sentimientos primarios. Estos se hacen patentes por encima de sus pesadas bromas y aventuras.

Las creaciones infantiles de Hughes son tan complicadas y tan verídicas que, después de leer el libro, se nos imagina que conocer el alma de un niño es lo más difícil. Se presenta ahí el alma infantil delante de la naturaleza. El ciclón, el terremoto, las bestias, sirven de reactivos.

Hughes nos da la reacción o la falta de reacción. La atmósfera

de maravilla que resulta para el niño el mundo que nos rodea, la poesía de las cosas vulgares—esta poesía de la vulgaridad que caracteriza a nuestro tiempo—irradia ampliamente de la prosa del novelista británico. Un estilo dulce y coloreado, un suave humorismo y una energía descriptiva maravillosa nos permiten sentir los paisajes del trópico—la Jamaica y Santa Lucía—con toda la plenitud de lumbre y olor del caso. El calor y la transparencia del mar tropical, que hemos sentido en una estancia antillana, forman el encanto mayor de este libro.

Este es el decorado. Después están los hombres, figuras de un mundo diferente al de los niños. Estos hombres son piratas o negros antillanos o marineros. A veces, abogados u otros tipos sin gran interés. También están los padres, que completan a los diversos personajes. Pero si exceptuamos al capitán de los piratas—Jonsen,—el autor hace el mismo caso de los hombres que de Tabby, el gato salvaje de los niños de la familia Bas-Thompson, que muere violentamente en la noche del ciclón.

Hughes se ocupa seriamente sólo de lo que llena la atención de los niños y lo ve desde ese punto de vista. Aquí radica el interés y la novedad de su maestro relato poético.

Este punto de vista predomina en el autor de tal modo, que cuando habla en nombre propio nos parece que habla otro niño un poco más crecido; pero con la misma visión maravillosa del universo e idéntica

falta de respeto y de comprensión hacia las cosas de los hombres grandes.—*Ricardo A. Latcham.*

MARGARITA, EL AVIADOR Y EL MÉDICO, por *Juan Marín.*

Este libro que acaba de publicar en su *Colección de Autores Chilenos*, la Editorial Zig-Zag, es un reflejo fidelísimo del temperamento de su autor. Múltiple y dúctil, vigoroso y dinámico, Juan Marín es un tipo representativo de las inquietudes de su época. Hasta su estilo, deliciosamente sugerente, claro y móvil, con atrevidos escarceos en la frase, cae a veces en lo mecánico y hasta artificioso. Pero siempre interesa y apasiona. Nunca es banal.

La novela de Juan Marín es un trazo de vida chilena; acaso recarga la tinta en el claro-oscuro de aguafuerte con que nos presenta la figura de ese Presidente Lara, «inculto y vesánico», tipo calcado en la cohorte siniestra de la fauna política indoamericana—Rosas, Estrada Cabrera, Juan Vicente Gómez, etc.—y que tan bien supieron esculpir, en páginas apasionantes, Sarmiento, Eustasio Rivera y Mariano Azuela.

Empieza el relato con una conspiración fatalmente fracasada, contra el antropoide Presidente. Resalta la figura bizarra del aviador Jorge Luna, cuya buena estrella le señala como el único sobreviviente de la hazaña. Nuestras recónditas simpatías le siguen al través de las azarosas etapas de su fuga hacia

la otra vera andina. El vuelo da oportunidad a Marín para describir magistralmente la belleza salvaje de esos panoramas, las sutiles percepciones e introspecciones del piloto. Su paleta colorista derrama sus matices más intensos y finos.

Era, dice,—el cazador de luces perdido en un horizonte de vientos vírgenes.

Luna<sup>6</sup> deja aquí un amor—¡su primer amor!—acaso el que más honda huella marca en los temperamentos briosos y sentimentales. Margarita era su novia: le ligaba a ella un compromiso de honor. El idilio se había engarzado en la intimidad del hogar. El encanto de las cosas pueriles,—las pequeñas cosas tienen a veces influencia imponderable en la vida futura,—fomentó una pasión ardiente y recíproca.

Hombre educado, joven, impávido ante el peligro, el porvenir, en donde quiera que se encuentre, sobre todo en medios más superiores por su cultura y especulación material, Luna está preparado para tomarlo y triunfar.

Aquí la trama novelesca entra en su apogeo. Ausente el amado, Margarita se entrega a transportes desconcertantes para mitigar su pena. Acaso el influjo anímico del novio, a quien se da ya por muerto—nadie lo averiguó nunca,—obre el prodigio de despertar en su alma bríos adormecidos por el nirvana sentimental; y es así que ingresa a varias instituciones filantrópicas, de esas que sirven para disipar la abulia, cuando no para hacer obra de verdadera caridad; sólo faltó a

la cuitada hacer número en la legión de pálidas desencantadas que van al convento a castigar su mundano fracaso... Además ingresa a .... la Escuela de Medicina.

Todo esto está muy bien; pero aquí conoce a un médico, de fuste, Carlos Beytía, del que,—¡oh mujer!—se enamora y de quien es, al parecer, correspondida. Nuevo noviazgo.

Marín engarza en seguida frases coloristas que dan la impresión de un *paneaux*: las fases de una operación quirúrgica difícil que llena de gloria al médico y futuro profesor.

Entre tanto, Lara, el antropoide, mueve sus tentáculos de pulpo humano: soplones traidores, judas, ¡toda la cohorte de invertebrados en dos pies! Se trata de desbaratar, una vez más una conspiración que no es sino la continuidad de la obra generosa de los idealistas que desean para la patria días de libertad.

El doctor Beytía, que antes no figurara entre éstos, resuelve, felizmente, plegarse al grupo, y en una de sus furtivas reuniones alguien le da noticias del ausente novio de Margarita, de quien él es, también novio en cuerpo presente y aun se ofrece para desempeñar funciones de correo: entregará una carta de Luna a la futura del médico.

Las pasiones de los personajes de la novela son muy de su siglo: ni Jorge, ni Margarita, ni Beytía, parecen sentir las con mucha intensidad. Es así como este último, con arrestos de Don Juan, propuso al diputado Lastarria (¡oh Marín! Protesto haya usado usted este apellido ilustre para darlo a un ser des-

preciable!) seducir a una espía, una Mata Hari de grotesca cepa criolla, con el objeto de arrebatarse sus secretos, o, por lo menos, desbaratar sus delaciones culposas. Total que, doctor y todo, es cínicamente burlado por la mujer y el Iscariote políticoide...

Mientras tanto, ¿qué es del bizarro piloto, el «cazador de luces»? El autor no lo dice claro. Pero Margarita, más resuelta, logra encontrarle, y hasta danza con él en «La Jungle», el fantástico cabaret de Montparnasse...

—Menos mal que lo encuentra,— dirá el lector.—Sólo que...

El brioso y valiente Luna había degenerado en vulgar apache. *Omnia transic.* ¿Qué había pasado? Responderé con la frase lapidaria de Augusto D'Halmar: «Nada ha pasado, sino la vida».

—

Hasta aquí la novela de Juan Marín. Ya hemos dicho que su temperamento es reflejo de la época, plena de inquietud. La concisión de sus páginas dice que su autor vive de prisa, y que no son más que notas al margen, escritas febrilmente, mientras el jazz azota con sus timbales y el humillo de la pipa viajera azulea sus pensamientos.

Ya vendrá el libro amplio y profundo a decir las verdades que su noble espíritu nos reserva. Porque, artista y sabio, hombre que inquisitivamente escarba en ese laboratorio que es el alma del hombre, Marín no escribe para que los seño-

res burgueses hagan la digestión, a la hora plácida del café. Su libro es, pues, su más bella promesa.—  
*Luis Roberto Boza.*

## ENSAYOS

VIDA DE MANUEL RODRÍGUEZ, por  
*Ricardo A. Latcham.*

Un libro onomatopéyico. Por el personaje, por el estilo y por el temperamento del autor. Hasta, un poco, por las épocas respectivas. La impulsividad, la impulsividad un tanto desazonada, pero de jugosa realización, es la característica unísona de estos cuatro términos.

Esa precipitación acuciosa de Latcham por la consecución de la obra, —la misma precipitación fatal del héroe hacia el fin de su destino— desdeña u olvida la sólida trabazón de los hechos, le hace caer a veces en anacrónicos paréntesis, o dar saltos hacia atrás. Aunque, en realidad, estas son «retrogradaciones aparentes»; pues en el fondo el libro está bien concebido, su desarrollo es lógico, y, si el método no es del todo riguroso, la investigación es concienzuda y cabal la imparcialidad. Lo que, tratándose de un escritor vehemente, es un doblado mérito, muy ajeno a otros escritores, fríos y metódicos...

Sí. Pese a las severas taras que por imperativos de la verdad histórica hayamos de cargarle al malogrado guerrillero, él nos resulta, siempre, no sólo uno de los Padres de la Patria, si no, también, el padre de la castiza «chilenidad». En este li-

bro, su fisonomía psicológica está fotográficamente revelada, tanto como su vida misma, y si es verdad que a veces retrocede a un plano secundario, hay que considerar que ello se debe a la aparición en escena de la figura primordial de José Miguel Carrera, el Jefe epónimo de esa trágica familia de proscritos. Después, la sombra dramática de Manuel Rodríguez no retrocede, ni ante O'Higgins, ni ante San Martín.

La imparcialidad es una de las buenas cualidades de esta biografía. Está medida con justeza. Pero... es una imparcialidad volitiva, cerebral: subrepticias, muy disimuladas, nos parece sospechar, bajo el desnivel de los respectivos caracteres, instintivas corrientes de simpatía del autor por algún personaje capital del libro! Es el sentido de la raza. ¡Yo no sé qué sentido tiene este sentido de la raza, que, a través de perdidas ramificaciones, aflora inevitablemente su afinidad en las fibras emotivas del hombre. Porque, este Latcham, acucioso e impulsivo, poco tiene que ver, aparentemente, con aquel calmoso O'Higgins patriota un algo acomodaticio y un mucho obcecado. Aparentemente. En el fondo, quizá la misma raíz tenaz, las mismas savias vitales que nutrieron la vieja encina prócer, afirman ahora los ímpetus enhiestos de este joven escritor.

La juventud de Latcham, demasiado exuberante acaso, es quizá uno de los actuales obstáculos para el sazonado logro de sus obras. Sus libros, bellos algunos, nos parecen todos un poco agrios, agridulces,

frutos tempraneros. Pero, el árbol es de noble fibra, y llegarán los días de la madurez espléndida...

Ricardo Latcham, ha ido conjugando, con mayor o menor perfección, todos los géneros y modos literarios. También esto hay que considerarlo. Su intención, ahora, ha querido poner en clara acción gramatical, un accidentado Verbo de la Independencia. Formalmente lo ha conseguido. Y si cualitativamente su vida de Manuel Rodríguez no es del todo lo que quisiéramos, quizá la culpa no sea sólo del autor, si no, también, del personaje mismo escurridizo, a la luz de la realidad...

En todo caso, hay en el libro dos condiciones valiosas, valiosísimas: la manifiesta verdad histórica, y el hondo interés dramático, que nos acompaña hasta su fin.—*Guillermo Koenenkampf.*

## LITERATURA

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES Y LITERARIOS, por *Bolet Peraza, N. (1).*

Algunos escritores de América del pasado siglo y aun del presente debieron vivir por el desorden democrático de sus patrias un aciago sino, que muchas veces dió a sus existencias el carácter de algo tronchado, incompleto.

Uno de esos escritores en la Venezuela de mediados del siglo XIX fué Nicanor Bolet Peraza. Dueño de un temperamento de una riqueza vital extraordinaria, fué como buen hijo de aquel país tropical,

(1) Araluce, Barcelona.

guerrillero, político, general en las tantas revoluciones criollas, y sobre todo pintor, realista y vigoroso pintor, de su medio social. Tan accidentada vida a la que se sumaron muchos años de destierro, de obligado destierro impuesto por los sucesivos generales que doblegaron el país bajo su voluntad bárbara, da a sus escritos—hasta ahora dispersos en periódicos y revistas volanderas de la emigración o del ostracismo,—una nota de escepticismo burlón que es la defensa del hombre que se previene contra la melancolía. Ni su misma persona sale libre del contorno ya lírico, ya caricaturesco, de estas amables y deleitosas obras de circunstancias. En 1872, cuando sólo contaba 33 años, vividos con la precocidad y multiplicidad que es frecuente en el Trópico, escribía:

Oí desde 1858 los mil clarines de la guerra, que tocaban la obertura de este fandango que lleva ya catorce años, sin que sepamos cuando se habrán de sentar las parejas que lo mantienen. La guerra me llevó a la Representación nacional; tomélo a farsa y me reí de aquellos de mis colegas que lo tomaban a serio; hice unas leyes, anulé otras, me puse de pie o quedé sentado al revés de lo que pedían las circunstancias; pronuncié discursos; hice proposiciones, apoyé informes y voté candidatos, apelé al pueblo, halagué las barras, recibí aplausos, me llamaron al orden y cogí las dietas; todo como si fuera un verdadero representante de la voluntad popular. Campañas, prisiones, confinaciones en desierta isla, escondites y destierros, me hicieron docto en la ciencia de derrocar gobiernos malos, a la cual debo mi título de General y el aborrecimiento que

profeso a la idea de ser mandado por mucho tiempo por un mismo voluntarioso caballero.

Uno de estos voluntariosos caballeros, el General Guzmán Blanco y su no menos bélico sucesor, el General Crespo, mantienen a Bolet Peraza en su destierro más largo que el de «aquella isla desierta» de su mocedad. Desde 1880 hasta 1906, fecha en que muere, prolóngase su ostracismo en Nueva York dirigiendo revistas para la distante Hispano-América: la «Revista Ilustrada de Nueva York», «Las tres Américas» en que da a conocer valores nuevos de la literatura suramericana; informa a sus lectores de modas o de política, traduce cuentos de Bret Hart, esparce su gracia criolla y su experiencia de azarosa vida tropical en cuadros de costumbres y artículos de circunstancias; es amigo de Martí cuando Martí también está desterrado en Estados Unidos, y como las revistas y los ocasionales periódicos no son negocio para un público poco lector y poco comunicado entre sí—como nuestra América del año 80 al 900—Bolet Peraza fabrica y vende las maravillosas «píldoras tocológicas» para embellecer a la mujer y producir el normal funcionamiento de sus órganos internos, píldoras que más que su Literatura, habrán hecho pasear su nombre por todo el Continente.

Extraordinaria y doliente vida. Es escéptico, porque en un medio como el nuestro, un hombre de su temple y espiritualidad no tiene otra defensa que ésta de la burla y del escepticismo. Pudo ser un gran

escritor, pero el tiempo no estaba para dar esta flor de selección, esta orquídea en el invernadero americano, que debe ser un gran escritor. Y estas páginas de ahora cuarenta años, que la piedad filial ha querido salvar del olvido de los papeles volanderos y las amarillas revistas de la emigración, nos traen cuadritos y apuntes deliciosos de la vida criolla; de las revoluciones, del campo americano, de la astucia y la gallardía de los jinetes llaneros, de esa malicia rural que entre nosotros suele ser el mejor reactivo contra las quimeras y los sueños imposibles. Vida y obra literaria de un hombre lleno de dones y de promesas que no pudo alcanzar, sin embargo, su estética definitiva como el accidentado medio social, como la tierra.—*M. P. S.*

## POESIA

POEMAS DE LOS CAMINOS, versos  
de *Héctor Mininni*.

Primer libro de un poeta, y publicado hace algunos meses apenas, estos «Poemas de los Caminos» tenían necesariamente que nacer emparentados con la estética en uso.

No es cosa fácil desentenderse de esta eterna «modernidad» que envejece cada cinco años, y hay que tener ribetes de heroísmo para desafiar las burlas de los camaradas vanguardistas, escribiendo poemas para todos, que queden al margen de la moda última y puedan leerse como se saboreaba un verso clási-

co o la estrofa modernista de Darío.

Es evidente que un poeta joven de hoy nace a la lírica tomado por el ambiente de vanguardia y reñido, por lo tanto, con dos señoras viejas que yan no entusiasman: la claridad y la sencillez.

Aceptada como irremediable la influencia del medio, no puede asombrarnos el que la mayoría de los poetas que hoy se inician sean abanderados de esa estética que todavía está por definirse y que nosotros, por desgracia, no sabemos apreciar en toda su asombrosa magnitud.

Este poeta uruguayo, debe estar, seguramente, en el justo secreto de la poesía novísima, ya que nosotros no hemos logrado penetrar la belleza de su obra.

Como un botón de su modalidad acordada a la hora artística, queremos copiar las dos estrofas que forman su poema «La revelada salutación de tu ternura».

En las ojivas del día, tu véspero  
[de ansias,  
el panal de tu ternura empapada de  
[azul.  
Plúmbea es tu onda, granero de  
[estrellas.  
Y es sagrada tu ánfora, vasija de  
[Ofir.  
Como un orifice labras tus vetas  
[de oro.  
Y en la impasible constelación del  
[latido,  
tu voz vigilante absorbe las formas  
[del mar...  
La revelada ternura empapada de  
[azul...

Si no sabemos elogiar la belleza de este poema de vanguardia, en su sucesión de imágenes desatircu-



ladas, podemos, en cambio, decir que el autor de estos Poemas de los Caminos cae en la vulgaridad, sin atenuantes, cuando deja la ruta que nosotros no conocemos y quiere cantar con voz que nos es familiar. Su «Día de lluvia» no nos dejará mentir:

Orladas las calles  
por sus perlas están.  
Jugueteo de risas;  
tintineo musical,  
voces de un mundo  
abstracto. sideral.  
Rulos de las ondas  
niveas de la mar.  
Aguas de las nieves  
plateadas de llorar,  
Día de lluvia:  
Garganta del cielo...  
Lenguas de la mar.  
Aguas de las nieves  
plateadas de llorar,  
Día de lluvia:  
Día de la mar...

Aferrados a nuestro concepto de la poesía, el autor de este «Día de lluvia» nos parece un poeta mediocre, sin fantasía y sin emoción.

Pero como es otra la postura literaria de su libro, y bajo ese aspecto su labor puede ser elogiada por los que que la entienden, nosotros nos limitaremos a decir que no nos convence la pequeña parte que está nuestro alcance. Ya otros le aplicarán el cartabón de vanguardia.

CLARINADAS, por *Jesús Sansón Flores*, (Poemas revolucionarios).

El ambiente político de Méjico, con sus luchas turbulentas y sus periódicas asonadas, da una nota de rebeldía fuerte y original en

esta pobre América que se desangra resignadamente bajo la bota de sus tiranuelos.

El espíritu revolucionario arraiga muy hondo en la vida mejicana, y la literatura y el arte no se han sustraído a su influencia ni a sus designios.

Ya el genial Diego Rivera, con sus cuadros murales, fijó los anhelos de la revolución agraria, y casi todos los escritores de la generación última posponen la estética a la propaganda de su ideología vanguardista. Quieren ser ciudadanos de la revolución antes que cultivadores de la belleza.

No es, pues, una novedad, el que Jesús Sansón Flores haya puesto a sus clarinadas el subtítulo de «poemas revolucionarios». Pero debemos desentendernos de la mayor o menor influencia que sus versos tengan en el movimiento político de su patria, y juzgarles únicamente en su aspecto literario.

Ya otros, antes que él, sufrieron el fracaso artístico en su anhelo de ser poetas civiles. Lo que cabe en una proclama reivindicacionista o en un manifiesto político no puede tener también su marco apropiado en la decoración de la estrofa.

La literatura revolucionaria, cuando sólo trata de señalar rumbos o de ganar adeptos a la causa que defiende, no logra casi nunca la majestad de la forma ni el señorío de la idea.

Este libro de Jesús Sansón Flores, carece por completo de belleza literaria, y sólo muestra el deseo muy plausible de defender un postulado dignificando al indio y a las

clases inferiores de la sociedad mexicana. Su poema «Alerta, campesino», es una demostración evidente de lo que afirmamos:

¡Alerta, campesino!  
A tu cabaña irán a verte  
tres personajes significativos:  
en la lucha social:  
el apóstol, el fraile y el político.

Son los tres enemigos de tu causa!

El primero,  
pretende confundirte de elocuen-  
[cia  
para adquirir prestigio entre tus  
[filas.

El segundo  
va a predicarte sumisión al amo  
so pena de un castigo ultra-te-  
[rreno,

y el último,  
el más desvergonzado y el más cí-  
[nico,  
te va a pedir un voto,  
te hablará de democracia  
para seguir viviendo a costa tuya.

Camaradas:  
Cuando les mires,  
grítales que les odias!  
¡que ninguno de ellos  
será quien tus designios estatuya!  
que ya tienes conciencia de ti  
[mismo;  
¡que tu emancipación es obra tuya!

Con literatura así se llenan volantes callejeros, y con cosa parecida se hacen manifiestos en los centros revolucionarios de los extramuros. Pero no se hace poesía, porque la poesía es algo más grande que la vida cotidiana, y que la miseria de los campesinos que laboran en el latifundio del viejo señor católico.

El autor de «Clarinadas» es apenas un niño, y sólo ha dado su pri-

mera obra. «Nuestro Sueño», libro que anuncia, y que deja adivinar su insistencia en la actitud revolucionaria, acaso permitirá que le juzguemos con menor severidad.—P. S.

## POLITICA

ORGANISATION DU SUFFRAGE ET  
L'EXPERIENCE BELGE, par *Joseph  
Barthélemy*, Paris.

El conocido publicista, profesor de derecho constitucional de la Universidad de Montpellier, estudia en grueso volumen la evolución del sufragio en Bélgica, y expone al final sus conclusiones personales al respecto. Partiendo de la experiencia de 1830, con el sufragio limitado del mayor contribuyente, va criticando una a una las formas sucesivas del sufragio corporativo, el universal, el plural, el escrutinio de lista, el unnominal, y, por último, la representación proporcional. Examina el pro y el contra del voto obligatorio y, ya en 1912, predice el voto femenino.

Con inteligencia muy francesa, metódica y analítica, M. Barthélemy nos deja ver las características del proceso político belga, a la vez progresista y cauto, producto sin duda de su raigambre francesa, temperada por el linfatismo flamenco.

La batalla por el sufragio, nos advierte, es un episodio del choque de las fuerzas nuevas contra la burguesía, detentadora del poder político.

Y con suma perspicacia va exponiendo la evolución de esa conquista en Bélgica, cuya característica saliente es acaso que ha ido superponiendo una reforma sobre otra, sin descartar completamente la anterior, con el resultado de que la legislación belga sea un verdadero muestrario de las sucesivas etapas porque ha ido pasando el sufragio en un siglo.

Nos prueba, el profesor Barthélemy que el sufragio universal no justificó las alarmas de los liberales que temían a la entrada de la democracia en la política como un factor de jacobinismo y anarquía. Por el contrario, advierte, la incorporación de las clases asalariadas a la ciudadanía completa, dieron más solidez a las instituciones.

La igualdad política crea la amistad entre las diversas clases sociales,

declara.

Siendo la política el arte de lo relativo, de lo transitorio, y también de lo complejo, un publicista de las tendencias ortodoxas del autor no podía por menos que ponernos en guardia contra los extremistas. Su aprobación de la actitud de los conservadores belgas se basa en la consideración de que éstos han comprendido que la forma política de su partido debía ser «conservación por el progreso». Y más adelante nos recordará que la política no es propiamente ni una ciencia exacta ni materia de lógica, sino más bien una psicología.

Los estadistas ingleses habían

descubierto esto mucho antes; y los políticos de todo el mundo lo han aplicado, bien que mal, por puro instinto. De consiguiente, no hay en la política cosa alguna que pueda ser tenida por definitiva; todas las instituciones se hallan de corrección permanente. Las soluciones de los problemas políticos deben ajustarse a las costumbres, al medio ambiente y sobre todo, a los tiempos, con lo cual queda dicho que no hay fórmulas de aplicación universal o invariable.

Cuando la tendencia de la época va a concentrar toda la fe perdida en un Estado-poderoso, que hará los milagros del porvenir, en vez de las divinidades destronadas, es saludable oír la advertencia de este especialista que nos previene que, en política las soluciones más simples son más de desconfiar.

Lo más sencillo son el despotismo y la anarquía. La libertad dentro del orden sí que es difícil y complicada.—E. M.

## SOCIOLOGIA

HISTORIA SOCIAL DE CHILE, por  
*Domingo Amunátegui Solar.*

Don Domingo Amunátegui Solar ha realizado el trabajo meritorio de darle forma orgánica a todas sus investigaciones bibliográficas y archivales sobre la vida económica de Chile durante el período colonial, en este pequeño libro de síntesis que suple para el lector inquieto de hoy, el estudio de trabajos más minuciosos y prolijos del señor

Amunátegui como su profusa obra sobre «Las encomiendas de indígenas». Don Domingo Amunátegui es uno de estos investigadores minuciosos y honrados del pasado local que son tan frecuentes en la historiografía chilena; y sus libros en todo caso, ofrecen para el intérprete de la historia, una magnífica copia de datos, presentados siempre con orden. Aun pudiera decirse que las últimas obras del señor Amunátegui como su reciente volumen «Bajo la dominación española» y esta «Historia Social» (1) que ahora comentamos, han ganado en la forma de exposición y de criterio histórico. Es en un laborioso veterano de la investigación como el señor Amunátegui, un mérito de renovación digno de encomio.

Respecto al propósito, del señor Amunátegui al escribir este libro, lo expresa en un prólogo, donde—cosa extraña en un escritor tan escueto—no faltan algunas imágenes. Cree el autor que por sobre la historia brillante de los hombres públicos, debe escribirse la historia de los hijos del pueblo, que imprimen carácter a la comarca en que habitan. El pueblo, nos lo dice, el señor Amunátegui,

construye las ciudades, cultiva el campo, fabrica los paños y las telas, las vajillas de loza y los utensilios de vidrio, el sombrero y el calzado, los muebles de una casa y las maletas de viaje.

Esta enumeración de las «maletas de viaje» entre las cosas construídas

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1932.

por el pueblo, no carece de cierto efecto cómico. Cualquiera otro historiador de lo social hubiera mencionado empresas de más fuste que se nutren con la energía del pueblo: las salitreras o las minas de carbón y de cobre en Chile, pero esta indicación taxativa obedece un poco a la visión de lo «popular» que tiene el señor Amunátegui. El concibe el problema social desde un punto de vista jerárquico que halla su expresión económica más perfecta en el «artesanado» tal como existió en la Edad Media y en nuestra época colonial; y parecen ajenos a su conocimiento los problemas del proletariado industrial cómo se han desarrollado en Chile en el presente siglo. En este sentido la parte más débil de su libro es la que intenta explicar la evolución social y económica del país después del desarrollo de la industria salitrera. El fenómeno del «proletariado industrial» no encuentra en él un intérprete. Una manifestación de la conciencia proletaria como la «huelga» merece más su rechazo que su explicación. Son

tremendos estallidos del populacho en Iquique y en Antofagasta, que pusieron en peligro la tranquilidad pública y hubieron de ser reprimidos con las armas de fuego (página 160).

Dentro de su concepto lentamente evolutivo del avance social, llega a pensar que el proletario urbano ha encontrado en el «conventillo» o «casa de vecindad» santiaguina una vivienda tolerable.

Los conventillos empezaron, más o menos, en la misma época en que

fué construída la población Ovalle (se refiere a una población obrera), y aunque en nuestros días han caído en descrédito, la verdad es que significaron un notable progreso. Del rancho al «conventillo» hay la misma diferencia que entre un coche de caballos y un automóvil (pág. 163).

La clase obrera y quienes tienen una visión económica más moderna de la sociedad, opinarán en este caso en una forma distinta a la del señor Amunátegui.

El libro tiene una verdadera utilidad para el estudio de los orígenes del problema agrario chileno y del apareamiento del «roto», o sea el proletario urbano. La idea tan arraigada entre algunos pensadores y políticos hispanoamericanos de la izquierda social como Mariátegui y Haya de la Torre, de que la revolución de independencia hecha en beneficio de las oligarquías criollas, no alteró sustancialmente la estructura económica de la sociedad, se confirma ampliamente con los datos que suministra este libro. Ya Juan Agustín García, hijo, el sociólogo argentino, había demostrado en su «Introducción a las ciencias sociales argentinas», obra escrita hace más de treinta años, cómo la legislación liberal que creó la Independencia, no fué para el proletariado urbano y rural, más provechosa que las viejas y paternas leyes de Indias. Si leemos en el libro de don Domingo Amunátegui cómo quiso resolver la organización del trabajo agrario, hacia 1620, el Virrey Príncipe de Esquilache, nos daremos cuenta de que la situación del «inquilino» no ha va-

riado nada o casi nada desde la época colonial. En el Reglamento del Virrey de Esquilache se disponía que

los inquilinos estarían obligados a trabajar anualmente ciento sesenta días en las faenas del fundo. El dueño de la hacienda debería suministrarles por todo el tiempo que estuvieran a su servicio, un pedazo de tierra, donde ellos pudieran sembrar un almud de maíz, dos de cebada, dos de trigo y algunas legumbres; y debería prestarles los bueyes y utensilios indispensables para el cultivo. El jornal de estos inquilinos sería de un real por cada día de trabajo, y deducido el tributo, el resto de los jornales debería pagárseles en un vestido de lana, en calzones de cordellate y en frutos de la tierra. Las mujeres y los niños en ningún caso estarían obligados al trabajo; y, si voluntariamente quisieran servir, deberían ser remunerados (pág. 71).

¿Cuántos dueños de fundo, cumplirán aún hoy, cerca de sus inquilinos, estas añejísimas disposiciones del Príncipe de Esquilache? Con el régimen republicano se abolió la esclavitud, el terrible derecho penal que ejercía el encomendero, pero la situación económica del trabajador agrario no mejoró. Aun su suerte y la del proletario urbano estuvo mucho más expuesta, pues la nueva sociedad rompió esos vínculos feudales, esa clientela de trabajadores alrededor de cada familia, que se había formado en la simple y patriarcal economía de la Colonia. Esta comparación de las clases trabajadoras antes y después de la Independencia, lo ha estudiado con especial sagacidad el argentino Juan Agustín García en su

citada obra sobre las «Ciencias sociales argentinas» y en el excelente libro de interpretación «La ciudad indiana».

En cuanto al libro del señor Amunátegui, ofrece para los investigadores de nuestro pasado económico, datos y noticias invaluable. Llena un verdadero vacío en la Historiografía chilena donde estos problemas de la Economía y del Trabajo, no habían merecido aún una atenta consideración. Cuando se refiere a problemas modernos como el del proletariado industrial, puede objetársele su criterio económico, pero en ningún caso la honradez y la claridad de sus noticias, y aun una forma de exposición más lograda que la de los otros libros del señor Amunátegui.—M. P. S.

#### LA PROPIEDAD.

La hora que permanece es sólo propicia para las preocupaciones sociales. El hambre, que ya está llamando en las cuatro quintas partes de los hogares chilenos, es una terrible, determinante y demolidora fuerza. Nada queda en pie. Ninguna institución pública traspasa, sin ser vulnerada, la onda revisionista. Quieren las multitudes encontrar un nuevo equilibrio económico que les permita subsistir en condiciones razonables, quieren realizar en el orden económico lo que el democratismo ha hecho en el plano político.

Si quisiéramos denominar este fenómeno con una sola expresión tendríamos que acudir a la creada

por José Ortega y Gasset: la rebelión de las masas.

Las masas de Chile, aguijoneadas por la necesidad y la incertidumbre, se han incorporado a la rebelión universal. Es la rebelión definitiva contra un sistema, elaborado durante siglos por sucesivas civilizaciones, que no pudo crear un nivel normal de vida sino para minorías aristocráticas.

El hecho de que estas contingencias ocupen todas las mentes da interés particularísimo a la memoria de Sergio Amunátegui Lecaros sobre *La Propiedad*.

Lo vital, el intrínquilis está precisamente en la propiedad. ¿Se debe respetar de manera absoluta este derecho? ¿Debe la propiedad ser una función social? ¿Debe socializarse bajo la potestad estatal o municipal? ¿Debe entregarse a colectividades de productores?

Amunátegui examina este problema desde sus orígenes. Expone todas las teorías existentes sobre el nacimiento de ésta en todos los pueblos, sobre las modificaciones que ha debido sufrir en la lenta evolución del régimen individualista al colectivista y por último, en un capítulo dedicado a Chile, estudia el problema local con cifras y datos convincentes para llegar a la conclusión de que se debe caminar hacia un franco colectivismo.

Cree que la crisis actual de Chile no podrá ser combatida con éxito sino en el plano agrícola. Impugna los intentos de parcelación por encontrar que no resuelven el problema, ya que los pequeños propietarios carecerían de los medios adecuados

para el trabajo intensivo y extensivo de la tierra. Para él la fórmula está en el trabajo colectivo en gran escala bajo la dirección de técnicos del Estado.

Respecto a la aplicación de impuestos contra latifundios y minifundios no cultivados o mal cultivados, divide el país en cuatro zonas. La del norte, que llega hasta Coquimbo, en que el cultivo es muy difícil. La zona central, que alcanza hasta Ñuble, esencialmente agrícola. La zona sur, que llega hasta Vadivia, en donde los agricultores deben luchar contra un clima lluvioso y carecen de las vías de comunicación necesarias. Y la zona austral propicia sólo para ciertos

cultivos, pero todavía dominada por la naturaleza, es decir, por las selvas y deficientemente poblada. Distingue también los fundos de cordillera, de los de costa, los de secano y los de riego que necesariamente producen un muy diverso rendimiento.

Esta memoria, aunque parte de su exposición no ofrece una perfecta organización y aunque está escrita sin cuidado, es de gran interés para cuantos quieran estudiar generalidades sobre la cuestión de la tierra. Sus fuentes bibliográficas son numerosas y servirán para estudios más parciales y a la vez más profundos.—*J. S. G. V.*

## GLOSARIO

**C**ON la muerte de don Eliodoro Yáñez, se cierra una etapa de la política liberal de Chile. Fué Yáñez un animador del liberalismo, porque era elocuente y era culto. La cultura fué en él un don y lo mismo dominaba las materias económicas y sociales como los problemas de la cultura. Pocos políticos chilenos tuvieron como él la comprensión justa de las inquietudes sociales y la visión de lo que era preciso avanzar para corregir las turbulencias futuras. Cautelaba su pensamiento con firme precisión. Tenía un poderoso sentido de la claridad, de la lucidez. Su elocuencia era sobria, por lo mismo que manejaba ideas. Muchos de sus discursos son magníficas piezas literarias. Había en él además del político que llenó casi medio siglo de su vida, un curioso insaciable de las ideas modernas. Esta curiosidad intelectual, le permitió llevar a los debates o a sus escritos, un tono de elevación que los hacía particularmente vivos e interesantes. Generalmente el político criollo se nutre en el montón de las frases hechas y sus discursos nada revelan o nada dicen. En Yáñez había fuerza, claridad, dominio de la materia elegida, dialéctica robusta, precisión, elegancia de estilo.

En este ambiente chileno de la eterna nivelación, Yáñez era uno de los que sobresalían. Era una de las cabezas que estaban fuera de la cerca con la que siempre se ha cerrado el horizonte de la vida política y social chilena. Esto mismo le granjeó enconadas enemistades. Porque la sabiduría se cotiza poco y el que la posee se hace reo de un delito cuyo perdón sólo se alcanza en el instante mismo en que se emprende el viaje sin retorno...

Corre en un libro que él hizo editar en París, uno de sus discursos más admirables y oportunos. Lo tituló **La Autoridad y la Libertad en la Constitución Política del Estado** y es el discurso de incorporación a la Academia Chilena corres-



pondiente de la Real Academia española, que el hizo leer en una de las sesiones del mes de Junio de 1927, al ocupar el sillón que había dejado Mac-Iver. Este discurso no habría podido pronunciarse en una sesión pública. Estaba Chile aplastado por la tiranía y sus conceptos habrían motivado tal vez las represalias a que son tan dóciles los gobiernos de esta clase. La recepción del nuevo académico, representado por don Domingo Amunátegui Solar, se hizo en sesión privada, en casa del Presidente de la Academia, don Crescente Errázuriz.

El discurso contiene no sólo un estudio completo de la personalidad de Mac-Iver, sino, además, un panorama interesantísimo de medio siglo de la política chilena y un análisis minucioso de las prácticas y vicios de nuestra política. Una robusta entonación doctrinaria sostiene la armazón del cuadro general de las luchas que animaron la realidad chilena hasta el momento en que el parlamento cae aniquilado por un golpe de fuerza. Yáñez examina la descomposición política a través del pesimismo de Mac-Iver y a través de su propio desencanto de hombre que ha visto en la intimidad, la lamentable desnudez moral de los actores menudos, cuyas ambiciones y personalismos estuvieron siempre al servicio de las pasiones.

Las grandes directivas políticas de Mac-Iver eran la autoridad y la libertad, principios tan difíciles de conciliar en la práctica. Pero veamos ahora el vigor con que Yáñez expresa sus conceptos sobre la autoridad.

Nada más ajeno—dice—, refiriéndose a la posición doctrinaria de Mac-Iver— a sus ideas que entender por gobierno de autoridad actitudes exteriores, palabras vigorosas o violencias. La autoridad así comprendida es el histrionismo o la arbitrariedad y el abuso. El Estado debe ser la más poderosa fuerza nacional y social a fin de mantener todas las demás fuerzas en los límites de la paz civil y de las grandes disciplinas nacionales y sociales. Pero, así concebida, la autoridad que en sí representa no puede llegar al despotismo, a la opresión, a la absorción o restricción siquiera de las libertades públicas. El principio de autoridad es la acción reflexiva unida a la fuerza moral y directiva, que prevé, actúa y realiza dentro de las normas legales y constitucionales. Es la perseverancia y la firmeza en los propósitos, que no busca el efecto, pero que realiza un fin; es tener una política claramente definida, que procede metódicamente, con continuidad en las ideas, no para demostrar fuerza y colocarse por encima de los hombres y de sus libertades o derechos, sino para resolver los problemas de la vida de los pueblos por un encadenamiento lógico de sus grandes intereses morales y materiales.

Con ser su posición doctrinaria estrictamente constitucionalista, como que era un temperamento educado en la acción parlamentaria libre y un carácter moderado en el sentido en que lo concibe el viejo liberalismo individualista, Yáñez, ya

en 1926, había penetrado con agudeza en el inquietante problema de las realidades sociales, que la guerra, desencadenó en todo el mundo.

Vivimos—escribía— en uno de esos períodos intensos e incoherentes en que un mundo nuevo germina penosamente en medio de influencias contradictorias y en que fenómenos exteriores, vagos y mal definidos, perturbaban las cabezas. Estas influencias a veces extrañas y contrarias al sentimiento de la nacionalidad actúan y prevalecen por su mayor fuerza de expansión sobre los principios esenciales que guían la vida de las colectividades y sirven de fundamento a la idea de patria y a la organización de la sociedad moderna.

Constituyen una fuerza que avanza en forma destructora y amenaza producir los más graves trastornos, si no se le encauza para satisfacer todo lo que en ella haya de justo y de conforme al progreso y al bienestar de la humanidad. Toda aspiración de mejoramiento individual o colectivo intensamente sentida en las masas populares, concluye por triunfar, y sus mejores aliados son los que las condenan y resisten, ciegos a toda evolución, en nombre de situaciones, privilegios o ideas que ya han sufrido las modificaciones inevitables del tiempo y de la vida.

En una de las últimas charlas que sostuvimos con él, poco antes de su enfermedad, nos habló de estos mismo tópicos. Por esos días se buscaba una fórmula de arreglo para que tomara de nuevo el diario que formó y dirigió con tan amplio y elevado concepto del periodismo. Las gestiones fracasaron y él no pudo desarrollar el programa vasto de encauzamiento y de orientación social y política que a no dudarlo, habría modificado los rumbos de la política chilena. Europa le había mostrado a lo vivo las luchas sociales y el espíritu nuevo que las informa. Comprendía que el gobierno de Montero caminaba rápidamente a la liquidación y ninguna voz se levantaba para advertírsele, en concordancia con la opinión desorientada, que anhelaba con angustia íntima, voces inspiradoras... Pero oigamos lo que decía en 1926, con la lucidez en él proverbial:

La evolución política y social de los años que han seguido a la guerra mundial es favorable a los hombres y a los partidos extremos. Ellos tienen una fuerza de movimiento que se acentúa y engruesa ante la fuerza de inercia que le oponen los hombres y partidos que viven mirando el pasado o sin apreciar en su verdadero alcance la situación de hoy. El régimen de fuerza y de violencia que espíritus simplistas proclaman, como medio de detener o aplastar la ola de demolición del capital y la riqueza, que avanza sordamente por el mundo, es tal vez el recurso inevitable de mantener el orden social y garantizar la estabilidad y desenvolvimiento de los grandes intereses creados a su amparo, pero puede fácilmente convertirse en la pendiente resbaladiza hacia el absolutismo o la anarquía y la disolución, porque tras el despotismo viene la revolución política primero y la revolución social en seguida.

Anticipó, pues, en sus reflexiones de estudioso, los acontecimientos que la tiranía de Ibáñez hizo posibles en el país.

Por eso su pérdida es un duelo para Chile. Tenía gran elevación en la doctrina, poseía una vasta cultura y un gran dominio de las ideas generales. No siempre se dan juntos estos dones. El los tuvo y los puso al servicio de su país, en el parlamento, en el periodismo, en sus estudios de la política.



**H**A YA de la Torre ha sido condenado a muerte, por el gobierno del Perú. Pero los hombres generosos del mundo entero—la generosidad es palabra de soñadores y de idealistas—han pedido la suspensión de la monstruosa medida. ¿Responderá ese gobierno a la protesta unánime de los intelectuales que piden la suspensión de la pena afrentosa para la mínima dignidad de este continente? No lo sabemos. A esta hora puede haberse cumplido ya la orden de fusilamiento y un mártir más de las causas superiores ha ingresado en el nutrido santoral de las víctimas con que cuenta América.

Carlos Mariátegui fué también arrojado a las mazmorras y encadenado por el dictador de ese tiempo, cuyo nombre ni siquiera vale la pena recordar. A Mariátegui le recuerda toda América; le recordará siempre, con el mismo fervor con que le saludaba en vida; en su cuerpo débil latía la llama de un gran pensamiento. Palpitaban ideas altas, nobles y esto no lo podía tolerar el tirano. Ningún tirano puede tolerar a los hombres de pensamiento. El tirano repudia las ideas porque no las comprende y porque no puede barajarlas como metálico para que sirvan a sus ambiciones sabalternas. Por eso las encarcela. Mariátegui está en la mente de todos. El que lo encarceló se pudre lentamente, oscuramente, en algún cementerio de Lima y su memoria apenas si vibra entre los que gozaron de su efímera privanza. Y así ocurre con todos... Haya de la Torre está ya incrustado para siempre en el corazón de América, y su muerte, en caso de que la petición de todos los espíritus nobles del mundo no lograra eco, no es más que el agigantamiento de su figura. Los otros... a los cementerios anónimos.



**E**L grupo de escritores ecuatorianos que edita la revista *América* ha querido hacer un homenaje a Juan Montalvo, y el número de Abril último le viene dedicado en su totalidad.

Se juzga al escritor en sus múltiples aspectos de ensayista, político y poeta. Conocidas plumas del Ecuador hacen el elogio merecido del gran clásico suramericano, y le sitúan entre los valores más puros del Continente.

Estos homenajes hechos en América a los grandes espíritus que la enaltecen—Rodó, Sarmiento, Vicuña Mackenna, Martí—debieran tener la resonancia de glorias comunes, y no la limitación con que hasta ahora se hicieron. ¿La gloria de Montalvo no llena todas las patrias de América?—*M.*



## ENCUESTA

### sobre bases para una futura constitución socialista

Las cinco revoluciones militares que han destruído la estructura política y jurídica del país han tenido finalidades diversas aunque hayan obedecido en su ideología a una misma aspiración de carácter social y democrático. La primera, la del 5 de Septiembre de 1924, fué contra la anarquía parlamentaria y la corrupción política. El movimiento, manejado y dirigido en sus comienzos secretamente por el partido conservador y una poderosa oligarquía, fué desviado de sus propósitos iniciales hacia la perpetuación en el poder de un grupo que llegó a representar un candidato presidencial que encarnaba sus aspiraciones de preponderancia aristocrática. La segunda, la revolución del 23 de Enero de 1925, tuvo un carácter democrático y de restauración constitucional. La tercera, la que derrocó al Presidente Figueroa, fué hecha en nombre de la autoridad presidencial y contra los nuevos avances del parlamentarismo. La cuarta, la del 4 de Junio de 1932, levantó la bandera de la redención social, de la justicia social y enarboló la enseña de lucha contra el capitalismo. Buscó su plataforma en la implantación de un régimen socialista. La quinta, la del 15 de Junio, hecha en nombre de los mismos principios socialistas, se ha cristalizado en el pensamiento de una Asamblea Constituyente que legitime en derecho las nuevas aspiraciones.

La revista ATENEA quiere aportar al estudio de un asunto tan interesante la opinión ilustrada de sus lectores; y al efecto abre desde ahora una encuesta sobre las mejores bases para la dicitación de una futura constitución socialista. Los que quieran contribuir con su concurso al esclarecimiento de un asunto de verdadero interés nacional, podrán contestar todas las preguntas o aquellas que les parezcan mejores.

Las respuestas deben enviarse a la siguiente dirección: Director de ATENEA Edificio Mutual de la Armada, piso 2.º, oficina 8. Santiago.

## ENCUESTA SOBRE BASES PARA UNA FUTURA CONSTITUCION SOCIALISTA DE LA REPUBLICA

1.º ¿Cree Ud. que la Constitución vigente suministra los elementos esenciales para resolver los problemas que plantea o que pueden plantearse en un régimen político-jurídico de carácter socialista?

2.º Si Ud. no lo creyere, sírvase indicar las modificaciones más importantes que a su juicio podrían introducirse en algunas de las materias siguientes-

A) *Ciudadanía y organización del sufragio.* ¿Debe ampliarse sólo el derecho de sufragio actualmente establecido? ¿Hay conveniencia en introducir un sufragio a base gremial o sindical? ¿Esta innovación reemplazaría al sufragio universal, directo y secreto o podría establecerse un sistema con una combinación de ambos?

B) *Garantías Constitucionales.* ¿Son suficientes los derechos y deberes actualmente establecidos? ¿Qué modificación podrían, sin alterar sus títulos, introducirse en ellos? ¿Hay conveniencia en introducir otros nuevos que se refieran a la vida social y económica y cuáles serían?

C) *Representación Nacional.* ¿Conviene mantener el sistema bicameral, modificando su composición y sus atribuciones? ¿Es preferible una sola cámara? ¿Los requisitos para ser elegido representante han de ser los mismos que los actuales o han de modificarse según la forma de sufragio que se adopte?

D) ¿Puede mantenerse el sistema presidencial, o el régimen socialista exige necesariamente el sistema parlamentario? En este último caso ¿cómo se designarían los ministros, cuáles serían sus relaciones con la Representación nacional y qué atribuciones tendría el P. de la R? ¿Sería conveniente el ejecutivo unipersonal o el colegiado?

E) *Formación de las leyes.* ¿Qué cambios podrían introducirse en la técnica? ¿Podrían establecerse la iniciativa directa, el referendum y el recall, y en qué condiciones?

F) *Poder Judicial.* ¿Qué modificaciones debe sufrir dentro de un sistema socialista? ¿Hay conveniencia de ampliar sus atribuciones y en qué sentido?

G) *Gobierno y Administración.* ¿Debe mantenerse el régimen centralista? ¿Si se opta por la descentralización, sobre qué bases debe hacerse? ¿Qué organismos podrían crearse en las diversas circunscripciones o divisiones administrativas para una mejor, más justa y rápida atención de los intereses generales y locales?

# ENCUESTA

## RESPUESTAS

Entre el envío de las circulares de nuestra encuesta y la publicación de este número de *Atenea*, ha corrido un espacio de tiempo demasiado breve para recibir las contestaciones que esperamos. Hasta ahora han llegado cuatro respuestas: dos por su desconocimiento del problema, no pueden darse a luz. Las otras dos, una por la explicación de sus gráficos hace casi imposible su inserción y la otra lleva la firma de don Guillermo Subercaseaux y es como sigue:

Santiago, Julio 25 de 1932.

Sr. Director de ATENEA:

Santiago.

Muy señor mío:

Me permito contestar la encuesta sobre reforma constitucional que Ud. hace.

Estimo que no hay necesidad alguna de citar a una constituyente para reformar nuestra constitución. Por el contrario, es práctica perniciosa esto de cambiar de constitución como quien se cambia de camisa. Los pueblos bien organizados saben respetar sus instituciones, mayormente cuando en ellas tienen, como sucede con nuestra actual constitución, los elementos esenciales para resolver los problemas que puedan presentarse en el futuro.

Una constituyente, como la anunciada, es una amenaza que pende sobre la vida económica del país, introduciendo la perturbación y desconfianza en la in-

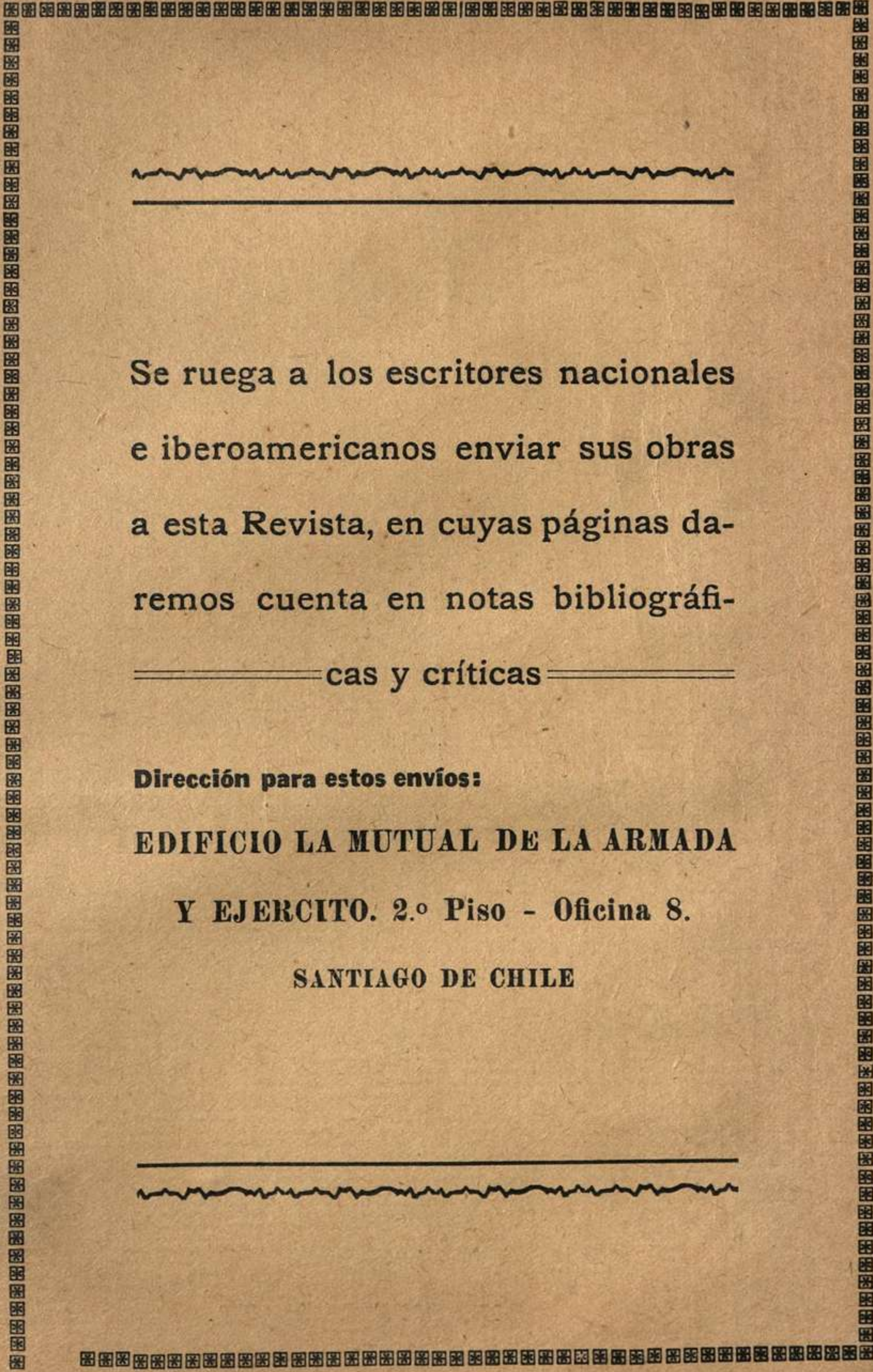
dustria manufacturera, en la agricultura y en el comercio, ya que nadie sabe lo que de ella podría salir.

Con la elección de un congreso bien constituido será fácil que la República adopte las orientaciones políticas y sociales que, después de un maduro estudio hecho en régimen de libertad de discusión, crea conveniente.

De Ud. Atto. y S. S.

GUILLERMO SUBERCASEAUX.





---

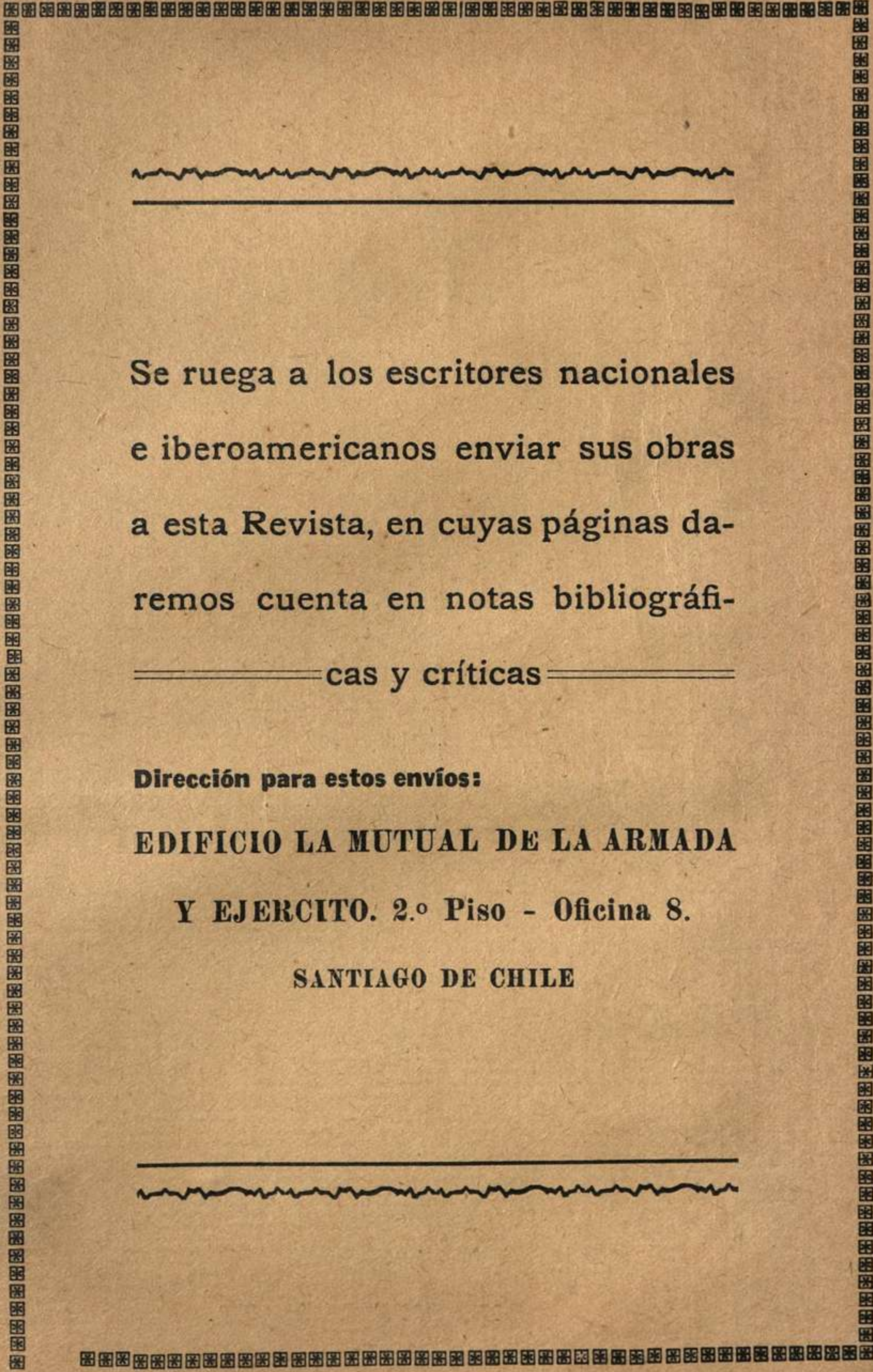
Se ruega a los escritores nacionales  
e iberoamericanos enviar sus obras  
a esta Revista, en cuyas páginas da-  
remos cuenta en notas bibliográfi-  
cas y críticas

**Dirección para estos envíos:**

**EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA  
Y EJERCITO. 2.º Piso - Oficina 8.**

**SANTIAGO DE CHILE**

---





DISTRIBUIDORES

Libreria **SALVAT**  
Barcelona-Santiago

MCD 2018







HP

MCD 2018